

Anarquismo
y
Comunismo

Anarquismo y Comunismo

Evgeni Preobrazhenski



Publicado y distribuido por:
© Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

Cuidado de la edición:
Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

Diseño de cubierta y formación editorial:
Miriam A. Alonso Vizuet

Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

Contacto:
centrocarlosmarx@gmail.com
www.centromarx.org
México, 2011.

Contenido

Prólogo.....	7
Introducción	17
El Estado autócrata de la nobleza.....	21
El Estado burgués	25
El Estado proletario	35
El Estado proletario y su desaparición progresiva.....	49
Los anarquistas y el Estado proletario.....	61
Economía comunista y economía anarquista.....	75
Las bases de clase del anarquismo	111
La táctica de los anarquistas	125
Del anarco-sindicalismo al comunismo	133
El anarquismo ruso en el año 1921.....	147
Conclusión	167

Prólogo

El transcurrir de los años y de los acontecimientos ha incrementado la importancia del libro Anarquismo y Comunismo de Evgeni Preobrazhenski, uno de los teóricos más destacados del período de la formación del joven Estado soviético.

Preobrazhenski ingresó en el Partido Socialdemócrata Obrero Ruso en el año 1903 adhiriéndose a la fracción de Lenin. El haberse unido al partido antes de la revolución de 1905 sería considerado todo un certificado de calidad revolucionaria. Preobrazhenski participó activamente en la revolución de 1905, trabajando como revolucionario profesional en su región de origen, los Urales.

La vida de Preobrazhenski de 1907 a 1917 fue similar a la de centenares de revolucionarios profesionales dentro de Rusia, es decir, una combinación entre militancia y prisión. Mantuvo su actividad militante en el periodo más duro de la reacción posterior a la revolución de 1905. Participó como delegado en la Conferencia de Finlandia de 1907.

En aquellos tiempos no era rara la colaboración conjunta entre miembros de distintas tendencias. Recordemos que no fue sino hasta 1912 cuando Lenin decidió construir la tendencia bolchevique como un partido distinto de los mencheviques dirigidos por Yuli Martov y Fiódor Dan. En todo este periodo Preobrazhenski se mantuvo firmemente en el campo bolchevique.

Cuando estalla la revolución de 1917 se inclina a favor de la toma del poder de la clase obrera que promovía Lenin en contra de las posiciones conciliadoras de Lev Kámenev y José Stalin. El triunfo de la revolución lo lleva a adoptar posturas cada vez más radicales generando una colaboración temporal con Nicolás Bujarin, que en el periodo inmediatamente después de la toma del poder era el dirigente de la fracción ultraizquierdista de los “comunistas de izquierda” que se opusieron a la Paz de Brest-Litovsk.

Conjuntamente con Bujarin, Preobrazhenski elaboró El ABC del comunismo en 1919 durante la guerra civil. Dicha obra fue uno de los primeros materiales de divulgación de las ideas y métodos de la revolución rusa y fue base para la formación de los Partidos Comunistas de los primeros años de la Internacional Comunista.

Su capacidad de organización del partido en los Urales durante la Guerra Civil le dio un enorme prestigio por lo que, tras la muerte prematura del secretario del Comité Central, Yakov Sverdlov, es nombrado junto con Kretinsky y Serebriakov para sucederlo. Estos hechos ocurrieron entre 1920 y 1921.

El papel que jugó en la dirección del partido en dicho periodo marcó profundamente su actividad práctica y teórica; enfrascándose en la lucha por la defensa de la Unión Soviética precisamente en momentos cuando la crisis económica generada por la Guerra Civil obligó al viraje conocido como Nueva Política Económica (la NEP). Al mismo tiempo, se dio cuenta del paulatino proceso de burocratización que empezaba a hacerse evidente y que preocupó tanto a Lenin en sus últimos años.

Terminada la guerra civil, se profundiza una crisis económica muy grave que conduce a un intenso debate den-

tro de las filas del partido. Es la época en la que Lenin lanza la Nueva Política Económica, basada en la apertura de ciertos espacios para el mercado, especialmente dentro del sector agrícola.

La adopción de la NEP fue un paso atrás necesario en vista de las circunstancias del aislamiento de la revolución en condiciones de terrible atraso económico y pobreza generalizada. Es en esa época cuando sale su libro Anarquismo y Comunismo.

El debate desarrollado en el marco del X Congreso del partido genera diversos cambios dentro de la estructura dirigente. Como resultado de ello, Preobrazhenski sale de la Secretaría del CC, manteniéndose como suplente en el Comité Central.

No fue una coincidencia que tanto Preobrazhenski como Kretinsky y Serebriakov, compañeros suyos en el Secretariado del CC, se acercaran a los puntos de vista de Trotsky tras la muerte de Lenin.

Es en ese contexto que Preobrazhenski profundiza sus estudios sobre la planificación económica, siendo uno de los primeros en plantear la necesidad de una política de industrialización como alternativa de mediano plazo a la NEP. Este proceso lo va acercando más y más a Trotsky. En 1922 publica De la NEP al socialismo, donde desarrolla sus ideas sobre el futuro de la construcción de la sociedad soviética.

Antes de la muerte de Lenin era de lo más normal que el debate político no implicara represalias, de tal modo que Preobrazhenski se mantuvo al frente de las tareas económicas del Estado mientras que continuaba pugnando por un cambio de rumbo.

En 1923, cuando Lenin es obligado por problemas graves de salud a apartarse del trabajo activo, se empiezan a

dar manifestaciones de profundas discrepancias dentro de la dirección del Partido. Un sector de la dirección, liderado por Zinóviev, Kámenev y Stalin, reflejando las presiones de la creciente burocracia, empieza una pugna por el poder.

Bajo la bandera de la “lucha contra el trotskismo”, este triunvirato en la práctica propone ideas anti-leninistas y expresa las presiones de los kulaks, los nepmen y la burocracia, en detrimento del socialismo y la clase obrera. En ese contexto, Preobrazhenski se une a Trotsky en la lucha por la industrialización, los planes quinquenales, el fortalecimiento de la clase obrera y la democracia socialista.

Preobrazhenski y la Oposición de Izquierdas

La Oposición de Izquierda en esos tiempos era más una corriente de opinión que un grupo organizado. No obstante, Trotsky siempre fue su referencia principal y Preobrazhenski se convirtió en uno de sus principales voceros impulsando llamados públicos a retornar a los principios de la democracia obrera.

En esos tiempos plantea la “Ley de acumulación socialista” y en 1925 publica *La Nueva Economía*, que discute el desarrollo económico por medios planificados en el marco de una nación atrasada como Rusia. Los estalinistas centran los ataques políticos contra la Oposición atacando la propuesta de industrialización de Preobrazhenski y la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

En 1926, la Oposición se reagrupó en torno suyo e incluyó a la mayoría de los viejos bolcheviques dirigentes de la Revolución de Octubre y a Kámenev y Zinóviev, quienes rompieron con Stalin cuando este, junto con Bujarin, adopta la política anti-leninista del “socialismo en un solo país”.

Hoy, a décadas de distancia, la superioridad de los puntos de vista de la Oposición salta a la vista. Pero el estalinismo

sustituyó los argumentos por la represión. Preobrazhenski, junto con todos los militantes opositores, fue deportado a regiones apartadas y aislado de todo medio de comunicación con el exterior. No obstante, se las arregla para mantener debates en relación al futuro de la Revolución.

Desde el destierro y el exilio, la Oposición se entera de que el régimen estalinista había iniciado un viraje a la industrialización tomando como base la colectivización de la agricultura, en su mayoría dominada en aquel entonces por los campesinos ricos (los “kulaks”). Puesto que la Oposición había luchado siempre por la planificación y el desarrollo de la industria, muchos opositores creyeron erróneamente que Stalin había adoptado su programa. Esta fue la base para su capitulación al estalinismo, que arrastró a una gran parte de los dirigentes de la Oposición, incluyendo a Preobrazhenski.

Pero había una diferencia fundamental entre los planes burocráticos de Stalin y el programa de la Oposición, que no imponía la colectivización forzada sino un proceso gradual sobre la base de trabajo político, impuestos e incentivos. Para Trotsky estaba claro que lo que había que hacer en el campo era una reorientación, y no la rapiña delincencial que Stalin estaba implementando. Por lo tanto, consideró que la política estalinista había dado un paso más hacia la catástrofe. La experiencia posterior le dio toda la razón.

Sin embargo, Preobrazhenski y otros muchos estaban desmoralizados y veían en el viraje oportunista de Stalin una oportunidad para reingresar al partido, aún a costa de retractarse. Destacaban la importancia del proceso de industrialización, pero dejaban de lado la cuestión fundamental de la democracia obrera, que en esos momentos estaba más lejos que nunca.

Lo que ellos veían como una “cuestión táctica” en realidad fue un crimen. La capitulación de un sector muy destacado de la dirección de la Oposición desmoralizó a muchos de sus miembros. A pesar de esto, Trotsky se mantuvo firme, prefiriendo la represión y el exilio forzoso a una capitulación vergonzosa. Sabía que la capitulación no iba a servir ni a la revolución ni a la causa del socialismo.

Trotsky estaba luchando para mantener limpia la bandera del leninismo y de la Revolución de Octubre para las nuevas generaciones. Aunque sabía que iba a ser derrotado a corto plazo, estaba sentando las bases para que la lucha de la Oposición triunfara en el futuro.

Trotsky reconocía la importancia de Preobrazhenski y trató de mantener relaciones cordiales con él a pesar de la ruptura, que tuvo lugar en 1929 cuando él y un grupo de antiguos opositores claudicó a cambio de reingresar al Partido.

La perseverancia de Trotsky le costó el exilio, la persecución y, finalmente, la vida. No obstante, en medio de todos sus problemas, siempre marcó la pauta para futuras generaciones dentro y fuera de la URSS. Sus análisis sobre la degeneración de la Unión Soviética son la base fundamental para cualquier explicación seria del derrumbe que se desató entre 1989 y 1990.

Por su parte, Preobrazhenski, luego de un periodo de silencio, trató de reemprender su labor crítica mientras se mantenía al frente de diversos cargos relacionados con la industrialización. Pero se había equivocado. Lo que él y otros veían como una táctica y una política práctica, era solo una trampa. A Preobrazhenski, al igual que a Kámenev y Zinóviev, nunca más se le dejará en paz. Una capitulación conduce a otra, paso a paso, hacia un final anunciado de antemano. La muerte política conduce inexorablemente a la muerte física.

Historiadores como Pierre Broué tienen la firme convicción de que, dirigidos por Iván Smirnov, los antiguos opositores mantenían contactos y tenían intenciones de reagruparse, y consideraban aún posible rescatar a Preobrazhenski para la lucha, el cual llegó a entablar conversaciones con el núcleo de opositores. No obstante, la policía política reemprende en 1933 una serie de detenciones en contra de los antiguos colaboradores de Trotsky, entre ellos Smirnov y Preobrazhenski.

Entre 1930 y 1933, Preobrazhenski reconoce, de forma velada, lo erróneo que era el camino a la industrialización mediante métodos estalinistas, que inicialmente había apoyado. Después de 1934, era cada vez más evidente que Trotsky había tenido razón respecto a la actitud política de los opositores frente al estalinismo. Preobrazhenski vio su error, pero demasiado tarde.

En 1934, es asesinado Kirov, alto dirigente estalinista, y con ello el régimen da la voz de arranque a la eliminación física de los mejores cuadros del Partido Bolchevique. En ese año, Preobrazhenski es obligado a una nueva capitulación ante el congreso del partido. En 1936 ejecutaron a Zinóviev, Kamenev y otros ex compañeros de Lenin, y a finales de ese año Preobrazhenski es nuevamente detenido.

Es probable que hubiera querido utilizar su calidad de ex dirigente de la Oposición para defenderse en los siguientes procesos. No obstante, nunca más volvió a aparecer públicamente, lo cual es un indicio de que al final concluyó que no participar en el perverso juego de Stalin era la última cosa que podía hacer por la causa de su vida: el socialismo. En julio de 1937 fue ejecutado en secreto, lo cual no le concedió a Stalin el placer de exhibirlo como sucedió con Kámenev, Zinó-

viev y otros que buscaron en vano salvarse mediante una nueva capitulación.

Hoy en día, a pesar de sus errores, las obras de Preobrazhenski siguen manteniendo toda su vitalidad. Son una fuente de inspiración teórica para generaciones presentes y futuras de revolucionarios.

Anarquismo y Comunismo

La obra que publicamos en esta ocasión, Anarquismo y Comunismo, data de los primeros años del régimen soviético. En ella Preobrazhenski examina de un modo detallado los resultados prácticos del anarquismo en el marco de la Revolución de Octubre y la guerra civil.

En el terreno económico cuestiona los efectos disgregadores de las propuestas anarquistas frente a la necesidad de la reorganización económica; en el mejor de los casos, se trataba de simples rodeos a las medidas que ya estaban realizando los bolcheviques, en el peor caso, eran simple y llanamente sabotaje.

En el terreno político, el movimiento anarquista quería la destrucción del poder político soviético, aunque eso supusiera colaborar con las fuerzas burguesas interesadas en el restablecimiento del capitalismo en Rusia. Los lamentables acontecimientos de Kronstadt y la guerrilla de Néstor Majnó en Ucrania así lo confirman.

El presente libro no es una simple denuncia del anarquismo, sino un llamado a la revisión seria de la teoría y los métodos del anarquismo en el marco de un proceso revolucionario concreto, más allá de postulados teóricos o actos de fe. Es al mismo tiempo un llamado a los auténticos revolucionarios a reflexionar sobre las ideas y los métodos más adecuados para llevar a la práctica la transformación socialista de la sociedad.

Su estudio resulta básico a inicios del siglo XXI, cuando las revoluciones nuevamente pondrán a prueba los proyectos de construcción de sociedades distintas al capitalismo.

Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx
15 de febrero del 2011

Introducción

El término “anarquía”, de origen griego, significa ausencia de todo poder. Por tanto, los anarquistas son personas que aspiran a un régimen social en el que no ha de existir ningún tipo de poder o imposición, donde ha de reinar la libertad absoluta.

¿Pero acaso los bolcheviques-comunistas —se puede preguntar algún lector— consideran que la libertad absoluta es peor que la vida con imposición, independientemente de dónde ésta provenga?

No, contestarán los comunistas; para el hombre y para la sociedad la libertad absoluta es mejor que la vida con libertad restringida, mejor que la necesidad de obrar en toda circunstancia obligado por la violencia y contra su voluntad. Pero si preguntásemos, por ejemplo a un liberal burgués, cuál es el ideal último del partido liberal, también éste responderá que la libertad absoluta del hombre y la humanidad constituye la finalidad última de su lucha. Así resulta que la aspiración a la “libertad absoluta” no da ninguna posibilidad de diferenciar al comunista del anarquista, y además, obliga a aceptar la compañía del liberal burgués y, en general, de todas las personas, con partido o sin él, que reconozcan francamente los beneficios de la libertad en lugar de la imposición y la violencia, o que encuentren provechosas las pláticas y charlas sobre la libertad.

Por eso, para poder entrever cuál es la principal divergencia entre anarquistas y comunistas debemos de buscar en otros puntos. Utilicemos, por ejemplo, la siguiente frase que los anarquistas repiten en todos sus folletos, periódicos o discursos: “Nosotros somos enemigos de toda violencia, somos enemigos de todo poder gubernamental como órgano de violencia”. Sobre la base de esta afirmación planteamos a los anarquistas la siguiente cuestión: Pero si el poder gubernamental ha sido conquistado por las masas trabajadoras, y lo aprovechan para el aniquilamiento de sus enemigos. ¿También estarán ustedes en contra de ese poder?

Aquí ya recibiremos distintas respuestas de los mismos anarquistas. Unos responderán: “Nosotros no seremos enemigos de este poder, mientras realice una obra útil para las masas trabajadoras”. Otros en cambio contestarán: “Nosotros estamos contra todo poder, e intentamos destruirlo, cualquiera que sea y en cualquier circunstancia”.

Así, pues, he aquí una divergencia radical entre los bolcheviques-comunistas y los anarquistas. Su diferente concepción del Estado, no tanto con respecto al Estado en general como veremos más adelante, sino con respecto al Estado-comuna, al Estado de obreros y campesinos.

Veamos pues, qué es el Estado y qué concepto tienen de él los comunistas. Que el Estado es un órgano de violencia lo sabe cualquier pequeño burgués cuando recibe la visita del recaudador de impuestos, cualquier campesino al que venden su única vaca por no haber abonado el impuesto, o cualquier obrero que paga su participación en una huelga contra el capital con la cárcel o el fusilamiento. Que el Estado es un órgano de violencia lo sabe también hoy, felizmente, la burguesía, a la que el gobierno soviético ha quitado por la fuerza sus bancos, palacios, fábricas y capital.

La cuestión principal por tanto está en saber: en interés de quién se realiza esta violencia, en manos de quién se encuentran estos órganos de violencia, y qué ha sucedido para que contra el poder gubernamental de obreros y campesinos se levanten no solamente todos los contrarrevolucionarios y toda la burguesía, sino también los anarquistas, convirtiéndose de este modo en sus aliados.

El Estado Autócrata de la Nobleza

Hubo un tiempo en que el Estado no existía. Un tiempo en el que tampoco existían clases, en el que los hombres no se dividían en ricos y pobres, en trabajadores y explotadores del trabajo ajeno. Pero esta coincidencia, la no existencia del Estado cuando no existía la división de la sociedad de clases, no es casual.

Cuando de la Comunidad agrícola primitiva, donde todos eran iguales, comienza a destacarse una capa de personas acomodadas primero, luego esta capa se coloca a la cabeza de las fuerzas militares de la comunidad, situación que aprovecha para mediante la guerra con sus vecinos ensanchar sus dominios, mediante el bandolerismo y a costa de los pueblos vencidos primero, y de su propio pueblo más tarde. Así, van surgiendo las condiciones propicias para la aparición del Estado. Barones, condes y duques, en su calidad de jefes militares de las tribus y de grandes terratenientes, comienzan a rodearse de instituciones que representaban el Estado en embrión. Veamos.

El conde juzgaba a sus súbditos y, naturalmente, como juez, vigilaba ante todo sus propios intereses y privilegios librándolos de la codicia de sus fieles servidores. He aquí el tribunal clasista en su origen.

Las decisiones de este tribunal eran ejecutadas por sus satélites. He aquí la policía en embrión.

Para la guerra o para la sofocación de disturbios importantes dentro del territorio, se utilizaban piquetes armados. He aquí las futuras fuerzas militares.

Adoptando el cristianismo y obteniendo el favor de los representantes religiosos, mediante presentes y concesiones de tierras, el conde o el duque tenían a su disposición la policía espiritual, y así sostenía sus privilegios para la explotación no sólo por medio del látigo, sino también de la cruz y del evangelio. He aquí el origen de la unión de la Iglesia y el Estado, o lo que es lo mismo, de la transformación de la Iglesia en instrumento de la clase dominante para la esclavización espiritual y material del pueblo.

Posteriormente, tras las luchas entre los distintos condes, barones y duques y posterior victoria del más fuerte, éste último toma el título de gran duque, rey o emperador, convirtiéndose en poder supremo dentro del país y produciéndose de este modo la transformación del Estado-embrión en un verdadero y gran Estado monárquico. El barón, que antes reinaba en su señorío sobre sus siervos, se une ahora con los demás barones, condes y duques; todos se encuentran junto al trono del “amado monarca” y dirigen al pueblo unidos y no aislados como antes. De la unificación del poder de diferentes pequeños nobles, barones, condes y grandes terratenientes de la nobleza, surge el poder de toda la clase de los terratenientes y aristócratas. Se crea, por decirlo así, toda una sociedad de accionistas, que constituyen una unión única dirigida contra el pueblo y en la que, cada participante, al ingresar en ella, se asegura y garantiza el apoyo de todos los miembros de su clase.

A partir de ahora, cuando sea necesario entablar pleito contra campesinos por el incumplimiento del pago de impuestos, defender la propiedad privada, etc.... ya no

actuará el conde o el duque por sí mismo sino que de esto se ocupa ahora el juez designado por el Estado, es decir, por toda la unión de los nobles. Cuando es necesario ejecutar una condena o castigar al que protesta contra la explotación del campesino pobre, no se ocuparán ya los antiguos satélites del señor sino la policía del Estado, es decir, los agentes de toda la clase de nobles y condes. En lo que respecta al monarca mismo, aunque es considerado como poder supremo, la realidad encubre la autocracia de los propietarios de la tierra sobre todo el resto del pueblo. Encubrimiento por cierto, beneficioso para los nobles, al jugar el Monarca el papel de gobernante justiciero ante el cual todos son iguales. De vez en cuando, el monarca, realizando una ínfima concesión a la justicia, castiga a algún que otro terrateniente con el objeto de facilitar más aún la obra de la explotación de millones de hombres en provecho de toda la clase de la nobleza en forma de arrendamientos, impuestos al Estado, etc.

Con esta unión de la nobleza, se refuerza naturalmente la clase de los explotadores y las masas trabajadoras quedan divididas, dispersas, estando las sublevaciones aisladas condenadas al fracaso. Así, del mismo modo en que antes el campesino objeto de la violencia del conde o del barón estaba apoyado por todos los campesinos del condado; del mismo modo en que las fuerzas armadas del señor podían no estar en condiciones de sofocar el movimiento llegando a darse el caso de barones y condes expulsados de sus aldeas y ciudades para fundar en su lugar ciudades y regiones libres, ahora todo esto era imposible. Si, por ejemplo, la vaca de un campesino ha pisoteado el trigo propiedad del noble, el juez condenará al campesino a pagar una multa; si el campesino no tiene con qué pagar la multa o la considera injusta, el fiscal venderá la vaca del

campesino para el pago de la multa. Si el campesino ofrece resistencia, será arrestado por la policía. Si toda la aldea o región intenta impedir el arresto, será enviada mayor cantidad de policía, o bien el ejército. Si se levanta toda la provincia, o grupo de provincias, el gobierno de la nobleza enviará todas las fuerzas militares y policía disponibles con objeto de sofocar el movimiento, y, finalmente, después del sacrificio, de miles de muertos y de pérdidas de millones se obligará al campesino a pagar la multa por el trigo pisoteado. En adelante, todo el Estado de la nobleza fortalecerá sus fuerzas militares con objeto de apoyar hasta el fin a todo noble aislado contra el campesinado, aun en la cuestión más pequeña.

Así la organización de los nobles en Estado autócrata fortaleció enormemente a dicha clase, y debilitó a las masas trabajadoras dejándolas indefensas frente a sus explotadores.

De todo esto es necesario sacar dos conclusiones: la primera y más importante es que, en general, el Estado surge con la división de la sociedad en clases; cuando la propiedad privada queda en manos de unos pocos; cuando es necesario que esa propiedad sea defendida por toda la clase de propietarios; cuando aparece una clase privilegiada que debe defender estos privilegios salvándolos de las masas; y cuando esa clase “distinguida y rica” no sólo defiende sus riquezas y derechos, sino que los aumenta a costa del pueblo trabajador.

La segunda conclusión a que llegamos es que no es el Estado quien origina la división de la sociedad en clases, ni el que crea la desigualdad y la explotación de una persona por otra, sino que, al contrario, son la división en clases y la desigualdad económica las que originan la aparición del Estado como organización de los explotadores. Y como una vez que surge, el Estado refuerza a las clases dominantes y aumenta cada vez más la desigualdad económica, de la cual ha surgido.

El Estado Burgués

Pero el Estado autócrata de la nobleza (comúnmente conocido como Estado feudal) no es eterno, como tampoco es eterna la fuerza económica sobre la cual está construido, que es la fuerza de la gran propiedad latifundista. Paulatinamente, en el seno del Estado de la nobleza surge y crece otra clase: la de la burguesía comercial e industrial. La nobleza, debido a su afición por lujos y placeres, comienza a empobrecerse y la burguesía va adquiriendo gradualmente las tierras de los señores feudales, viniendo a parar en manos de la burguesía toda la industria, todo el comercio y parte de la economía agrícola. La burguesía desea recibir los beneficios de la clase feudal, beneficios que esta última obtiene del arrendamiento de la tierra, de diferentes obligaciones de los siervos y, principalmente, de los impuestos del Estado. Todos estos beneficios revierten en manos de la nobleza, que es la que gobierna el país. La burguesía necesita quitar a la nobleza sus fuentes de ingresos para convertirlos en propiedad del capital. Con el objeto de conseguirlo y de evitarse las cargas a que la somete el Estado de la nobleza en forma de impuestos, etc., así como para poder adaptar el Estado a las necesidades de los medios capitalistas de explotación, incompatibles con los procedimientos de la nobleza, la burguesía necesita expulsar del poder a su competidor en la explotación del pueblo trabajador. Esta expulsión se lleva a cabo por

medio de revoluciones burguesas y concluye bien con el traspaso del poder a manos de la burguesía, bien con un pacto entre la burguesía y la nobleza. De una manera o de otra, el nuevo Estado se adapta a los intereses del capital, a los intereses de la acumulación del mismo y a su defensa contra los ataques de las masas trabajadoras.

De hecho, si consideramos la cuestión desde el punto de vista de la clase oprimida, desde la perspectiva del proletariado, el Estado burgués se diferencia muy poco del Estado autócrata de la nobleza. Al igual que para un pájaro atrapado en una red el traspaso de una jaula estrecha a otra más amplia no significa todavía la libertad, para la clase obrera la sustitución del Estado autócrata de la nobleza por el Estado burgués es solamente el ensanchamiento de la jaula, pero no su destrucción.

Detengámonos primero en la diferencia entre estos dos tipos de Estado. Bajo el régimen autócrata de la nobleza, el país está gobernado por esta clase social que se oculta tras un monarca, quien, según se dice, se encuentra por encima de todas las clases y al que se suponen los mejores deseos hacia todo el mundo. Las masas trabajadoras deben hacer lo que se les ordena sin razonar. Aquí, la violencia de un grupo de aristócratas explotadores sobre la mayoría de los trabajadores no se oculta con nada, es descarada, abierta y grosera.

Al contrario, en el Estado burgués la violencia de la minoría pudiente sobre la mayoría esta admirablemente enmascarada, especialmente allí donde el poder gubernamental se encuentra concentrado en manos de un Parlamento elegido sobre la base del sufragio universal o cualquier procedimiento cercano a éste. El burgués contemporáneo realiza la obra de “dirección” de las masas trabajadoras de una forma más sutil que los nobles, que úni-

camente sabían obrar a través del fiscal de embargos Aquí la violencia está enmascarada bajo el aspecto de la libertad formal, del mismo modo que se encuentra enmascarada la explotación de la clase obrera por los capitalistas en el terreno económico. Así, durante el régimen de la servidumbre, el campesino estaba obligado, por ejemplo, a trabajar tres días por semana directamente para el señor, y estaba claro para todos que de este modo se veía obligado a entregar la mitad de su trabajo al parásito terrateniente. En cambio, en el régimen capitalista, el obrero tiene la posibilidad de “elegir libremente” entre morirse de hambre o ir a trabajar para el capitalista por el salario que éste le asigne. Aquí se enmascara, valiéndose de una supuesta libertad, el hecho mismo de la explotación y de que parte del trabajo es entregada por el obrero al capitalista, igual que antes por el siervo al terrateniente, en forma de trabajo no pagado. Lo mismo ocurre respecto a la organización de la violencia, a la forma en que ésta se manifiesta o, mejor dicho, trata de ocultarse en la sociedad burguesa. Demostrar de una vez que el Parlamento elegido por la mayoría de la población constituye, en resumidas cuentas, un órgano de apoyo al conjunto de los capitalistas en su dominación de la mayoría de los trabajadores. Esto no es tan sencillo, y únicamente la propia experiencia enseña a la clase obrera a comprender toda la mecánica oculta del capitalismo y a apreciar en su justo valor al Estado, que responde a los intereses y exigencias del capital victorioso.

En la sociedad burguesa, el poder supremo pertenece al parlamento. Mientras en el régimen autocrático de la nobleza el obrero y el campesino recibían solamente órdenes y, en caso de resistencia, eran castigados sin previa discusión, ahora, hasta a las clases trabajadoras se les pregunta una vez cada tres o cuatro años a quién quieren enviar al parlamento.

¡Qué honor más grande! ¿Cómo es posible resistir al deseo de considerarse seriamente hombres libres?

Cierto que a los trabajadores les preguntan esto cada cuatro o cinco años, solamente en las elecciones, porque conocen de antemano cuál va a ser la respuesta; saben que el campesino elegirá a un cura o a un *kulak* “instruido”, como ha ocurrido hasta ahora en Occidente. Saben que los obreros enviarán al parlamento a abogados que se fingen socialistas, o a socialpatriotas y agentes de la burguesía por el estilo de Scheidemann, y que sólo una minoría del proletariado entregará su voto a verdaderos socialistas revolucionarios.

La burguesía sabe todo esto y por ello prefiere, antes que la violencia directa sobre las masas, antes que la designación del gobierno desde arriba, organizar la sociedad de modo que las masas elijan por sí mismas a las autoridades que han de oprimirlas.

Pero cuando existe el riesgo de que al Parlamento llegue una mayoría, no ya de socialistas verdaderos, sino simplemente de elementos conciliadores, la burguesía no retrocede y actúa en consecuencia bien con la anulación del sufragio universal, como por ejemplo, en Sajonia, o la disolución de un parlamento poco favorable, como hizo Kerensky con el parlamento finlandés, etc. En estos casos, en lugar del derecho de voto general obligatorio se introduce el sufragio únicamente para grandes y pequeños propietarios. Toda la mentira y el engaño del parlamento considerado como expresión de la voluntad popular se esfuman en el aire. El parlamento existe para eso, y la burguesía lo tolera mientras responda enteramente a su voluntad. Y si entonces el derecho al voto lo tienen únicamente los propietarios, declarando abiertamente ya que en la sociedad capitalista el poder pertenece exclusiva-

mente a aquellos que tienen dinero, esto no quiere decir que durante la vigencia del sufragio universal el asunto se plantee de otro modo, simplemente ocurre que las circunstancias no obligan a la burguesía a tener que reconocerlo.

En la práctica, el sufragio universal se encuentra muy raramente en la sociedad burguesa. La burguesía que ha vencido a la nobleza o que ha entrado en trato con ésta, considera que incluso las formas actuales que quieren parecerse al sufragio universal o constituyen un experimento peligroso o son completamente superfluas. Posteriormente, la burguesía se convence de que no es peligroso proporcionar derechos electorales a los trabajadores; que se puede conceder libremente a las masas que se encuentran oprimidas por el capital el derecho de elegir cada tres o cuatro años, sobre todo cuando las masas tratan de conseguir esto a pesar de su esclavización, e inician la lucha por las reformas electorales.

Y únicamente en períodos prerrevolucionarios, momentos en que se producía el despertar de la clase obrera y campesinos, la burguesía, sintiendo nuevamente su debilidad, se veía obligada a despojarse de sus ropajes democráticos y a reducir el parlamento a una institución de charlas impotentes, o a poner en práctica la tarea del aplastamiento de las masas mediante una violencia descarada.

Sin embargo, el Parlamento es, en general, necesario a la burguesía no sólo para engañar al pueblo (mientras este medio sirva), sino también por toda otra serie de razones. En primer lugar, con el fin de acorralar en el rincón derecho del parlamento a su antiguo enemigo, la aristocracia latifundista, y demostrar que la mayoría del pueblo no está de parte de la clase de la nobleza. En segundo lugar, el parlamento tiene importancia para la burguesía como bolsa política para diversas operaciones entre diferentes

grupos de las clases pudientes de la sociedad capitalista.

Hay que tener en cuenta que la burguesía está unificada solamente cuando interviene contra el proletariado. Dentro de la burguesía misma existen diferentes grupos con distintos intereses: la burguesía financiera (propietarios de bancos), la gran burguesía industrial, la burguesía media y la parte de la pequeña burguesía que no se adhiere al proletariado.

Todos estos grupos, frente al enemigo común, es decir, frente a la mayoría del pueblo trabajador y explotado, están interesados que sus discusiones no lleguen a un enfrentamiento abierto, sino que se limiten únicamente a la lucha y a las especulaciones en el parlamento. Por último, el parlamento constituye un medio admirable para desviar la atención de las masas de la política de rapiña de los tiburones capitalistas, que realizan entre bastidores su trabajo de empobrecimiento del pueblo y dirigen la mayoría del parlamento como si se compusiera de muñecos. Y mientras llevan a cabo así sus maniobras, meditan y ponen en ejecución distintos planes de bandolerismo, las masas inconscientes escuchan con la boca abierta las disertaciones de uno u otro orador del parlamento, imaginándose que se está ejecutando allí la voluntad del pueblo. Este autoengaño se agrava debido a que hay en el parlamento distintos Scheidemann que juegan el papel de una oposición sin tregua contra el capital, haciendo creer a los obreros que también sus intereses están defendidos allí. Solamente cuando comienza el verdadero ataque contra el capital, como ocurrió entre nosotros durante la revolución de Octubre, solamente entonces, se esfuma todo este fraude parlamentario y pierden su tinte rojizo las fisonomías de todos los socialistas de boquilla.

De esta manera, la diferencia entre el Estado feudal y el Estado burgués consiste en que en este último la violencia

contra el pueblo está mejor disimulada.

Bajo el gobierno de la autocracia de la nobleza, al obrero y al campesino se les despoja directamente y sin ninguna ceremonia; en cambio, bajo el parlamentarismo burgués le permiten que “exprese su conformidad” para esta operación.

La semejanza entre ambos Estados consiste en que además de la alta capa gubernamental (en unos casos, el monarca, en otros, el parlamento por elección), también el resto del aparato de gobierno, mejor dicho, de opresión, queda en el mismo lugar.

Quedan los tribunales, aunque las leyes condenatorias han sido revisadas en interés del capital.

Quedan la policía y la gendarmería, sólo que ahora operan según la táctica de los nuevos patrones.

Queda el ejército permanente, sólo que la oficialidad se renueva, aunque no en todas partes, con elementos de la propia burguesía.

Queda, en la enorme mayoría de los casos, la Iglesia, en calidad de gendarme espiritual del capital, adaptándose rápidamente a sus exigencias. Y si los capitalistas mismos consideran que la religión es innecesaria para ellos, para el pueblo, en cambio, la utilizan con éxito.

Quedan enormes contingentes de funcionarios designados desde arriba.

Queda la diplomacia secreta, sólo que ahora realiza una política exterior no tanto en beneficio de los intereses personales de uno u otro monarca, como en interés de los grupos más influyentes de la burguesía. Por consiguiente, la guerra bajo la dominación burguesa, al igual que en el Estado autocrático, es declarada sin el acuerdo del pueblo, llevándose a cabo, por parte de un pequeño grupo de grandes capitalistas y utilizando todo el aparato burgués de gobierno, las mayores violencias sobre millones de trabajadores.

Toda esta semejanza entre el Estado feudal y el Estado burgués se explica muy sencillamente. Tanto uno como otro representan un aparato para que una minoría insignificante domine a la enorme mayoría del pueblo. De otro modo, esta combinación no podría llevarse a cabo. Por esto, si preguntamos a un burgués consciente de sus propios intereses qué aprecia más, el parlamento o la policía, dirá siempre que la policía.

“Yo amo la constitución, pero si tuviera que elegir entre los dos, claro está que elegiría el plato más sabroso”. En último término, es sabido que si el parlamento llegara a fallar, la policía defendería de una forma más segura el “sabroso” plato de los golosos burgueses.

Todos estarán de acuerdo por ejemplo en que, en Francia, todo el aparato de opresión de las masas y del sostenimiento del orden burgués está mejor preparado para defender el capital bajo la República, de lo que estuvo antes de la revolución para la defensa de la aristocracia latifundista y de la Iglesia. Si ahora el desempleado no paga el alquiler de su vivienda al propietario, todo el aparato jurídico, policial y, si es preciso, todo el aparato militar de la nación, se pondrán en marcha para garantizar al burgués los intereses de su propiedad privada. Los obreros que apoyasen a un compañero sin trabajo podrían más fácilmente llevar a cabo la revolución social completa, que conseguir la revocación de la decisión sobre la multa que hubiese dictado el juez.

Así, pues, el Estado burgués representa también la violencia organizada de la clase burguesa sobre las masas trabajadoras. Para el burgués liberal, la diferencia entre la autocracia de la nobleza y el Estado parlamentario nacional es inmensa. Para el obrero, en cambio, esta diferencia puede expresarse en dos palabras: la jaula es más amplia,

el látigo más liviano, y los golpes se dan previo acuerdo de la constitución¹.

1. Pero el partido del proletariado siempre ha tenido en cuenta la diferencia entre una jaula más o menos amplia, y por esto, cuando luchaban entre sí la monarquía y el parlamentarismo burgués, apoyaba el parlamentarismo burgués contra la monarquía, y aprovechaba la lucha parlamentaria, con el objeto de ir luego del parlamentarismo hacia la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres (Nota del Autor).

El Estado Proletario

Hemos visto que el Estado autocrático de la nobleza es en realidad una organización de la nobleza a escala nacional, la cual al principio representa una fuerza militar única, poderosa y cohesionada, y luego una fuerza capaz de convertir a millones de trabajadores en su instrumento, colocándose a la cabeza de enormes fuerzas organizadas de opresión que adoptan la forma de policía y ejército regular. El Estado de la nobleza es un centinela para la custodia de los privilegios de ésta, privilegios que defiende del ataque del pueblo trabajador explotado, utilizando frecuentemente para ello fuerzas de este mismo pueblo.

El Estado burgués es también un instrumento para la dominación de las masas trabajadoras, pero ahora en interés del capital y de la nobleza, cuyos derechos se han igualado con los derechos de toda la burguesía.

Este aparato opera en interés de una minoría sofocando la resistencia de la enorme mayoría de la población. Veamos ahora qué es lo que representa el Estado proletario y en qué se diferencia de las dos formas de Estado, de bandolerismo y de explotación a las que nos hemos referido.

Primero atendamos a cómo surge el Estado proletario, cuál es su estructura, cuáles son sus tareas y cuándo este Estado puede dejar de existir.

El Estado proletario surge como resultado de la revolución proletaria victoriosa. Destacamentos aislados del

proletariado interviniendo de forma dispersa contra el gobierno burgués están abocados al fracaso, porque la burguesía (que por sí misma representa una fuerza no muy grande comparada con las masas de millones de obreros) resulta suficientemente fuerte para destruir estos destacamentos uno por uno con la ayuda de su aparato gubernamental. Es especialmente importante recordar esto, porque este dato de la enorme superioridad de la organización gubernamental de clase para la lucha contra la clase enemiga, invalida por sí solo y por completo todas las charlas anarquistas sobre la lucha contra el enemigo por medio de destacamentos no ligados por un centro dirigente, una disciplina y un plan común. Y si nuestra revolución obrero-campesina de Octubre venció al poder burgués en Rusia, fue solamente gracias a que el proletariado empleó el máximo de organización, y a que la unión gubernamental de la clase burguesa se vio enfrentada a escala nacional, con la unión de todas las fuerzas proletarias organizadas en los sóviets y en el partido panruso de los bolcheviques. La organización burguesa chocó contra la organización proletaria, y fue vencida por ésta.

De esta manera, el Estado proletario se encuentra ya en forma de embrión en el Partido, que dirige la lucha por el poder, y en las organizaciones de masas del proletariado que, al comienzo, tienen como tarea la supeditación del proletariado a sí mismo, es decir, le ayudan a formarse como clase, con fines determinados y a subordinar a estos fines la actuación de diferentes grupos. Cuando el proletariado, constituido en unidad determinada de clase vence a la burguesía y conquista el poder, todas sus organizaciones se transforman en organizaciones gubernamentales.

Esto significa que los sóviets pasan de ser órganos de unificación del proletariado a convertirse en órganos que

subordinan al poder proletario a todas las demás clases y grupos del país.

Lo mismo, aunque más lentamente, ocurre con las organizaciones de clase, como los sindicatos revolucionarios.

De este modo vemos que el Estado proletario nace en el combate, surge al calor de la lucha de clases y, como veremos luego, sigue siendo siempre la organización de combate del proletariado.

Veamos ahora en que se diferencia el Estado proletario del Estado autocrático de la nobleza y del Estado burgués, cómo la diferencia de objetivos se refleja en la estructura misma del Estado proletario.

La nobleza se apodera del poder gubernamental con el objeto de defender sus privilegios, es decir, los beneficios y el poder sobre las masas, frente a los ataques contra su clase de los grandes terratenientes.

La burguesía conquista el poder mediante la revolución burguesa, para la defensa de los privilegios del capital y para ofrecerle ayuda en la tarea de exprimir de la clase obrera la mayor cantidad posible de plusvalía.

Estas dos formas de Estado facilitan la expoliación de las masas trabajadoras y la violencia sobre ellas por parte de un grupo de explotadores.

El Estado proletario, en cambio, persigue el fin opuesto. Su tarea consiste en acabar lo que no ha sido realizado por la revolución proletaria y para lo cual se exige un tiempo determinado: arrancar definitivamente de manos de la burguesía todos los instrumentos de producción, es decir, fabricas y talleres; destruir la división de la sociedad en clases; poner fin a la explotación del hombre por el hombre; introducir la obligación del trabajo y transformar toda la sociedad en un ejército único y laborioso de compañeros trabajadores.

Sin embargo, el Estado proletario, antes de emprender la tarea de realización práctica de este programa, debe quebrar la resistencia de las clases pudientes. Pero estas clases sólo abandonan su posición de poder después de un combate tenaz, y una vez vencidas en los centros principales, organizan conatos de sublevación en distintas regiones del país. El gobierno proletario en Rusia necesitó casi tres años para aplastar las fuentes de la contrarrevolución en el Don, en la región del Ural, en Siberia y en el Norte; tuvo que defender su existencia en la guerra contra Polonia, dominada por guardias blancos, y contra otras naciones limítrofes, a las que todo el mundo capitalista apoyaba contra la URSS.

De este modo, entre el Estado proletario y los Estados burgueses y feudales existe una diferencia de base.

Mientras el Estado burgués y el Estado autocrático defienden los intereses de las clases dominantes, el Estado proletario tiene como fin la destrucción de todo privilegio, de toda desigualdad y de toda explotación. Al apoderarse del poder, el proletariado lo utiliza, no para convertirse en explotador y dominador de las demás clases de la población, sino para destruir toda explotación en el futuro, para destruir todas las clases y la posibilidad de su resurgimiento².

Pero para destruir las clases hay que destruir la causa que origina el nacimiento del Estado. En este sentido se

2. Además de todas las ventajas que proporciona la organización comunista de la economía en comparación con el capitalismo y con el actual período transitorio, gracias a la liquidación del Estado y a la aplicación de las fuerzas libres en el trabajo económico, gracias a la liquidación de la economía casera y de la educación familiar, gracias a la incorporación a la producción de millones de mujeres, etc., es necesario agregar la reducción de fuerzas y de medios para aparatos de control de toda índole. En la sociedad burguesa se gasta una enorme cantidad de fuerzas para la pequeña contabilidad "privada" de las pequeñas empresas, vigilancia y control sobre los obreros, vigilancia de los materiales, etc. En el período transitorio actual, en Rusia, una enorme cantidad de fuerzas se gasta también en los órganos de distribución y establecimiento de las normas de consumo, para el control, para determinadas formas burocráticas, que la economía comunista organizada no ha de conocer. (Nota del Autor.)

puede decir que el Estado proletario es el último de todos los Estados posibles.

El Estado proletario es la forma en la cual muere el Estado en general, transformándose en organización de la mayoría trabajadora, en vez de organización de la minoría.

Pero, ¿acaso tiene sentido decir, por ejemplo, que el poder Soviético es un poder gubernamental?

Sí, se puede y se debe decir así.

Todo Estado es una organización de violencia y el Estado proletario lo es también.

Pero, ¿de quién y sobre quién?

De la unión de explotados y oprimidos sobre los explotadores, de la unión de los trabajadores sobre los parásitos, de la unión de la mayoría sobre la minoría.

Así, pues, vemos que, por sus fines, el Estado proletario se diferencia del Estado feudal y burgués como el cielo de la tierra. Y del mismo modo se diferencia en su estructura.

En las puertas del Estado autocrático de la nobleza está escrito: aquí se permite llegar al poder sólo a aquel que pertenece a la aristocracia latifundista, a la clase de los terratenientes, a aquel que vive del trabajo ajeno y no mancha sus manos aristocráticas con el trabajo.

En las puertas del Estado burgués se puede leer: aquí domina el que posee capital y gran propiedad, el que utiliza el trabajo asalariado para su enriquecimiento, el que tiene un certificado que le da derecho a participar en el poder, representado por un capital de cientos de miles y millones y por centenares y millares de obreros, ocupados en las fábricas y talleres.

En el Estado proletario no se permite llegar al poder al que vive del trabajo ajeno, al que explota a otro ser humano, al que utiliza el trabajo asalariado para su enriquecimiento. En el Estado proletario se permite la llegada

al poder solamente al que trabaja, al que vive de su trabajo y no de rentas obtenidas de manos ajenas.

Antes se consideraba la nobleza como la clase más alta de la sociedad; todas las demás eran “clases bajas”. Más tarde, la clase alta la constituyeron todos los grandes propietarios de tierras, toda la alta y media burguesía y la intelectualidad burguesa. En el Estado proletario, la clase dirigente la constituye la clase trabajadora de la ciudad y del campo, mientras que los terratenientes, los burgueses y los saboteadores de la intelectualidad burguesa son desposeídos de sus derechos gubernamentales. Pero la clase obrera, al convertirse en clase gobernante, no sólo no cierra las puertas a nadie para ingresar en sus filas, sino que al contrario, lleva las cosas de modo que todos se conviertan en trabajadores, que toda la humanidad sin excepción esté compuesta por privilegiados, en otras palabras, que el poder no constituya un privilegio especial para nadie.

En el Estado autocrático de la nobleza, el privilegio del poder era accesible solamente a contadas personas de las capas altas. Aquél que no había nacido siendo noble se encontraba ya privado de ese derecho desde su nacimiento, y no tenía ninguna posibilidad de llegar a las filas de la clase gobernante, excepción hecha de individuos aislados que compraban títulos de nobleza.

Durante el régimen burgués domina el capital.

Es cierto que los capitalistas, describiendo las bondades del régimen burgués y su “justicia”, tienen por costumbre indicar que cada cual puede llegar a enriquecerse. Pero esta afirmación, se comprende, constituye tan sólo una burla, porque si todos se convirtieran en burguesía, ¿dónde estaría entonces el proletariado con cuyo trabajo se crean las riquezas de los capitalistas? Juan y Pedro pueden enriquecerse y convertirse en millonarios, aun habiendo

sido antes mendigos, pero esto significa que Diego y Ramón se han empobrecido y fueron arrojados fuera de la clase burguesa, mientras que decenas de miles de obreros y campesinos nunca han estado ni estarán en las filas de la clase burguesa.

Como se ve, el privilegio de encontrarse en el número de los capitalistas y dirigentes del Estado se limita a un insignificante grupo de personas.

Al contrario, en el Estado proletario todos pueden participar en la dirección del Estado; todo el que trabaja, todo el que no pertenece a la clase explotadora, puede, por ejemplo, elegir a los sóviets y ser elegido para ellos. Y cuando los burgueses, y especialmente sus lacayos mencheviques y socialrevolucionarios de derecha, indican que la clase obrera y los campesinos pobres apartan a todos los demás grupos del poder y se convierten en clase privilegiada, es algo completamente falso. Vaya el banquero a sembrar o a segar el pasto, a limpiar cuartos, entre de portero o de conserje en el banco que se le ha quitado y nacionalizado, ingrese aunque sea en calidad de escribiente de oficina, y entonces recibirá el derecho electoral en las elecciones al sóviet.

Un paso de esta naturaleza, del ocio al trabajo, no sólo da posibilidad al banquero de participar en la dirección del Estado (en caso de que tenga deseo de dirigir el Estado Soviético), sino que será de utilidad para su salud. Esto último lo puede confirmar el médico que cuida a su paciente contra la obesidad.

El Estado obrero y campesino es indiscutiblemente un Estado clasista, porque los Estados sin clase solamente han existido hasta ahora en los libros de los hombres de ciencia burgueses, que engañaban a las masas con sus fábulas sobre el parlamentarismo burgués, en el cual es “todo el

pueblo quien gobierna el país.”. Pero el Estado proletario clasista, no solamente no cierra a nadie la posibilidad de participar en la dirección, sino que al contrario, hace de esto hasta cierto punto una obligación, por cuanto introduce el deber de trabajar y destruye las clases pudientes y privilegiadas, con lo cual abre a todos la posibilidad y la indispensabilidad de participar en la decisión de los asuntos generales. En el Estado proletario gobierna aquel que trabaja, y de las clases pudientes mismas dependerá el que reciban el derecho a participar en el poder.

Acaben con su resistencia contra el Estado proletario, reconozcan que han sido vencidos igualándose en su posición con los obreros y empleados, y entonces podrán contar con recibir los derechos que poseen los trabajadores en el Estado obrero. El burgués que desee seguir siendo burgués se quita a sí mismo la posibilidad de poseer derechos electorales.

En Rusia, el Estado proletario ha sido constituido como una república de sóviets elegidos por las masas trabajadoras. Existen todos los fundamentos para pensar que, como regla general, la dictadura del proletariado se llevará a cabo en los demás países precisamente por intermedio de los sóviets, por medio de la disolución de los parlamentos burgueses y del paso del poder a los sóviets de obreros y campesinos pobres. Pero esto no significa, naturalmente, que esta regla no puede contener excepciones. Por ejemplo, la Comuna de París del año 1871; este primer órgano del gobierno proletario fue elegido por votación general. En la república del lejano Oriente, los comunistas obtuvieron la mayoría aún en la asamblea constituyente elegida sobre la base del sufragio universal, es decir, según todas las reglas de la democracia burguesa. Puede ocurrir que en algún país el proletariado consiga la

mayoría en las elecciones al parlamento y eche del parlamento a la minoría burguesa con objeto de no estar junto con sus enemigos de clase dentro del estado mayor de la lucha proletaria. Puede darse el caso de que en algún país la minoría comunista, después de haber expulsado del parlamento a los diputados burgueses y socialtraidores, sea declarada gobierno supremo con el apoyo de las organizaciones obreras revolucionarias, y gobierne al país hasta las elecciones a los sóviets y hasta la organización de un poder Soviético bien constituido.

En la conquista del poder, no es la forma lo que tiene importancia para el proletariado (en dicho caso la forma de la democracia soviética), sino el fondo de la cuestión. En efecto, existieron sóviets conciliadores, como por ejemplo los sóviets rusos en los primeros meses de la revolución de febrero, o bien los sóviets alemanes en los primeros meses después del derrocamiento del emperador Guillermo. Aun ahora existen en Austria sóviets conciliadores.

Debe tenerse en cuenta que, encontrándose en manos de la burguesía casi toda la prensa así como todos los medios para la opresión, sólo excepcionalmente puede el proletariado alcanzar mayoría en el parlamento para el partido comunista por medio de las elecciones, y no tiene ningún sentido esperar dicho momento cuando es posible conquistar el poder con un camino más corto y directo, es decir, por medio de la insurrección.

Los capitalistas arrinconados por el proletariado gritan sobre la infracción por parte de los bolcheviques del sufragio universal, libertad, etc. Los señores Tchernov, ideólogos de los *kulaks* rusos e intelectuales expulsados de sus rinconcitos calientes, les muestran su apoyo con tesón. Sin embargo, la burguesía misma, en su lucha por el poder, únicamente tuvo que aprovechar las formas de

lucha que en un momento dado le eran más beneficiosas, aplicándolas variadamente y sin temor a infringir los principios o leyes proclamados o dictados por ella.

Los burgueses ingleses de la época de la primera revolución inglesa utilizaron el parlamento en su lucha por el poder, expulsando dos veces del mismo a la parte contrarrevolucionaria de diputados. La burguesía francesa, durante los tres primeros años de la revolución de 1789, introdujo restricciones electorales basadas en la renta de los ciudadanos, con lo cual apartó a las capas más bajas de la población de la participación en el poder.

Inversamente, la gran burguesía fue a su vez apartada del poder por la pequeña burguesía revolucionaria. Los representantes de la burguesía comercial de provincias fueron expulsados de la Convención por los girondinos. Posteriormente, la burguesía, tanto en Francia como en los demás países, llevaba abiertamente a la práctica su dominio de clase, permitiendo elegir para el parlamento únicamente a propietarios, poseedores de grandes propiedades, y apartando completamente al proletariado y a los pobres. Los parlamentos elegidos en base al voto de los propietarios eran los sóviets de diputados burgueses. Cuando se hizo necesario ocultar en alguna forma la desvergonzada victoria de los grandes capitalistas, los burgueses comenzaron a ampliar los derechos electorales del pueblo trabajador, marcando cada paso en este sentido con grandes aspavientos. Pero, de hecho, el gobierno de la clase burguesa continuaba aún bajo la máscara del parlamento y de la ampliación del derecho electoral, y aquello que no se podía votar, o que se presentaba inconveniente para ser votado por el parlamento, era ejecutado entre bastidores a escondidas del pueblo. De esta manera, así como la dictadura de la burguesía adoptaba las formas

más variadas, sin dejar sin embargo, de ser una dictadura, así también la dictadura proletaria puede llevarse a la práctica en sus comienzos en las formas más diversas, con tal que una u otra forma de organización del Estado proletario asegure el aplastamiento más rápido y eficaz de las clases pudientes y la más rápida construcción del sistema socialista de la propiedad.

Pero precisamente en interés de su última finalidad, el gobierno proletario no puede utilizar en ningún caso el aparato estatal dejado por la sociedad burguesa. La burguesía, que constituye minoría en el país, posee un aparato de poder especialmente adaptado al aplastamiento de la mayoría que forman los trabajadores.

Claro está que este aparato no es necesario a los obreros y campesinos que han aplastado hoy a la minoría de explotadores vencidos pero que todavía continúan ofreciendo resistencia.

En lugar de la policía educada para llevar a cabo los encargos del gobierno burgués, está la guardia roja, que en lo posible es elegida por la población trabajadora.

En lugar de un ejército permanente, existe el armamento general de la clase trabajadora, es decir, el ejército rojo, y, en tiempos de guerra, el ejército clasista, el ejército de obreros y campesinos. La burguesía que grita contra el ejército clasista y la milicia de clase olvida que, ella misma, durante la revolución francesa por ejemplo, poseía una fuerza militar y civil clasista representada por la guardia nacional en los momentos en que la amenazaba el peligro de parte de sus enemigos de clase, sin contar con que aún el ejército regular, creado sobre la base del servicio militar obligatorio, constituye un ciego instrumento en sus manos.

El aparato jurídico también debe ser destruido para crear uno nuevo sobre la base de la elección de los jue-

ces. En lo que respecta al tribunal para asuntos políticos, el proletariado no tiene ninguna necesidad de ocultar hipócritamente, como hace la burguesía, que juzga a sus enemigos de clase, creando para ello tribunales revolucionarios.

En lo que respecta al aparato de dirección, en lugar de la burocracia designada desde arriba, esta obra es llevada a cabo por sóviets elegidos en cada localidad, cuyas personas responsables realizan su trabajo aproximadamente en las mismas condiciones en que se encuentra cada obrero en la fábrica, no poseyendo ningún privilegio especial excepto la jornada de 16 horas en lugar de las 8 horas, como frecuentemente la exigen las circunstancias, y teniendo provisionalmente derecho a recibir más que un obrero y un campesino de base, solamente en la proporción en que sea verdaderamente necesario para poder realizar el trabajo.

La elección y la destitución en todo momento, he aquí la base sobre la que se construye el gobierno proletario. Como resultado de la destrucción del aparato gubernamental burgués, la clase obrera y el campesinado pobre construyen un tipo especial de Estado nunca visto hasta ahora en el mundo, Estado que adquirió en Rusia la forma de República Soviética.

Este Estado dirige sus bayonetas contra las clases explotadoras; para éstas este Estado es la organización de la violencia.

En lo que respecta a los obreros y campesinos, para ellos los Sóviets constituyen órganos para la determinación y realización práctica de los intereses de todos los obreros y campesinos de Rusia.

En los Congresos Panrusos de los Sóviets, estos intereses generales se estudian, se aclaran, se elabora un plan de acción, y si después de discutido existen sóviets locales

no conformes con ese plan, se ven obligados a acatar la decisión de la mayoría del pueblo trabajador.

De esta manera el gobierno soviético es la organización de la violencia sobre las clases pudientes y órgano de autodirección para las masas trabajadoras.

El Estado Proletario y su Desaparición Progresiva

El Estado proletario, ¿Es eterno y absolutamente indispensable en todas las etapas del desarrollo del comunismo, o resultará superfluo una vez alcanzado el comunismo integral? Los grandes maestros del comunismo, Carlos Marx y Federico Engels, han dado en más de una ocasión una respuesta perfectamente determinada. Esta respuesta se reduce a que el Estado proletario, a semejanza de todas las formas anteriores del Estado, constituye una organización provisional. Existirá mientras no sean resueltas aquellas tareas para cuyo cumplimiento ha sido creado, y dejará de existir cuando resulte superfluo. Engels dice textualmente que “el Estado será relegado a los museos al igual que el hacha de piedra y demás instrumentos de la prehistoria, cuando resulte cumplida la tarea para cuya realización surgió”.

Pero se sobreentiende que no es posible relegar al museo el hacha de la edad de piedra mientras la humanidad no haya aprendido a usar el hacha de hierro o a desempeñar su trabajo eficazmente utilizando otros instrumentos en su lugar. De la misma manera, el Estado proletario morirá una vez que haya realizado el trabajo para el cual fue creado, y en ningún caso antes.

¿Qué es lo que incumbe realizar al Estado proletario?

En primer lugar, debe aplastar definitivamente la resistencia de las clases pudientes que intentan recuperar el

poder por medio de la ayuda del capital extranjero, destruir en su burguesía la idea de la posibilidad de volver al viejo estado de cosas, haciendo imposible todo intento de sublevación interior, tanto para ella como para los elementos próximos a ella.

Mientras esta tarea no haya sido realizada, el Estado proletario debe existir, armado de todos sus medios de opresión y defensa. Todo aquel que en estas circunstancias se manifieste contra la existencia del Estado proletario es, de hecho, un contrarrevolucionario y compañero ideológico de Wrangel y Milyukov.

El Estado proletario debe aplastar no solamente la resistencia armada de las clases pudientes, sino también cualquier otra resistencia de las mismas en forma de sabotaje, incumplimiento de las leyes u otros aspectos ocultos de lucha. El Estado proletario debe existir hasta que haya sido destruida la división de la sociedad en clases, hasta que todos los antiguos fabricantes, banqueros, terratenientes y pequeñoburgueses se conviertan en ciudadanos trabajadores de la sociedad socialista y se fundan con el proletariado en un ejército único del trabajo. Todos deben comprender que, en este sentido, el Estado proletario tiene ante sí una ardua y enorme tarea. Primero es necesario liquidar las altas capas de la burguesía, lo cual puede realizarse más o menos fácilmente. Más complicado es liquidar todas las capas de la mediana burguesía. Finalmente, las mayores dificultades se encontrarán durante la lucha contra la pequeña burguesía de todas las especies y matices, con los millones de maestros artesanos, comerciantes, campesinos ricos, etc. Especialmente difícil será esta lucha en Rusia, país en el cual prevalece la pequeña burguesía. Controlar al pequeño patrón no será sencillo, porque éste, por su naturaleza misma, es un anarquista y considera con des-

confianza al Estado, aunque ese Estado sea obrero y campesino. He aquí el programa del pequeñoburgués: elaborar más barato y vender más caro; por ello se manifestará contra todo poder, incluso contra el poder socialista si éste le molestara en sus actividades, y aun cuando esto se hiciera en interés de toda la población trabajadora.

El Estado proletario no ha de tender a la expropiación de los pequeños propietarios sino que necesita controlar la pequeña economía. Luego, los pequeños propietarios se irán liquidando progresivamente, debido a que ser pequeño propietario durante el socialismo será poco beneficioso, resultando más conveniente convertirse en miembro de la comunidad socialista. En estas circunstancias ser pequeño productor significará trabajar más y recibir menos, y como nadie es enemigo de sí mismo la pequeña economía se irá disolviendo gradualmente sin necesidad de que el Estado proletario tenga que adoptar medidas de violencia. Sin embargo, debemos de ser conscientes de que en el momento inicial los pequeños propietarios ofrecerán resistencia al control, particularmente, por ejemplo, a la puesta en práctica del monopolio del trigo y en estos momentos el Estado proletario deberá mantenerse en su puesto como roca inquebrantable.

El Estado surge cuando aparecen las clases. Esto significa que el Estado proletario deberá existir mientras no se hayan destruido todas las clases definitivamente y para siempre.

Sin embargo, la lucha del poder proletario contra la burguesía del propio país no puede traer consigo la victoria definitiva, al recibir ésta el apoyo de fuerzas contrarrevolucionarias extranjeras.

Razón de más para la existencia del Estado proletario en un país como Rusia, rodeado por las fuerzas enemigas del capital mundial, que intentan sofocar esta hoguera

de la revolución proletaria universal. Pero si se plantea la cuestión de la defensa de la revolución, de la guerra socialista, está absolutamente claro que esta guerra no se podrá llevar a cabo con esperanzas de éxito sin una poderosa organización gubernamental. Consecuentemente allí donde hay guerra hay ejército, y allí donde hay ejército hay también disciplina y subordinación absoluta de los soldados al gobierno proletario, es decir, subordinación a toda la clase obrera en general. Si los imperialistas alemanes vencieron a la Rusia zarista era debido, tan sólo, a su férrea organización gubernamental.

Si la Rusia soviética rechazó a Denikin, Kolchak, Wrangel, esto fue debido a la férrea organización de su Estado Obrero y Campesino y a la sólida disciplina de su Ejército Rojo, disciplina que nunca hubiera podido alcanzarse sin el aparato gubernamental que proveía al ejército rojo de todo lo necesario. Sin él nunca hubieran sido posibles sus gloriosas victorias.

Únicamente el férreo Estado proletario está en situación de organizar las fuerzas de resistencia al capital internacional y de defender y preservar las conquistas de la revolución socialista.

De esta manera, la existencia del Estado proletario será indispensable mientras no hayan sido vencidas las clases pudientes en el interior del país, mientras no hayan sido aplastadas las clases burguesas de los demás países, mientras no se haya destruido la división de la sociedad en clases y mientras todos los grupos privilegiados de la sociedad no se hayan fundido en el ejército único de trabajo de la sociedad socialista. En el momento actual, es muy difícil reproducir verídicamente cómo se realizará la liquidación del Estado, y es todavía más difícil prever en qué plazo habrá concluido este proceso en sus líneas gene-

rales. En el año 1921, vemos el futuro próximo a grandes rasgos bajo el aspecto siguiente: debido a la incapacidad del capitalismo para recuperarse de las consecuencias de la guerra mundial (aumento de la miseria, decrecimiento de la economía, desocupación e indignación de las masas proletarias de Europa) la sublevación socialista comenzará en los países occidentales, y Europa se convertirá después de una cruenta lucha civil en una Unión de Repúblicas Soviéticas. La lucha en el interior de Europa puede prolongarse y adquirir el aspecto de una guerra entre dos coaliciones: la unión de países soviéticos y la unión de naciones burguesas. Naturalmente, durante todo este período de lucha en Europa, en la Unión Soviética no se podrá debilitar ni por un momento el aparato gubernamental, porque el proletariado ruso tendrá que ayudar tanto con fuerzas militares como con otros medios a los obreros de Occidente en su lucha por la destrucción del régimen capitalista. El debilitamiento del aparato gubernamental será imposible en este período probablemente también por causas de carácter interno. Es dudoso que las fuerzas internas de la contrarrevolución hayan sido aplastadas para entonces. Al contrario, es posible esperar conatos contrarrevolucionarios especialmente en el momento de las luchas decisivas en Occidente, porque el capitalismo europeo indiscutiblemente lanzará a la lucha todas sus reservas en todos los países, incluso en Rusia, sin exceptuar a los señores Chernov y su Asamblea Constituyente, y bandas de maleantes.

Paralelamente, la victoria de la revolución proletaria en la Europa Occidental nos acercará en gran medida al momento de la liquidación gradual del Estado. Ciertamente, si durante este tiempo el capitalismo conserva todavía fortalezas en América y Japón, si estos dos baluartes del

capitalismo no se declaran la guerra y guerrear hasta llegar a la revolución social, no queda descartada la posibilidad de una guerra entre la Europa Socialista y el Nuevo Mundo capitalista. Pero esto a su vez hará indispensable a Europa la conservación de un fuerte aparato gubernamental y la organización de un poderoso ejército y marina rojos. Aunque incluso en tal situación el estado de cosas en la Rusia Soviética será otro respecto a la cuestión que estamos considerando. Asegurándose por el Oeste, consolidándose dentro de una poderosa Unión de Repúblicas Soviéticas, dejando de estar en situación de fortaleza proletaria, rodeada por todos lados de aves de rapiña capitalista, la República Soviética podrá comenzar ya, progresivamente, la reconstrucción de su aparato gubernamental en el sentido de reducción de los órganos superfluos de represión, en el sentido de transformación de algunos aparatos de violencia gubernamental en aparatos con funciones más próximas a las meramente económicas o bien exclusivamente económicas. Y esto será tanto más rápidamente factible cuanto, de una parte, más veloz sea la conversión en costumbre de la distribución socialista de la fuerza obrera y de las obligaciones del trabajo, y por otra, la distribución socialista del producto sobrante de la pequeña economía. Pues si bien se necesitarán órganos especiales para su realización, provocarán ciertamente una enorme reducción del aparato gubernamental.

Por último, cuando en los países más importantes del mundo, capaces de determinar la política mundial, el poder pase a manos del proletariado, la destrucción del Estado irá con paso acelerado en todas las Repúblicas socialistas, siguiendo una ruta paralela a la de la transformación de todas las clases pudientes e intermedias en trabajadores de la comunidad socialista.

Supongamos ahora que todo esto ha sido conseguido, que

nadie piensa siquiera en volver al pasado, que toda la sociedad está compuesta por ciudadanos con los mismos derechos, y que se ven ya claras las enormes ventajas del nuevo régimen en comparación con el régimen capitalista.

¿Qué se deberá hacer en el caso de que grupos aislados, o, en general, una minoría, se separe de la mayoría e intente conseguir una posición privilegiada en contradicción con los intereses de la mayoría y de toda la sociedad? Si la conciliación voluntaria es imposible, naturalmente la mayoría deberá hacer acatar su voluntad en la práctica por medio de la imposición. Y si es así debemos suponer que durante algún tiempo, en la nueva sociedad sin clases, que todavía no alcanza al grado de comunismo integral pero que se acerca rápidamente a él, existirá cierto resto de Estado bajo el aspecto de órganos llamados a ejecutar las decisiones de la mayoría. Que estos restos de órganos del Estado proletario no han de tener ninguna semejanza con la policía de la sociedad burguesa es evidente. El asunto se reducirá probablemente a que el órgano central de economía encargue por turno a tal o cual grupo de ciudadanos hacer ejecutar la decisión que el grupo aislado no haya querido acatar.

La necesidad de esta violencia desaparecerá rápidamente ya que, en la práctica, los grupos aislados de la sociedad y toda la sociedad en general, se convencerán de que los intentos de la minoría para imponer su voluntad a la mayoría son totalmente infructuosos. Posteriormente, todos se acostumbrarán a que las decisiones de la mayoría sean siempre llevadas a la práctica, y será suficiente el solo hecho de la votación por la mayoría, para que el asunto en discusión sea puesto en práctica incluso por aquellos que no estaban conformes con esta decisión. Conquistar para sí la mayoría, he aquí el único medio para la minoría de

llevar a la práctica sus decisiones.

Esta subordinación de la minoría a la mayoría será indispensable, naturalmente, sólo en el caso de que la cuestión no pueda ser resuelta por un acuerdo voluntario que satisfaga a ambas partes. Es evidente que el acuerdo es preferible a cualquier coacción, aunque sea moral. Allí donde la humanidad alcance una organización armoniosa y capacidad para prescindir de las instituciones gubernamentales como órganos de violencia, el Estado estará de más, será poco beneficioso y denigrante para tal período del comunismo. Expliquemos esto con el ejemplo siguiente: cuando la masa de la población está profundamente relajada por el espíritu de picardía y robos a pequeña escala derivados de la situación del zarismo y del capitalismo, en nuestros tranvías, por ejemplo, es necesario colocar empleados que vendan exclusivamente billetes, y controladores sobre estos empleados. Este impuesto a la poca sinceridad social es útil desde el punto de vista económico, e inevitable allí donde la administración del tranvía gasta, por ejemplo, para los vendedores de billetes y controladores, cien mil rublos anuales, salvando de esta manera un posible déficit de trescientos mil rublos a causa de la insinceridad del público. Pero si la población en su enorme mayoría es honrada y se puede confiar en que cada pasajero eche una moneda en una alcancía colocada en el tranvía, aunque el número de boletos no pagados alcance a diez y veinte mil, será más conveniente sin embargo, eliminar el control. El control muere por innecesario y perjudicial para la economía, y constituye una ofensa para la enorme mayoría de personas conscientes y honradas. Lo mismo ocurrirá con el Estado. Desaparecerá íntegramente en la sociedad comunista desarrollada, incluso con los pocos restos que se hubieran conservado. Éste será el momento de la madurez de hecho del hombre, para

el comunismo libre y completo, donde las obligaciones se cumplen solamente porque son consideradas como indispensables para la sociedad y no porque la sociedad impida por la violencia a algunos de sus miembros desviarse del cumplimiento de las mismas.

Estas obligaciones serán cumplidas por costumbre, por instinto social, como algo comprensible por sí mismo. Por ejemplo, el cumplimiento de las obligaciones del trabajo se habrá convertido en costumbre desde la edad escolar, y el trabajo será una función tan natural para cada uno, como el sueño, la alimentación, etc. Del mismo modo, la tendencia de los miembros de la sociedad al cumplimiento voluntario de todo aquello que hubiera sido reconocido por los órganos de la economía de la sociedad, se convertirá en instinto puramente social. La dirección de la economía probablemente constituirá un trabajo realizado por turno, por grupos aislados, quizá incluso con la posible exclusión de las elecciones para los cargos correspondientes. Un llamamiento del órgano de la economía que cuenta con la estadística necesaria de mano de obra, instrumentos de producción, proporciones del consumo, reservas, etc., será suficiente para asegurar la cantidad indispensable de fuerza de trabajo para cualquier rama de la economía. Un pequeño ejemplo: Cuando el ganso que guía a la bandada lanza un grito de alarma, toda ella, instintivamente, se levanta y vuela. De idéntica manera los trabajadores de la sociedad comunista seguirán instintivamente el llamamiento de la necesidad social. La estadística dirá: “diez mil brazos obreros para aumentar la producción del carbón”, y el número necesario de voluntarios pasará, de la realización de otros trabajos, a las minas de carbón. Es necesario reducir el consumo de arroz o de limones en un veinte por ciento: todos llevarán

inmediatamente a la práctica esta directiva del órgano de la economía sin la creación de los incómodos órganos de distribución del Comisariado Popular de Abastecimiento. Los órganos de dominación social, aun en su aspecto más débil, como fuerza que obra desde afuera, desaparecerán porque sus funciones habrán sido interiorizadas por el hombre, se habrán diluido en los instintos sociales del ente colectivo altamente organizado y educado a la perfección. Los retrocesos aislados serán considerados como enfermedades sociales que exigen curación y no como el restablecimiento de la organización de la violencia.

En su prólogo a *La lucha de clases en Francia*, Federico Engels subrayó con mucha claridad el carácter transitorio del Estado obrero, en los párrafos siguientes:

“...El Estado no es otra cosa que el instrumento de dominación de una clase sobre otra; esto hace referencia tanto a la república democrática como a la monarquía. En el mejor de los casos, el Estado es un mal que el proletariado ha heredado después de haber conseguido la victoria en su lucha por la eliminación de las clases. El proletariado deberá inevitablemente, al igual que la Comuna de París, reducir en cuanto sea posible los peores aspectos de este mal, hasta que la nueva generación educada en el nuevo régimen libre y social, resulte con fuerzas para apartarse de todo este desperdicio, de toda clase de instituciones estatales”.

Durante el período de la lucha por el comunismo, el Estado proletario deberá existir y existirá, y la prolongación de su existencia será determinada por la capacidad de resistencia de las clases pudientes. Y como ya actualmente se observa que la burguesía mundial es capaz de desarrollar una enorme capacidad de resistencia, ni la victoria de la revolución proletaria en Europa salvará a la clase obrera de la necesidad de acabar con la dominación burguesa en

América y Japón, debiendo al principio, probablemente, defenderse de estos carniceros. Podemos afirmar que el estado proletario tendrá que trabajar todavía decenas de años para la destrucción del reinado del capital en todos los rincones del mundo.

Veamos ahora qué opinan los anarquistas sobre el Estado proletario y cuál es su actitud respecto a él en la práctica.

Los Anarquistas y el Estado Proletario

Los anarquistas se declaran enemigos de todo poder gubernamental y de toda violencia organizada.

He aquí lo que escribe sobre el Estado, por ejemplo, Kropotkin:

“Nosotros vemos en él una institución que en el transcurso de toda la historia de la sociedad humana sirvió para impedir la unión de todas las gentes entre sí, sirvió para obstaculizar el desarrollo de la iniciativa local, para ahogar las libertades ya existentes, y estorbar la aparición de otras nuevas. Y nosotros sabemos que una institución que existió durante varios siglos y que se consolidó firmemente adoptando una forma determinada con el objetivo de cumplir un determinado papel en la historia, no puede ser adaptada para un papel contrario“(P. Kropotkin, *El Estado y su papel histórico*).

Malatesta escribe:

“El Estado no crea nada, aun llevado a la perfección es una institución superflua, que gasta inútilmente las fuerzas populares“(E. Malatesta, *El sistema abreviado del anarquismo*).

En los párrafos arriba citados hay que diferenciar dos ideas.

En primer lugar, la protesta contra el Estado explotador y el subrayado de la completa imposibilidad de aprovechar este viejo aparato de opresión para la emancipación

de la clase trabajadora. Sobre este punto entre los comunistas y los anarquistas no hay divergencias. En segundo lugar, la protesta contra todo Estado, incluso contra el Estado proletario.

Pero cuando los anarquistas intentan llevar la repulsa que el Estado opresor les inspira contra el Estado proletario, que surge como organización combativa de las clases oprimidas, entre comunistas y anarquistas surge todo un abismo. El anarquista que, siguiendo a Malatesta, se pusiera a repetir como un loro frente al Estado obrero que realiza una lucha desesperada contra el capital internacional, que también dicho Estado es una institución “que gasta inútilmente las fuerzas populares“, demostraría solamente que en su propia cabeza reina la anarquía más ideal. Ni a los niños hay necesidad de demostrarles que la lucha termina con el éxito de la parte mejor organizada. La forma más elevada de organización alcanzable en la sociedad de clases es la organización de la clase en Estado y multiplica por diez las fuerzas de la clase que consigue unirse de esta manera. Por esto el proletariado al organizar su Estado, no “gasta inútilmente las fuerzas populares“, sino que cuida estas fuerzas tendiendo a conseguir, con el menor gasto posible de ellas, la victoria sobre la burguesía. Y al contrario, el mayor gasto de fuerzas lo proporciona la lucha con el método de los anarquistas. Pero sobre esto hablaremos más adelante.

Cuando los teóricos del anarquismo tuvieron que responder a la pregunta de cuál sería su actitud hacia el Estado obrero si tal Estado surgiera, intentaron eludir la respuesta basándose en la afirmación de que el Estado proletario no puede existir: “El Estado siempre ha sido, es y será una organización de la minoría y nunca puede darse un caso en que la mayoría del pueblo pueda tomar el po-

der en sus manos”. Si las masas trabajadoras consiguieran vencer en la lucha contra sus opresores, la organización del Estado para estas masas hubiera sido completamente innecesaria. Pero precisamente la vida dio un ejemplo de la existencia de un Estado proletario, burlándose así de los teóricos del anarquismo y exigiéndoles una respuesta, que ahora ya no podían eludir.

Esta cuestión, planteada por la realidad misma, asestó un fuerte golpe a los anarquistas. Ahora, han de reconocer que no todo Estado ni toda violencia organizada constituyen un daño para la clase obrera, sino solamente el Estado de los explotadores. Aunque al hacerlo el anarquismo habría permitido que se abriese una brecha en el punto esencial de su teoría, habría tenido que bajar del cielo de las afirmaciones absolutas a la tierra de la verdadera realidad. O en caso contrario, era necesario reconocer como dañino al Estado obrero, al Estado que aplasta a los explotadores, al Estado de la disciplina en las filas de los trabajadores mismos, declararle la guerra y de esta manera quedar en compañía de los contrarrevolucionarios burgueses.

Veamos cómo han intentado salir de esta situación los anarquistas.

La primera experiencia del Estado proletario la dio la Comuna de París. El anarquismo no ha podido negar el carácter emancipador de esta admirable organización. Y por eso vemos que Kropotkin, por ejemplo, presenta sencillamente la Comuna de París como una Comuna anarquista. Kropotkin recomienda aprender, a partir del ejemplo de la Comuna de París, cómo hay que realizar la revolución social, y trata de no ver, o sencillamente no comprende, cómo sobre el terreno despejado por la revolución comenzó a formarse un Estado proletario nuevo y nunca visto en la historia. En su folleto *La anarquía*, Kro-

potkin escribe: “En la revolución, la destrucción constituye solamente una parte del trabajo del revolucionario; el revolucionario necesita además comenzar a construir en seguida lo nuevo. Esta construcción puede llevarse a cabo, bien según viejas recetas aprendidas en los libros e impuestas al pueblo por todos los defensores de lo viejo, por todos los incapaces de pensar en lo nuevo; o bien la reconstrucción comenzará sobre nuevas bases, es decir, que en cada aldea, en cada ciudad, comenzará la construcción de la sociedad socialista bajo la influencia de algunas bases comunes asimiladas por las masas que va buscarán su realización práctica en cada lugar dentro de las relaciones complicadas propias a cada región”.

Y en calidad de ejemplo de tal construcción, Kropotkin cita la experiencia de la Comuna de París, agradándole más que todo el que París fuera proclamado entonces “ciudad independiente”. Que esta independencia era ante todo independencia de Thiers, del gobierno contrarrevolucionario burgués de Versalles y de los elementos reaccionarios del campo, Kropotkin lo silencia. En realidad la Comuna tendía a abarcar toda Francia, convertir todo el país en organización del Estado proletario, y fue vencida a consecuencia de las derrotas en esta dirección.

En general, la Comuna de París representa, no un ejemplo de Comuna anárquica sino un Estado-comuna en embrión.

Que esto era precisamente una experiencia de Estado, si bien de tipo nuevo y constituyendo una experiencia muy imperfecta, está claro para cualquiera que conozca la historia de la Comuna de París y no tenga interés en denigrar o explicar al revés su esencia.

La Comuna reunía todas las características más importantes del Estado, tan odiado por los anarquistas. Era en primer lugar un órgano legislativo, y dictó una serie de

decretos obligatorios para todos y que se debían llevar a la práctica so pena de castigos. No eliminó el tribunal, sino que proclamó la elección de los jueces por el pueblo. No destruyó los ejércitos ni la disciplina militar, imprescindible para cualquier ejército que no desease sufrir únicamente derrotas, sino que poseía un ejército basado en el armamento general de los obreros así sucesivamente.

En general, la Comuna representaba un embrión de Estado adaptado a los intereses del proletariado, a los fines de aplastar a la burguesía; Estado de oprimidos que había declarado la guerra a sus opresores.

Este Estado era muy imperfecto, y lo que agrada a Kropotkin en la Comuna era, precisamente, su defecto como órgano combativo del proletariado. Cuanto más fuertemente hubiera tendido la Comuna de París a organizar, a subordinar las fuerzas revolucionarias de Francia a su dirección, cuanto más rápidamente hubiera creado una organización centralizada que actuase militarmente e implantase más disciplina y orden en su ejército, tanto más éxito hubiera tenido en su lucha contra el gobierno burgués de Thiers.

Pero Kropotkin no pudo o no quiso comprender la esencia de la Comuna de París, e intentando salvar la inconsistencia de su teoría, pasó por alto el elemento estatal de esta experiencia socialista de los obreros parisienses. Al contrario, nuestros maestros Carlos Marx y Federico Engels, con genial intuición, determinaron que la Comuna era un tipo de Estado que creaba el proletariado victorioso. He aquí por ejemplo, lo que escribía Engels sobre la Comuna de París en su prólogo al folleto de Marx *La lucha de clases en Francia*:

“En los últimos tiempos el filisteo alemán comienza de nuevo a sentir un enorme terror al oír las palabras: dictadura del proletariado. ¿Quieren saber, estimados señores,

en qué consiste esta dictadura? Ved la Comuna de París. Esto era la dictadura del proletariado“.

Marx, en el mismo folleto, escribía sobre la Comuna: “El misterio de la misma (es decir, de la Comuna. E. P.) consiste en que por su esencia era un gobierno de la clase obrera“.

También escribía sobre la Comuna hablando de ella como de un gobierno obrero: “Las pocas, pero importantes funciones, que todavía quedaban en manos del gobierno central no debían ser destruidas como falsamente declaraban los enemigos de la Comuna, sino que debían ser entregadas a los funcionarios comunales, es decir, a funcionarios que tuvieran seria responsabilidad“.

Podríamos presentar un número mucho mayor de citas de las opiniones de nuestros grandes maestros. Todas estas citas demostrarían que Marx y Engels no sólo consideraban la Comuna de París como un gobierno de la clase obrera, sino que demostraban esta afirmación con toda una serie de datos de la vida y actividad de esta organización proletaria gubernamental.

El segundo ejemplo de Estado proletario nos lo dio la Rusia Soviética tras el levantamiento de Octubre. ¿Cómo recibieron los anarquistas esta grandiosa experiencia de la creación de un Estado obrero y campesino?

Al igual que la Comuna de París, la Rusia Soviética, ya por el hecho mismo de su existencia, constituye la refutación más evidente del prejuicio anarquista de que todo poder es el poder de la minoría opresora, y de que la mayoría de trabajadores no tiene posibilidad ni necesidad de organizarse en Estado para el aplastamiento de la minoría burguesa. Pero si Kropotkin tuvo el atrevimiento de declarar que la Comuna de París era una Comuna anarquista, repetir la misma afirmación respecto a la Rusia Soviética era ya imposible.

La revolución de Octubre se realizó bajo la consigna “todo el poder a los sóviets“. La palabra “poder“, tan odiada por los anarquistas, estaba a la vista, y esta palabra se convirtió en acción cuando fue derrocado el ministerio de coalición y comenzó a fortalecerse el aparato gubernamental soviético de la dictadura proletaria. Los anarquistas, junto con los bolcheviques, participaron en la revolución de Octubre. En la victoria conquistada hay también una parte de sus esfuerzos. Pero han jugado un papel revolucionario en el movimiento de Octubre, no gracias a su anarquismo, sino a pesar de él, es decir, que lo que los hacía aliados del proletariado que luchaba, no por la ausencia de todo poder, sino por el paso del poder a sus manos; no fue la negación de todo poder en general, sino la lucha contra un determinado poder burgués. Naturalmente, los anarquistas siempre intentaban subrayar en sus actuaciones que luchan contra la burguesía en nombre de la anarquía, pero esto no molestaba a la acción, porque ayudando a derrocar al poder de la burguesía ayudaban a la victoria del poder del proletariado.

Después de la revolución de Octubre, entre los anarquistas rusos se pueden diferenciar tres corrientes distintas con respecto al poder soviético. Una parte de los anarquistas razona aproximadamente del modo siguiente: El poder soviético lucha contra la policía rusa e internacional. Mientras esta lucha no haya finalizado, es necesario apoyar al poder soviético, aunque la anarquía signifique un régimen social más perfecto. Luchar contra el poder soviético cuando la burguesía todavía no esté vencida significa ayudar a la burguesía. Así razona una reducida parte de los anarquistas.

Otros anarquistas defienden una opinión completamente opuesta. Entienden que el poder soviético es ante todo poder, y los anarquistas deben siempre destruir el

poder, cualquiera que sea y haga lo que haga. Así, pues: ¡Abajo todo poder, incluso el poder soviético! ¡Abajo inmediatamente! y ¡Viva la anarquía!

Entre estas dos corrientes extremas existe una corriente intermedia que se acerca bien a un extremo o bien al otro según las circunstancias, tratando en todo momento de subrayar que una cosa es el poder soviético y otra completamente distinta los sóviets. Esta corriente intermedia, que probablemente comprende a la mayoría de los anarquistas rusos, se guía en sus relaciones con el poder soviético por la regla siguiente: cuando los anarquistas encuentran que, en determinado momento, la política del poder soviético responde a los intereses del anarquismo, debilitan su ofensiva contra él y hasta le sostienen. Si, según su profunda convicción, esta política no es revolucionaria, actúan no sólo contra una u otra medida del gobierno soviético, sino principalmente contra el poder soviético en general. Debe ser claro para todos que tal actitud respecto al poder soviético demuestra una confusión completa de parte de los anarquistas y una absoluta incapacidad para ocupar una posición única de principio con respecto al Estado proletario.

El primer grupo de anarquistas de que hemos hablado se coloca, abierta y honradamente, de parte del gobierno soviético que todavía no ha concluido su trabajo de aplastamiento de las clases explotadoras, con lo cual reconoce de hecho (aunque posiblemente silenciándolo de palabra), clara y francamente que el Estado proletario puede existir; que en la Rusia Soviética existe en la práctica; y que el anarquismo resultó equivocado en el punto más esencial: la cuestión del Estado. Este grupo obra tal cual le dicta su sano instinto revolucionario en una época revolucionaria, pero en cambio relega al olvido los razo-

namientos teóricos de los Kropotkin.

Situación distinta es la del grupo de anarquistas que repiten como loros aquello que fue escrito por los teóricos del anarquismo decenas de años atrás. Los teóricos del anarquismo se representaban el paso del Estado explotador a la sociedad sin Estado de una forma muy simplista: Comienza la revolución social, el Estado burgués es destruido y surge el reinado de la libertad anárquica. Claro esto es fácil escribirlo en el papel, sobre todo cuando no se tienen en cuenta los obstáculos. En la práctica, el desarrollo histórico no siguió el camino que habían previsto Bakunin y Kropotkin, sino el de *El Manifiesto Comunista* y sus autores. La lucha del proletariado por la destrucción del Estado burgués exigió la creación de un Estado proletario, y entre el Estado de la minoría explotadora y la futura sociedad libre de Estado, se constituyó un eslabón intermedio, un Estado transitorio de la mayoría trabajadora. Así ocurrieron las cosas en la práctica. Pero para el anarquista “teorizante” esta verdad real no existe. Los prejuicios de los teóricos del anarquismo llevados al papel impreso, son para él más importantes que la experiencia de la vida de la revolución. El anarquista teorizante no distingue el Estado proletario, o mejor dicho, lo único que distingue del Estado proletario es el “Estado” al que odia, y grita: “abajo el gobierno soviético” en los momentos en que más fuerte se oye el mismo grito lanzado por toda la contrarrevolución burguesa y monárquica. Cierto que el burgués o el monárquico, cuando grita “¡abajo el gobierno soviético!”, acentúa la palabra “soviético”, y el anarquista, en cambio, acentúa la palabra “gobierno”. En la práctica resulta, sin embargo, una verdadera alianza para derrocar el gobierno soviético, alianza que existe concretamente y que puede concluir por dar el triunfo a la burguesía.

Pero los anarquistas teorizantes y “consecuentes” tienen,

sin embargo, un consuelo (¡no hay mal que por bien no venga!), y es que siguen siendo hasta el fin los conservadores de todos los legados del anarquismo; no se les puede echar en cara que se hayan apartado de sus “verdades” respecto a las relaciones con el Estado. Debemos reconocer a los anarquistas el derecho a este consuelo, tanto más cuanto que lo han pagado demasiado caro: con la alianza con la contrarrevolución...

En lo que respecta al grupo intermedio de los anarquistas, que oscila entre las sabidurías anticuadas de Kropotkin y las exigencias de la revolución verdadera, rechaza en la práctica la afirmación del anarquismo según la cual todo poder oprime al pueblo trabajador y no puede nunca estar a su servicio. Apoyando en la práctica una serie de medidas del gobierno soviético dirigidas contra la burguesía y el imperialismo, los anarquistas, sin muchas palabras pero elocuentemente, reconocen que existe también un poder que oprime a los explotadores en interés de los trabajadores. Pero hacer esta confesión significaría para un anarquista dogmático el suicidio, ya que en cuanto empiece a establecer diferencias entre el poder burgués y el poder proletario, puede darse por perdido. Tendrá que decidir, una vez planteada la lucha entre el poder de los Wrangel y los Lloyd George de un lado y el poder soviético de otro, entre apartarse de toda lucha y de la revolución, o colocarse de parte del poder de los trabajadores contra el poder de los verdugos burgueses. Pero la posibilidad de dicha elección no había sido prevista por los teóricos del anarquismo, y sus alumnos rusos se ven obligados a decidir con su “propia inteligencia” cómo salir de tal situación. Buscan la salida de diferentes maneras, pero a fin de cuentas siempre acaban por encontrarse ante dos caminos: permanecer fieles a los prejuicios anarquis-

tas y servir a la contrarrevolución, o servir a la revolución pero después de haber echado a un lado los prejuicios sobre el peligro que para el pueblo supone todo poder, en cualquier circunstancia y en cualquier tiempo.

Como hemos visto más arriba, Kropotkin, colocado frente al Estado proletario en embrión, la Comuna de París, encontró una decisión para el anarquismo digna de Salomón: expropiar, por así decirlo, a la Comuna de París declarándola una comuna anárquica. La historia ha proporcionado a nuestros anarquistas una nuez más difícil de partir: los sóviets.

¿Qué son los sóviets?

Los partidos burgueses, los conciliadores y los anarquistas, veían los sóviets no como efectivamente eran, sino como querían que fuesen. Los partidos conciliadores no consideraban a los sóviets como órganos del poder proletario sino que los declaraban organizaciones profesionales de clase, aptas solamente para controlar el poder, y utilizaron todas sus fuerzas para mantenerlos en tan lastimosa situación. Los anarquistas respondieron a esta cuestión casi en el mismo sentido: los sóviets no son órganos del poder, sino órganos de la voluntad del pueblo trabajador. Solamente los bolcheviques intentan alterar su naturaleza y convertirlos en órganos de poder.

Una respuesta tan lastimosa permite comprobar una vez más que el solo hecho de la existencia de los sóviets constituye una refutación clara a todas las teorías anarquistas sobre el problema del Estado, y demuestra su completa incapacidad para la apreciación de estos órganos.

El intento de reemplazar la palabra “poder” por la palabra “voluntad del pueblo trabajador” no salva a los anarquistas, a quienes el curso mismo de nuestra evolución

arrincona contra la pared.

Estamos de acuerdo en que los sóviets son órganos de la voluntad del pueblo trabajador, ¿pero acaso la voluntad del pueblo trabajador no puede ser también la voluntad de conseguir el poder?

En la práctica ha ocurrido que los órganos del pueblo trabajador manifestaron su voluntad de conseguir el poder, se convirtieron en órganos del poder, y no podían dejar de sufrir esta transformación si habían garantizado la victoria de la revolución proletaria. ¿Qué gana entonces el anarquismo declarando que los sóviets no son órganos del poder del proletariado sino de “la voluntad del proletariado”?

Nada en absoluto. Los anarquistas confunden las palabras llegando frecuentemente a conclusiones verdaderamente asombrosas por lo absurdas; algunos de ellos tienen tendencia a razonar del modo siguiente: en cuanto los sóviets se transforman en órganos del poder y constituyen un poder soviético central, dejan de ser sóviets representativos de la voluntad del pueblo trabajador. En otras palabras: ¿como los sóviets no obran según la receta de los anarquistas, no expresan la voluntad del pueblo trabajador!

¿Pero puede en general el Sóviet, en calidad de asamblea de diputados elegidos por los trabajadores, expresar la voluntad de estos trabajadores? Para los anarquistas esta es una cuestión muy seria. El lector debe recordar que Malatesta y una serie de teóricos del anarquismo demostraban siempre con mucho tesón que el elegido para una u otra institución puede expresar su propia voluntad, pero en ningún caso la voluntad de cientos y miles de personas diferentes. El anarquista consecuente debería llegar con este razonamiento, a la conclusión de que los sóviets son órganos que no pueden tampoco expresar la voluntad de las masas. Pero en esta cuestión no todos los teorizantes

del anarquismo se deciden a calumniar a los sóviets y declararlos órganos que no expresan la voluntad del proletariado. De esta manera, el hecho mismo de la existencia de los sóviets y de su trabajo obligó a los anarquistas a abandonar uno de sus prejuicios.

Pero si el Sóviet aislado constituye un órgano que expresa la voluntad del pueblo trabajador, ¿qué opinión tienen los anarquistas del Congreso de los sóviets?

Aquí una parte de los anarquistas pierde terreno y afirma que el Congreso de los sóviets ya no expresa la voluntad del pueblo.

Cuando el Congreso de los sóviets elige el Comité Central y el Sóviet de Comisarios del pueblo, todos los anarquistas están conformes en que no expresa la voluntad del pueblo trabajador, y que las instituciones por él elegidas lo expresan todavía menos.

Para que sea más evidente toda la incongruencia y absurdo de este razonamiento de los anarquistas, acláremoslo con un pequeño ejemplo. Supongamos una provincia, llamémosla Ivanovskaia, en la cual existe un excedente de pan y el sóviet electo de provincia ha establecido que dicho excedente no debe ser entregado a la ciudad. Esto sería la expresión de la “voluntad del pueblo trabajador”. Pero si el Congreso Panruso de los sóviets, a fin de salvar del hambre a los obreros y campesinos de las provincias que han tenido mala cosecha, decreta que todos los excedentes de pan en el país deben ser adquiridos de las aldeas, particularmente de la provincia Ivanovskaia, esto ya no sería la expresión de la voluntad del pueblo trabajador, sino la manifestación del poder y de la violencia.

Así pues, haciendo un balance de lo dicho con respecto a los anarquistas y al Estado proletario llegamos a la siguiente conclusión: como la aparición del Estado pro-

letario no se había previsto en modo alguno por los anarquistas, y éstos se representaban el curso de la revolución social de una forma completamente distinta a la realidad, ya el solo hecho de la aparición de los sóviets como poder proletario en embrión obligó a los anarquistas a abandonar muchos de las prejuicios que durante medio siglo habían considerado como axiomas. Pero cuando tras la Revolución de Octubre, la red de los sóviets, formando una sola entidad, constituyó el fundamento del Estado proletario y campesino que iniciaba la lucha por la destrucción de las clases, la propia vida colocó a los anarquistas frente al siguiente dilema: o bien destruir los sóviets como órganos de poder o bien apoyarlos como instrumentos para la destrucción del régimen burgués.

Como resultado, los anarquistas no han podido mantenerse en una posición consecuente de principio, encontrándose actualmente en una situación de absoluta confusión teórica.

Economía Comunista y Economía Anarquista

Ya hemos visto como la lucha de los anarquistas contra el Estado proletario, antes de que éste finalice su tarea de aplastamiento de la resistencia de los explotadores, les convierte inevitablemente y a su pesar, en aliados de la contrarrevolución. En el terreno de la economía la cuestión es todavía peor. El idealismo económico de los anarquistas constituye tan sólo una edición pequeñoburguesa de la economía mercantil y supone un paso hacia atrás incluso en comparación con el capitalismo desarrollado.

Para que la diferencia entre el programa comunista y el anarquista en el terreno de la reconstrucción económica de la sociedad se observe más claramente, comenzaremos describiendo a gran rasgos las tareas del comunismo en el terreno de la producción y la distribución.

El lector debe tener en cuenta que nos vemos obligados a hablar no sólo de la economía comunista ideal, entendida en calidad de finalidad de la lucha, sino también de las relaciones económicas del período transitorio, en el que Rusia ya ha entrado y en el que entrará Europa al día siguiente de la conquista del poder por el proletariado.

El comunismo constituye un régimen social en el que todos los medios de producción son propiedad colectiva de los trabajadores; cada trabajador trabaja según sus fuerzas, y cada miembro de la sociedad recibe de los depósitos sociales según sus necesidades. Tal régimen social cons-

tituye el régimen más perfecto e ideal para toda persona trabajadora. Pero este régimen supone al mismo tiempo una perfección en la organización, una paciencia y costumbre para el trabajo colectivo por parte de los trabajadores, un progreso en el terreno de la técnica, que estamos todavía muy lejos de alcanzar. Si cada cual va a consumir según sus existencias y no según una norma determinada, esto significará que habrá géneros de producción en igual o mayor cantidad de la necesaria para el consumo.

Por estas razones, la realización del comunismo integral exigirá un tiempo bastante considerable, y para lograrlo, al finalizar la lucha contra los explotadores y producida la transformación de todos los ciudadanos en trabajadores de la nueva sociedad, comenzará otra tenaz y prolongada lucha en el seno de los propios trabajadores por un modelo más perfecto de organización de la sociedad; la lucha por una conciencia mayor, por una disciplina fraternal en el trabajo e igualdad comunista en el consumo.

En general, la reconstrucción comunista deberá realizarse aproximadamente en el siguiente orden: la nacionalización de las fábricas y empresas ha de concluir con el paso de todos los instrumentos de producción a manos de la clase trabajadora. Cuando este trabajo concluya habremos logrado la socialización de los medios de producción y de los medios de transporte (es decir ferrocarriles, vapores, etc.).

Paralelamente a la socialización de los instrumentos de producción (la nacionalización durante el poder socialista obrero es precisamente la verdadera socialización) es indispensable efectuar el control más rígido de todas las fuerzas obreras existentes en el país y de todas las maquinarias y reservas, así como hacer un cálculo de la cantidad de productos necesarios para el consumo de toda la

población. Las proporciones de la producción se adaptarán a las proporciones del consumo. Cada rama de la industria recibe su pedido, calculado conforme a la necesidad de consumo de este producto en todo el país, y los obreros de esta profesión deberán cumplir dicho pedido haciendo todo lo posible para ello, porque de su realización en las diferentes ramas y profesiones dependerá el funcionamiento normal de todo el inmenso y complejo mecanismo industrial del país. La dirección de la actividad industrial se encontrará en el Sóviet Central de la Economía Popular, que actuará por medio del sindicato de producción, y en las fábricas aisladas el agente de esta organización y dirigente de producción será el Comité de fábrica y empresa. Ninguna economía comunista planificada es posible sin una estadística general bien organizada y sin una dirección central de la distribución de la mano de obra y medios de producción.

Gracias a tal dirección consciente de la actividad industrial, en el régimen comunista no puede existir la sobreproducción ni sus nefastas consecuencias de desperdicio del excedente y del trabajo empleado en su producción, como ocurre frecuentemente en el régimen capitalista. Por otra parte tampoco es posible que exista una gran falta de tales o cuales productos, ya que la producción de los mismos se llevará a cabo sobre la base de un cálculo más o menos aproximado y adaptado a las proporciones del consumo. Gracias a todo esto no existirá tampoco el paro forzoso.

Al contrario del comunismo, el capitalismo representa un régimen económico sin dirección.

En la economía capitalista la producción se adapta al consumo de forma completamente espontánea. En su ansia de beneficios, los fabricantes producen una can-

tidad determinada de productos sin estimación alguna. Cuando hay sobreproducción de mercancías, el mercado toca a rebato, los precios bajan. Cuando hay insuficiencia de productos, los precios suben y el capital, buscando beneficios se introduce en estas ramas de la industria, la producción se amplía, la necesidad de mercancías antes insuficientes se satisface, y se satisface más de lo necesario porque el imperfecto mecanismo capitalista no puede detenerse en su carrera desenfrenada cuando es necesario, y a la falta de producción sigue la sobreproducción.

Este método de adaptación cuesta muy caro a la humanidad al ir acompañado de un enorme gasto improductivo de energías. Durante el comunismo no existirá este despilfarro del trabajo colectivo, porque el papel del mercado en lo que respecta a la distribución de las fuerzas obreras según el aumento o disminución de la demanda de consumo, será reemplazado por el trabajo de la Estadística.

Esto significa que la sociedad proletaria va a distribuir por sí misma y conscientemente el trabajo entre todos sus miembros, significa que tendrá en la persona del Buró Central de Estadística la dirección que faltaba en el capitalismo.

Como veremos más adelante, el anarquismo piensa dejar la sociedad sin dirección, al igual que ocurre bajo el capitalismo, y ve en la regulación consciente de la producción un ataque a la libertad de la personalidad del productor. Este temor está completamente fundamentado desde la perspectiva del patrón pequeño burgués.

No somos comunistas solamente por el hecho de que la posesión comunista de las fábricas y talleres sea más justa que la propiedad privada de los instrumentos de producción. Esta justicia, así como el comunismo, tendría muy poco valor si este último no constituyera con respecto al

capitalismo, un enorme paso adelante en el terreno del desarrollo de las fuerzas productivas. Si suponemos que, el obrero americano por ejemplo, elabora en la sociedad capitalista, por término medio durante ocho horas de trabajo, una cantidad de productos mayor que bajo el comunismo; si a pesar de la plusvalía que se apropia el capitalista recibe en forma de salario más productos de los que recibiría bajo el comunismo, éste significaría un empeoramiento de la vida y no su mejora. En realidad, el comunismo abre, naturalmente, grandes posibilidades para un enorme incremento de la productividad del trabajo y, por consiguiente, para un enorme aumento de los ingresos del trabajador en comparación con el capitalismo (con el mismo tiempo de trabajo).

Pero este incremento de la productividad será alcanzado, principalmente, como resultado del perfeccionamiento de la técnica. La utilización de las máquinas significa que el hombre no hace, por ejemplo, directamente agujas, sino que las produce de forma indirecta fabricando primero una máquina que hace agujas. El trabajo gastado en la construcción de la máquina es menor que el trabajo que la máquina ahorra hasta su total desgaste. En esto está todo el sentido del progreso técnico; en esto residen, ante todo, las esperanzas de los comunistas de conseguir bajo el comunismo un desarrollo más rápido de las fuerzas productivas que bajo el capitalismo.

Si se inventa una máquina cualquiera que ahorra trabajo, el capitalista no siempre la emplea en la producción. Al empresario no le importa si la máquina ahorra o no trabajo o si es socialmente útil; para él se reduce a si el aprovechamiento de esta máquina le trae ganancias y, por tanto, conviene su adquisición. Como resultado, en la sociedad capitalista, las máquinas que ahorran trabajo no

encuentran frecuentemente aplicación, porque debido a la existencia de salarios bajos, la adquisición y aprovechamiento de estas máquinas no es ventajosa.

La economía comunista no tendrá este obstáculo en su camino. Toda máquina que ahorre trabajo encontrará aplicación y, en general, el centro de la actividad en esta forma de economía se habrá desplazado hacia el lado del mayor perfeccionamiento posible de la técnica. Miles de millones de hombres estarán interesados en esto. Millones, y no como actualmente lastimosas decenas y centenares, concentrarán todas sus energías en ayudar a la tarea común con su capacidad de inventar. Como resultado, la actividad económica, muy amplia y singularmente importante todavía durante el capitalismo, dirigida hacia la producción de máquinas e instrumentos de trabajo, es decir, a la producción de medios de producción, recibirá durante el comunismo un impulso colosal, nunca visto. Y tanto más importante será la distribución justa de las fuerzas obreras, de forma que la elaboración de medios de producción se lleve a cabo en proporción a la elaboración de productos de consumo. La dificultad para la solución de este problema aumenta todavía más debido a que esta proporción constituye una cifra que cambia continuamente: es necesario tener en cuenta, no solamente las necesidades del consumo en un momento determinado, sino también la dirección de la modificación, así como la rapidez de la misma. En el capitalismo, el sistema de concurrencia y de precios del mercado, resolvía a medias este problema. El capitalismo de Estado resuelve algo mejor el mismo problema. El comunismo es el único que puede resolverlo a la perfección como resultado de una serie de años de experiencia práctica. Pero, cómo habrían resuelto esta tarea los anarquistas; es algo que nosotros

no llegamos a comprender. Pese a todo, la incompetencia ilimitada de los anarquistas en las cuestiones económicas más importantes y difíciles es tan enorme, que ni siquiera se representa en toda su complejidad esta cuestión y nunca se han interesado por su investigación³.

En lo que respecta a la economía agrícola, el paso hacia el comunismo en el campo lo vemos en el aspecto siguiente:

En países donde en el momento de la conquista del poder por el proletariado existan la gran propiedad privada y la propiedad media de la tierra, organizar la economía agrícola no será más difícil que la organización de la gran industria de la ciudad. Mucho más difícil será el paso hacia la agricultura comunista en los países de pequeña economía campesina, en países como la misma Rusia, que son fundamentalmente países de pequeña economía agrícola.

En un primer momento la agricultura socialista existirá únicamente en las tierras del Estado donde se trabajará bajo la dirección del Estado proletario; en las posesiones que no hayan sido arrasadas ni divididas y que desde el

3. Los esfuerzos que hacen en la actualidad nuestros órganos económicos para el establecimiento de la proporcionalidad entre ramas aisladas de la economía, y la dificultad de llevar a la producción un plan económico único, demuestran cuán complicada es la cuestión. Determinar de antemano, aunque sea por un año, cuánta fuerza obrera, qué cantidad de instrumentos de producción, combustible, materias primas, etc., deben ser distribuidos entre las diversas ramas de la economía, no sólo es difícil porque nuestra experiencia sea la primera de esta naturaleza en la historia mundial, y además se desarrolle en una situación de horrible miseria, destrucción y hambre, sino porque es en general una tarea complicada en una tan formidable economía. Para la economía mundial este problema será todavía más difícil. Pero los anarquistas no ven la complejidad del problema, no están dispuestos a estudiar profundamente esta cuestión, quedan en una situación de ignorancia y despreocupación verdaderamente infantil. Hay que suponer esta despreocupación por el hecho de que ni un solo anarquista se represente nunca seriamente la posibilidad práctica de un "sistema anárquico de economía" ni se prepare teóricamente para esta desgracia. Los anarcosindicalistas que trabajan en nuestros órganos económicos hace ya mucho tiempo que dejaron a un lado las fantasías respecto a la posibilidad de la organización de la producción sin un plan único, sin un órgano central para la dirección de la economía y, durante el período transitorio, sin imposición (Nota del Autor).

comienzo mismo se encuentren bajo el control de los sóviets y, por último, en las tierras donde trabajen las comunas y colectivos, que han proliferado en Rusia. Posteriormente, la economía socialista agrícola, que ya de por sí es más ventajosa que la economía agrícola independiente, triunfará en el campo año tras año con el poderoso apoyo del gobierno obrero. Trabajar la tierra por medio de comunas, bajo la dirección de agrónomos soviéticos, con la aplicación de las máquinas más perfeccionadas, abonos y sistemas de economía, significará en comparación con la economía individual trabajar menos y recibir más.

Con el crecimiento del número de comunas y colectivos, que a comienzos del año 1921 alcanzan la cifra de 15.000, irá en aumento el número de aldeas que pasan a la producción colectiva. Las sociedades de economía privada se acercarán a la economía colectiva por otros medios, por ejemplo, asignando para la siembra de semillas colectivas un sector especial del campo que deberá sembrarse con las mejores semillas y proporcionar de esta manera semillas de mejor calidad para toda la aldea elevando el rendimiento de toda la tierra. En la misma dirección actuará el procedimiento, actualmente puesto en práctica, que consiste en guardar las semillas en depósitos colectivos, su selección y perfeccionamiento con el apoyo del gobierno, así como la siembra obligatoria y planificada de una determinada superficie con cultivos determinados.

Suministrando máquinas a las aldeas se ayuda a la colectivización si estas máquinas son entregadas, no en propiedad privada, sino por intermedio de las estaciones de alquiler para el empleo común; ya que sólo por este medio es posible, a pesar de la insuficiencia de máquinas en el país, satisfacer a la mayor cantidad posible de propietarios. El aumento de la cantidad de tractores cedidos a la economía agrícola también

debe facilitar la liquidación de las innumerables parcelas de terrenos sembrados en pro de la siembra común. En parte, tampoco está exceptuada la posibilidad del paso hacia la economía colectiva del modo siguiente: La sociedad no solamente implantará la siembra común en una parcela designada para las semillas, sino también en una parcela designada para la siembra del Estado, parcela que debiera dar al Estado aquello que antes se requisaba a los campesinos por intermedio del Comisariado Popular de Abastecimientos en forma de sobrantes de la economía agrícola y lo que actualmente va a ser arbitrado en forma de impuesto único. Así por distintos caminos que, sin embargo, llevan a un mismo fin, la economía campesina, con ritmos distintos en las diferentes regiones, pasará gradualmente hacia el cultivo en común de la tierra. Cuando los beneficios de la labranza socialista hayan mostrado su superioridad en la práctica, sólo algunos tontos quedarán tranquilamente en sus pequeñas parcelas independientes. Cada aldea se convertirá en una célula de economía colectiva, debiendo realizar todos los trámites con los órganos económicos toda la Comuna en general y no cada propietario aislado.

Así será como se realice paulatinamente en la aldea el paso hacia el trabajo comunista de la tierra; los límites de las propiedades pertenecientes a aldeas aisladas se habrán borrado, y toda la superficie agrícola estará distribuida y se laborará conforme a las exigencias científicas de la agronomía. Las Comunas aisladas de las aldeas se unificarán de esta manera en una grandiosa comuna agrícola, que constituirá un todo unificado con la Comuna industrial de las ciudades.

La distribución de las fuerzas obreras entre la industria y la agricultura también deberá satisfacer las exigencias de un plan conscientemente elaborado a base de la estadísti-

ca: determinados grupos de trabajadores no podrán ocuparse espontáneamente de la agricultura cuando ya en ella exista un exceso de mano de obra, y viceversa. No es éste el lugar de entrar en detalles de cómo será posible señalar en la economía comunista los turnos para la realización del trabajo industrial y el trabajo agrícola. Una cosa sí es importante: las fuerzas obreras serán distribuidas según un plan determinado. Naturalmente, se tendrán siempre en cuenta los deseos de los trabajadores, que elegirán el trabajo en relación con sus inclinaciones. Pero si el deseo personal llega a chocar con los intereses de la realización de un plan determinado de distribución, tendrá que relegarse el deseo personal y no los intereses de millones de personas en la marcha normal de la producción.

Esta será la organización de la producción en régimen comunista. En lo que respecta a la distribución, dependerá del carácter de la producción y, comenzando por un comunismo incompleto, concluirá en el comunismo absoluto e indiscutible, sobre el cual hablaremos luego. Veamos ahora hacia qué régimen económico tiende el anarquismo.

Ante todo es necesario tener en cuenta que, mientras los fines del socialismo y del comunismo hace ya mucho tiempo que han sido expuestos en la literatura socialista, no podemos decir lo mismo sobre los fines del anarquismo. En este terreno existe, entre ellos, la “libertad más completa de opiniones”. Existen anarquistas-individualistas de tipo burgués, existen anarquistas-comunistas, anarquistas-sindicalistas, sencillamente anarquistas, etc. Cada una de estas corrientes diverge de la otra en la comprensión del tipo ideal de reconstrucción económica. Existen grupos anarquistas a los que la sola expresión “organización económica” les parece repugnante, por cuanto les recuerda la imposición, la disciplina, o por lo menos una u otra limitación

de la libertad personal. Otros, como por ejemplo los anarquistas-sindicalistas, no temen la palabra “organización” y, por el contrario, consideran que solamente el anarquismo asegura la más elevada organización y solidez dentro de la construcción económica de la sociedad. En vista de tantas divergencias entre los anarquistas respecto a la cuestión de la reconstrucción económica de la sociedad, señalaremos únicamente lo más general de sus razonamientos y teorías, sobre lo cual todos los grupos están conformes. Los anarquistas, al negar todo poder estatal, incluso también el proletario, defienden el traspaso de los instrumentos de producción, no a todos los trabajadores en general, sino a hermandades aisladas, grupos o colectivos de trabajadores. Luego, los anarquistas se manifiestan contra la regulación de la producción desde un centro especial económico elegido por los trabajadores, identificando este centro con el Estado tan odiado por ellos. Los anarquistas se muestran partidarios de que los colectivos comunas permuten entre sí sus productos y establezcan en general sus relaciones mutuas previa acuerdo de unos con otros. El trabajador ingresa libremente en el colectivo y éste es libre también de concertar una unión con otro colectivos. En lo que respecta a toda una serie de importantísimas cuestiones sobre la justa distribución de la fuerza de trabajo, sobre la adaptación de las dimensiones de la producción de ramas aisladas a las proporciones del consumo, etc., respecto a todas ellas los anarquistas, en su enorme mayoría, coinciden en su respuesta: “destruyamos primero el capitalismo, y luego la vida misma mostrará lo que hay que hacer”.

Por esto debemos examinar las consecuencias inevitables que traería consigo la organización de la sociedad sobre bases anarquistas, organización que sería llevada a cabo a medida que se fuera destruyendo el capitalismo.

Los anarquistas pretenden eludir las cuestiones que no se resuelven por medio de la frase “la vida misma mostrará lo que debemos hacer”. Tenemos que examinar lo que nos ha mostrado “la vida misma” en Rusia, en qué forma se convierten en realidad los ideales de los anarquistas, qué queda de estos ideales.

Comencemos por nuestra primera divergencia fundamental con los anarquistas: a quién deben pertenecer y bajo qué mando deben encontrarse las fábricas expropiadas a los capitalistas y, en general, todos los medios de producción. Nosotros decimos: todos los medios de producción deben pertenecer y deben encontrarse a disposición de todos los que trabajan, de todos los trabajadores de la sociedad comunista.

La fábrica Putílov de Petrogrado, por ejemplo, pertenece no a los miles de obreros que trabajan en ella en un momento dado, ni siquiera a los cientos de miles que la construyeron en el transcurso de dos décadas, sino a todos los trabajadores del país. Inversamente, cada trabajador de la fábrica Putílov debe sentirse y saberse dueño de las fábricas de Ivanovo- Voznessensk, de las minas de carbón de Cheremjov, de las minas de oro del Lena y de todos los medios de producción de la República. Los instrumentos del trabajo pertenecen a todos y a nadie en particular: he aquí el verdadero comunismo. Pero para que esta pertenencia de todas las fábricas a toda la clase obrera no sea más que una frase vacía, los trabajadores deben elegir órganos especiales para la administración de la economía, sean éstos secciones de los sóviets, o bien sóviets de la economía popular elegidos especialmente por los obreros. Dicho centro económico panruso es el que debe recibir el derecho supremo a disponer de todos los medios de producción y de todas las fuerzas obreras del país. Cada obre-

ro en cada empresa, cada comité de fábrica y taller, deben considerarse a sí mismos como apoderados o agentes de toda la clase obrera, agentes a quienes se ha confiado dicha empresa aislada. El centro económico panruso debe poseer el derecho a administración general, debiendo ser destituido obligatoriamente si no satisface los intereses de la mayoría de los trabajadores.

Al contrario, los anarquistas sostienen que cada fábrica, taller, etc., debe constituir una comuna especial independiente. Los que trabajan en esta comuna aislada serán sus verdaderos dueños. Se puede ingresar en la comuna si existe el acuerdo de los demás. Para unir una comuna con otra se exige el acuerdo de ambas partes. En la práctica, esto significará destruir la propiedad de todos los trabajadores sobre los medios de producción (si es posible hablar de propiedad), dividir en pedazos el derecho a disponer colectivamente de todos los medios del trabajo, y colocar frente a la voluntad de todos los trabajadores un obstáculo a la disposición de todos los medios de trabajo. Los obreros de cada empresa comenzarán a sentirse propietarios de su empresa y, de hecho, se convertirán en pequeñoburgueses. El anarquismo resultará en la práctica un capitalismo sin capitalistas, y cada empresa poseerá cien y mil propietarios en lugar de uno, pero no pertenecerá a toda la clase trabajadora del país.

En este sentido, esta teoría del anarquismo no destruye, sino al contrario, hace revivir todos los sentimientos pequeñoburgueses de la propiedad privada que hereda el obrero de la sociedad burguesa. Es significativo que detrás de las consignas de los anarquistas durante los primeros meses de la revolución de Octubre, dirigidas contra el paso de la administración suprema de las empresas a toda clase obrera en la persona de sus órganos centrales y

regionales, estuvieran precisamente los grupos de obreros menos conscientes.

Las palabras: “sólo nosotros somos patronos” son comprendidas por los obreros inconscientes en el sentido de que pueden no admitir en su empresa a otros obreros venidos de fuera; si la llegada de éstos no les conviene por cualquier causa, pueden obrar de un modo perjudicial para los obreros de todo el país; pueden, si se produce una reducción del trabajo, excluir de la empresa a los obreros que no son del lugar, aunque éstos no puedan posteriormente conseguir trabajo y aun en el caso de que el trabajo existente pudiera ser repartido de una forma igual entre todos.

El resultado de la realización práctica de la consigna de los anarquistas acerca del traspaso del mando de cada empresa aislada, enteramente a manos de los obreros de dicha empresa, sería la división en grupos y colectivos de pequeño-burgueses de la clase única del proletariado, produciéndose una lucha intestina en las filas de los trabajadores. Veamos a qué resultado hubiera conducido la introducción del sistema anarquista en la economía.

Supongamos que cada empresa, cada aldea, constituyen comunas anárquicas completamente independientes. Cada comuna trabaja cuando quiere, como quiere y cuanto quiere. Cabe preguntar: ¿cómo se realizará la distribución de las fuerzas obreras y los medios de producción con semejante “sistema” de economía? Hemos visto cómo se intenta conseguir esto bajo el capitalismo, si bien con gran trabajo y despilfarro de fuerzas; cómo será conseguido el mismo fin con mucha más facilidad y menos gasto durante el comunismo. Con la economía anarquista no. Tomemos un pequeño ejemplo. Supongamos que el consumo de carbón, debido al desarrollo industrial, crece más rápidamente que la extracción del mismo. En la eco-

nomía capitalista, se podrá conocer previamente aunque a veces más tarde de lo necesario la escasez de carbón, porque los precios en el mercado comenzarán a subir bruscamente, elevándose el curso de las acciones de las empresas carboneras. El capital que afluirá a la industria del carbón aumentará la extracción o bien encontrará la forma de comprar dicho carbón en el extranjero. Durante el régimen comunista, a base del control general, será conocida de antemano la posible escasez del carbón y las medidas preventivas podrán ser tomadas mucho antes que en el régimen capitalista. ¿Qué es lo que ocurrirá en cambio con la administración anárquica de las comunas aisladas?

Ocurrirá que la falta de carbón será advertida cuando ya no haya con qué alimentar los hornos. Como resultado se detendrán las empresas que emplean carbón y entonces alguien tendrá que ocuparse de la ampliación de la industria carbonífera. Pero si la ampliación solamente es posible abriendo nuevas minas, y si para esto se hacen necesarias grandes cantidades de instrumentos adecuados y personal técnico y obrero, surge la cuestión: ¿qué organizaciones podrán ocuparse del problema, si es que admite el anarquismo la posible existencia de estas organizaciones?

Igual caos existirá en todas las demás ramas del trabajo. La sobreproducción, junto con el paro forzoso, serían el eterno destino de la economía anárquica. El anarquismo tendría solamente dos salidas posibles a la situación de relajamiento completo de toda la economía y de despilfarro de fuerzas en gasto improductivo: o bien conservar enteramente la economía mercantil y el mercado, es decir, que cada comuna venda en el mercado su producción y compre allí lo que necesite; o bien aceptar el control de la fuerza obrera, de las necesidades y reservas de todo el país, por parte de órganos centrales y locales que dirijan la

economía y la distribución de fuerzas e instrumentos no conforme al deseo de personas y comunas aisladas, sino conforme a los intereses de toda la industria en general. No puede haber otra salida.

Existen anarquistas que, en su intento por salvaguardar la libertad de las comunas aisladas (esta libertad hubiera resultado posteriormente peor que toda imposición), no son contrarios a la conservación de la economía mercantil. En este sentido, son alumnos del pequeño-burgués Proudhon. Otros como, por ejemplo, los anarco-sindicalistas y anarco-comunistas, que aprendieron algo de los socialistas, no temen la palabra control, son partidarios de él a condición de que este control sea realizado por los sindicatos profesionales, los cuales deben acordar entre sí la cantidad de productos que es necesario producir en cada profesión.

Claro que esto es un gran paso adelante, pero este paso, si se deja de realizar el siguiente, no tiene ningún sentido.

Ante todo, quién realice el indispensable control para la producción de la cantidad de productos necesarios, proporciones de consumo, control de las reservas, etc. es completamente indiferente. El fondo de la cuestión está en saber por qué se debe realizar el control. Si hay que establecer el control con el único objetivo de que los cuadros estadísticos proporcionen satisfacción a un profesor cualquiera de economía política, no valdría la pena emprender dicha tarea. El control es indispensable ante todo para una distribución organizada de las fuerzas de trabajo.

Sin embargo la distribución organizada no siempre significaría una distribución voluntaria, cuestión que preocupa mucho a los anarquistas. Indiscutiblemente una parte de los trabajadores se distribuirán por profesiones según su inclinación por un lado y por otro por el senti-

miento del deber hacia la sociedad, pero otra parte deberá ser obligada a ello por medio de la aplicación de la disciplina de trabajo.

No es posible evitar la aplicación de una determinada imposición. Si se proporcionara una mayor cantidad de productos a los obreros de ramas donde escasea la mano de obra en comparación con lo que reciben los trabajadores de profesiones donde existe un excedente de la misma, algo que sería perfectamente factible significaría en realidad una desigualdad en la distribución, significaría el soborno de unos a costa de otros, significaría, en cierto modo un premio otorgado a la inconsciencia y a la incompreensión de los intereses generales.

De esta manera, en el terreno de la producción los anarquistas se encuentran ante un problema irresoluble: o bien la libertad de comercio entre comunas aisladas o, como ellos dicen delicadamente, “acuerdo voluntario“ (la compra-venta también es un acuerdo voluntario) caso en que la distribución de mano de obra podría conseguirse por el mismo camino que en el capitalismo, y entonces, abajo toda igualdad y viva la libertad de concurrencia que con tanto empeño defendía Proudhon; o bien el control sobre la producción en cada país y después a escala mundial, y entonces, abajo las comunas independientes por el estilo de los castillos de los barones y de las corporaciones de la edad media, abajo todo temor por la distribución organizada aunque en ocasiones y en un primer momento sea por imposición, abajo la libertad personal donde constituya un obstáculo para la verdadera libertad de todos. Pero esto significa también: abajo el anarquismo, en la forma que hasta ahora lo han comprendido sus defensores.

La transformación de empresas aisladas en comunas anarquistas, libres e independientes, y la fragmentación

de toda la economía, hubiera constituido un enorme paso atrás y toda una utopía reaccionaria, aun desde el punto de vista del capitalismo desarrollado, especialmente del capitalismo de la época de poderosos trusts centralizados. Al contrario, la tarea del socialismo y su papel progresista consiste, no en el debilitamiento sino en el fortalecimiento y perfeccionamiento de la gran producción centralizada y en la organización de una economía mundial única, resultado que no ha logrado alcanzar el capitalismo, que únicamente ha conseguido una elevada centralización en el interior de países aislados. Lo absurdo y reaccionario de las fantasías anarquistas sobre las comunas libres e independientes se destaca en toda su amplitud si reflexionamos sobre el hecho de que nuestro siglo, en contraposición al siglo pasado, es la época no tanto del vapor como de la electricidad. Basta considerar el plan de electrificación adoptado por el poder soviético en Rusia, tras su aprobación por el VIII congreso de los Sóviets, para hacer evidente la infructuosidad de las esperanzas de los anarquistas respecto a la creación de comunas productivas independientes. ¿Acaso sería posible distribuir entre comunas anárquicas de producción aislada una enorme fábrica eléctrica de distrito que proporcione energía a todo un sector de territorio dos veces mayor que Francia, y que transforme en unidad completa toda la industria (y luego la agricultura) del distrito? ¿Acaso se pueden subdividir los distritos por el combustible que reciben, las instalaciones eléctricas de las máquinas, el hierro de otros distritos, si están ligados económicamente y trabajan según un plan económico determinado? Basta representarse a Majno y su pandilla colocados frente a la tarea de la electrificación de Rusia para que este solo pensamiento produzca hilaridad.

En su tiempo, P. Kropotkin escribía mucho sobre que, ya en el período capitalista, entre partes aisladas se establecen vínculos científico-económicos que nada tienen que ver con la administración centralizada; por ejemplo, el correo internacional, el telégrafo, el transporte de pasajeros por medio de sociedades internacionales de transporte, centros científicos, etc. De esta manera la economía anarquista se convierte abiertamente en relaciones capitalistas. La historia se ha burlado ferozmente de Kropotkin. La guerra mundial rompió todas estas tenues ligazones, y el mismo Kropotkin, Juan Grave y otros destacados anarquistas se colocaron de parte de una de las pandillas capitalistas en guerra⁴.

Posteriormente, la revolución socialista comenzada en Rusia demostró que para luchar con éxito con la contrarrevolución mundial es necesario, no solamente un férreo Estado y un ejército heroico y disciplinado, sino también un aparato centralizado para la administración de la producción, descartando toda clase de “comunidades libres” así como la distribución anarquista, sin sistema, de los productos de consumo e instrumentos de producción necesarios.

De esta manera, no sólo en el terreno político, sino también en el terreno económico, la revolución se desarrolló siguiendo una dirección absolutamente opuesta a la que se figuraban los anarquistas.

En el régimen capitalista la distribución de los beneficios sociales, es decir, de todas las cosas de valor creadas por el trabajo en un país determinado, se adapta ante todo a la satisfacción de los apetitos de las clases gobernantes. En general, en toda sociedad clasista, los grupos sociales que

4. La justicia exige que señalemos que esta traición de los dirigentes del anarquismo recibió una desaprobación severa de parte de aquellos anarquistas, obreros particularmente, que durante la guerra ocuparon una posición abiertamente opuesta a la guerra imperialista. Particularmente Kropotkin, poco antes de morir, se convenció de los enormes méritos del Partido Comunista en la tarea de la verdadera liberación del trabajo del poder del capital. (Nota del Autor).

se encuentran a la cabeza de la producción y que poseen el poder gubernamental, se apropian de la mayor cantidad posible del producto social compatible con el mantenimiento de ingresos a nivel de subsistencia para las clases oprimidas y trabajadoras, base principal para la creación de toda clase de valores. En toda sociedad clasista, la distribución del beneficio nacional se basa en primer lugar sobre la desigualdad. Esta distribución es caótica y espontánea. Cada clase recibe aquello que logra arrancar de la suma común de valores creados, después de una lucha tenaz y despiadada contra las demás clases, dependiendo la distribución final de la relación de fuerzas entre los combatientes. Cuanto más fuertemente organizada está una clase y cuanto más cerca se encuentra de la conquista del aparato gubernamental, tanto mayor es la parte de los beneficios nacionales que logra arrancar para sí.

En la sociedad capitalista, la distribución de los ingresos del Estado está ligada con la lucha no sólo entre clases, sino también en el interior de una misma clase. La clase de los capitalistas-empresarios no sólo lucha contra el aumento general del salario de los obreros, sino que cada fabricante aislado tiende a hundir al otro en su concurrencia desesperada en el mercado. La organización de los trusts, los sindicatos, y el sistema del capitalismo gubernamental que tuvo tan grandes éxitos durante el período de la guerra mundial, significan ya el paso hacia nuevas formas de distribución, más organizada, de los beneficios nacionales. El control centralizado del mercado de trabajo y las tarifas salariales trae también una organización determinada en la distribución, por parte de los traficantes de mano de obra. El comunismo significará no solamente la igualdad en la distribución, que estará ligada a la destrucción de las clases y a la transformación de todos en trabajadores con

iguales derechos, sino también la distribución consciente y organizada de los beneficios de la colectividad; la distribución no por la violencia, como ocurría anteriormente, sino sobre principios completamente diferentes.

Parece que la forma más justa de distribución del producto colectivo sería proporcional al trabajo de cada uno.

Supongamos que el obrero trabaja ocho horas por día y tiene derecho a una cantidad de productos cuya preparación exige también ocho horas de trabajo. Cada obrero, por una cantidad determinada de trabajo, tiene derecho a recibir de la sociedad la cantidad correspondiente de productos de los depósitos de esa sociedad.

Mas dicha distribución está, en realidad, todavía lejos del verdadero comunismo. Aquí cada uno recibe lo que ha entregado, recibe de vuelta el mismo trabajo sólo que bajo otro aspecto y en una cantidad igual a la que entregó.

Esto no es todavía comunismo, sino el resto de la costumbre pequeño-burguesa de defender lo suyo y separarlo de lo colectivo. Las personas no nacen iguales en fuerzas y en aptitudes. Para uno la jornada de trabajo de ocho horas resultará más liviana que para otro. Uno necesita consumir más, otro menos. Uno es casado, el otro es soltero⁵. Al mismo tiempo, los productos de consumo se distribuirán solamente sobre la base del número de horas de trabajo sin tener en cuenta otras circunstancias importantes relacionadas con la proporción de las necesidades y con la fuerza física del trabajador.

Menos justo todavía es el procedimiento de distribución de productos en relación con la cantidad elaborada por cada trabajador. Las diferentes aptitudes recibidas de la naturaleza aparecen aquí más claramente, la desigualdad será bastante grande y el comunismo de la distribu-

5. La indicación respecto a la familia tiene sentido solamente mientras la educación y el mantenimiento de los niños no hayan sido tomados enteramente por cuenta de la sociedad.

ción será aplazado todavía por más tiempo.

La distribución más justa y comunista es una distribución tal, que cada miembro de la sociedad reciba una cantidad de los productos existentes según sus necesidades, y de aquellos cuya cantidad sea limitada, en partes iguales, independientemente de cuánto haya trabajado y producido.

Cada uno debe trabajar cuanto le permiten su fuerza y capacidad, sin agotarse pero tampoco trabajando menos del mínimo establecido por término medio en la estadística del Sóviet central de la economía popular (o de otra organización análoga), porque trabajar por debajo de este nivel supondría la posibilidad de una crisis en la economía popular y la insuficiencia de productos de consumo. Pero cuando el trabajador no se pare a considerar meticulosamente el número de horas que trabajó por encima de la norma estipulada, será posible muy pronto dejar de contar también las horas que falten para llegar a la norma, es, decir, que en general se podrán dejar de contar las horas de trabajo de cada uno. Y esto significará que cada uno proporciona a la sociedad trabajo según su fuerza y capacidad. En el número de estas fuerzas y capacidades entrarán también el sentimiento de sacrificio y el deseo de ofrecer a la sociedad la mayor utilidad posible; en una palabra, todos los mejores instintos sociales del hombre, que solamente con el comunismo estarán en situación de manifestarse de forma completa.

De esta manera, así como antes un artesano después de haber terminado la fabricación, por ejemplo, de un par de botas, no solamente no perdía la vinculación con su producto sino que, al contrario, empezaba precisamente entonces a calcular: “cuánto trabajo he puesto en este par de botas y cuánto lograré recibir por este producto“, el trabajador de la sociedad comunista, en cambio, pierde

toda ligazón con el producto de su trabajo después de haberlo elaborado. Ya durante la gran producción capitalista, el obrero que, por ejemplo, fabrica una pequeña parte cualquiera de una locomotora, es posible que nunca vea la locomotora después de hecha. El obrero no cualificado y el obrero a jornal tienen habitualmente menos ocasión todavía de ver y palpar los frutos de su trabajo. La huella del trabajo queda, o bien en la libreta de trabajo del proletario, o bien en la libreta del capataz. Sin embargo, la huella de la cantidad de trabajo queda. El derecho que se desprende de esta cantidad constituye la propiedad del obrero, es una parte de su trabajo por la cual recibirá una cantidad determinada de productos. Al contrario, durante el comunismo integral esta huella desaparecerá. El trabajador, por así decirlo, coloca su trabajo en un enorme receptáculo común donde no le pertenece. En el otro extremo del receptáculo, el trabajador abre una compuerta por la que recibirá todos los productos que necesite. Millones entregarán su trabajo, millones consumirán según sus necesidades y no se detendrán a reflexionar si alguien entregó más y consume menos o creó menos productos y consume más.

El lector puede decir: “todo eso es admirable, pero nosotros estamos actualmente muy lejos del verdadero comunismo. ¿Acaso es preciso emprender ya la distribución sobre principios eminentemente comunistas”? No, contestamos. El derecho al verdadero comunismo no se puede decretar, es necesario merecerlo, es necesario llegar a él. Y, naturalmente, hasta ese momento de realización del comunismo completo, la humanidad debe pasar todavía por un camino preliminar bastante prolongado. Mientras no se haya producido la total destrucción de las relaciones burguesas, mientras quede todavía muy lejana la terminación de la construcción de la economía comunista,

mientras existan numerosas y arraigadas costumbres burguesas sobre la propiedad, producto de la educación de siglos, incluso en las filas de la clase obrera, sólo es posible una distribución que se corresponda con el grado de desarrollo alcanzado. Saltar por encima de este período no es posible, hay que pasar por él para poder subir a un peldaño superior. Y nosotros creemos que la distribución resultará una cosa secundaria, una vez que en el terreno de la producción misma las cosas se hayan colocado sobre verdaderas vías comunistas. Gracias a la experiencia de la vida, por una parte, y debido al rápido crecimiento de las fuerzas productivas y a la existencia de un excedente en la producción por otra, la distribución comunista podrá indudablemente ser realizada.

En el momento actual, aun si las clases no trabajadoras fueran destruidas, no solo no tendríamos la distribución comunista, sino que, al contrario, aún nos encontraríamos ante una lucha de clases, para conseguir una mayor parte de los beneficios nacionales, entre los obreros y los campesinos, es decir, ante una lucha entre los mismos trabajadores. No sólo el *kulak*, sino también el simple campesino acomodado que tiende a vender la harina y otros productos de la aldea lo más caros posible, es enemigo del monopolio del pan, es contrario al control de su economía por los órganos del Estado, no entregará voluntariamente al Estado el sobrante de su producción, gracias a los cuales el poder soviético está en situación de alimentar a los obreros de la ciudad y al ejército rojo y de restablecer gradualmente la industria destruida. El campesino inconsciente cree que la distribución comunista es una distribución mediante la cual los comunistas quitan por la fuerza el sobrante de pan de las aldeas entregando a cambio productos de la ciudad por una suma considera-

blemente menor. Naturalmente, el asunto es distinto. La distribución actual es la distribución de un Estado proletario pobre, que salva de la destrucción la economía y que se vio obligado a tomar en préstamo a los campesinos sus sobrantes de pan y de otros productos y, actualmente, en menor medida, recauda el impuesto único para reparar la industria y dar por fin al campesino la posibilidad de recibir todos los productos industriales que necesita en cantidad suficiente. La distribución actual es una distribución del período transitorio del capitalismo al comunismo. Esta distribución irá perfeccionándose paralelamente a los éxitos de la economía socialista y pasará por varias fases en su desarrollo, incluyéndose en ese número el período del intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo. Comenzando por la colecta en una medida considerable en forma de préstamo de los sobrantes de la economía campesina, pasando luego al impuesto único y al intercambio parcial de mercaderías, el Estado soviético, una vez reconstruida la industria proporcionará a la aldea, en primer lugar, los productos más indispensables para ella, y luego todo lo demás. Paralelamente a esto, la misma economía campesina pasará hacia las formas colectivas, entrando en el sistema general de la economía popular y mundial. Si el campesino quiere saber en qué consiste la distribución comunista, deberá recibir la aclaración siguiente: cuando labres la tierra en comunidad con otros y no dividas la cosecha, sino que entregues parte de la misma a tu propia comuna y el resto a toda la sociedad, cuando en tu almacén de consumo de la aldea, así como en la ciudad, recibas sin dinero todos los productos necesarios en cantidad suficiente para ti, entonces habrá verdaderamente una distribución comunista.

También entre el proletariado el procedimiento actual

de distribución está bastante lejos de ser el del verdadero comunismo. Debido a nuestra terrible pobreza, a pesar del deseo de introducir una remuneración igual por un trabajo igual, nos vemos obligados por el momento a proporcionar más productos a los obreros de las empresas importantes de las cuales depende la salvación de toda la industria del país, que a los obreros de otras fábricas y talleres. Esta medida es temporal y cruel, pero indispensable. Del mismo modo, para elevar la productividad del trabajo, hemos introducido el sistema de premios en dinero y productos, y en algunas producciones hasta el pago a destajo. La República Soviética se ve obligada a ello por la miseria y por la necesidad de librarse de ella en el plazo más corto para luego pasar a una distribución más justa, más comunista. Igual medida temporal constituye el pago más elevado a los especialistas y a algunos privilegiados, para aquellos trabajadores más responsables cuyo trabajo representa un valor especial para la República Soviética.

De esta manera, en la actualidad estamos muy lejos de una distribución verdaderamente comunista. En nuestro camino hacia ella necesitamos, primero destruir todas las fuentes de beneficios conservadas de la sociedad burguesa que no hayan sido dadas por el trabajo de cada uno, introduciendo la obligación de trabajar para las antiguas clases privilegiadas. Luego es indispensable convertir al pequeño patrón en trabajador de la sociedad socialista y destruir de raíz toda posibilidad de una lucha de clases entre los propios trabajadores motivada por el intento de obtener una parte mayor del producto nacional.

Es indispensable elevar la producción a una altura tal, que los productos del consumo se produzcan en cantidad suficiente para la satisfacción de todas las necesidades más importantes de todos los miembros de la sociedad sin

excepción. Debe ser posible mantener por cuenta de la comunidad a todos los incapacitados para trabajar, transfiriendo la preocupación por las necesidades materiales de la infancia a manos de toda la sociedad.

Ya actualmente, en muchas de las comunas campesinas que han surgido, se está estableciendo la distribución sobre principios que se acercan al verdadero comunismo. Lo que es fácil de realizar en una comuna aislada, es difícil, pero no imposible de realizar en toda la sociedad. Cuando sea innecesario estimular el aumento de productividad del trabajo por medio de premios dentro de comunas y fábricas, cuando todos los miembros de la sociedad comunista estén en situación de preparar la suficiente cantidad de productos sin que sea necesario el control de las horas de trabajo, cuando el acumulamiento de reservas de todas clases sea absolutamente inútil y provoque solamente la risa, entonces habrá llegado el momento de la distribución verdaderamente comunista.

De este modo, observamos que la realización de la distribución comunista constituirá un proceso determinado. Seguirá perfeccionándose la producción comunista, seguirá perfeccionándose también en relación a ella la distribución, seguirá perfeccionándose también el hombre dentro de las condiciones favorables de una sociedad que ha destruido las clases. Y así como en el momento actual no tiene sentido pensar en la realización por la violencia de la reconstrucción comunista en el terreno de la pequeña propiedad privada (tan sólo en la agricultura existen como 20 millones de economías aisladas), de la misma manera sería absurdo intentar siquiera poner en práctica un sistema de distribución propio de una sociedad comunista fortalecida y madura, que haya educado sobre nuevos principios a más de una generación.

Veamos ahora cómo se piensa organizar la distribución de productos en la sociedad anarquista.

El anarquismo, por medio de sus teóricos más influyentes, tales como Kropotkin, Juan Grave, Malatesta, Reclus y otros, se inclina por la distribución comunista sobre los mismos principios que el comunismo, es decir, que “cada uno dé a la sociedad según sus capacidades y reciba de la misma según sus necesidades”.

Pero la dificultad, naturalmente, no está en la expresión de un buen deseo sino en su realización práctica. Y es aquí precisamente donde el anarquismo cae en contradicciones insolubles, y se transforma en la práctica en un juguete lastimoso al azar de la espontaneidad.

El comunismo no solamente proclama la igualdad en la distribución, sino que indica también, como hemos visto anteriormente, en qué condiciones puede realizarse la verdadera distribución comunista. Los anarquistas se dan por satisfechos con discutir las condiciones y las consecuencias en que pueden realizarse uno u otro de los puntos de su programa: puesto que la revolución social ha comenzado, es necesario tender a que cada empresa se convierta, inmediatamente, en una comuna independiente y el consumo se transforme, inmediatamente, en consumo comunista. Los anarquistas no gustan de esperar, y Kropotkin propone comenzar ante todo por la distribución sobre principios comunistas para después adaptar la producción a las proporciones del consumo. Es cierto que un anarquista tan meticuloso como Malatesta advierte que la distribución comunista no puede realizarse en cualquier época y circunstancia. Malatesta opina que para tal distribución es necesaria una mayor conciencia del género humano. Pero nuestros anarquistas rusos no quieren escuchar las advertencias de Malatesta, por cuanto casi

todos pertenecen al partido de los “anarquistas inmediatos”, por lo cual ya han sido suficientemente castigados, recibiendo su merecido.

Cabe preguntar: ¿cómo es posible realizar la distribución sobre principios verdaderamente comunistas cuando cada empresa haya sido convertida en una comuna independiente, cuando una comuna se encuentre en condiciones más ventajosas que otra (por ejemplo, una empresa cuenta con técnica perfeccionada, otra no) y cuando, por último, toda equivalencia por imposición en las ganancias es considerada por el anarquismo como una violencia despiadada?

Además de esto, ¿pueden las masas ser llevadas inmediatamente de la sociedad capitalista a la anarquista, dado el bajo nivel de conciencia en que las deja el capitalismo que las ha pervertido y sofocado?

El problema es verdaderamente irresoluble. O bien el anarquismo debe reconocer la inconsistencia de su ideal, en cuanto a su aplicación práctica durante el período inmediato de la revolución social y considerar como inevitables determinados períodos de desarrollo para que la sociedad alcance el consumo comunista, o bien debe liquidar las dificultades surgidas por el procedimiento más fácil: declarar que las personas son ángeles y que toda suposición de que grupos aislados convirtiéndose en pequeño-burgueses van a defender su interés de grupo, lo cual es una calumnia malvada contra el pueblo trabajador.

Los anarquistas prefieren, naturalmente, la segunda salida, tanto más cuanto que ésta es cómoda a efectos de propaganda. Cuando declaran que las masas son angelitos inocentes y miembros de la sociedad con una conciencia superior, no ofenden con esto a nadie.

En la práctica, si las fábricas y empresas se hubieran convertido en el momento de la revolución social, por

ejemplo, en Rusia después de la sublevación de octubre, en comunas independientes, no sólo no se podría hablar de distribución comunista; al contrario: grupos aislados de obreros se hubieran encontrado en una posición de gran desigualdad en el mismo seno de la clase obrera, creándose el terreno para la guerra civil en el peor de sus aspectos, guerra de grupos aislados de trabajadores con otros grupos semejantes por el reparto de los productos de su trabajo. Un ejemplo práctico lo hemos tenido ya durante nuestra revolución, como veremos más abajo.

No podía ser de otra forma. El modo de vida determina la conciencia de los pueblos. Si durante el capitalismo los intereses aislados de grupos en el seno del proletariado quedaban relegados frente a los intereses generales de toda la clase oprimida por el capital a un plano inferior, después de la destrucción del poder del capital estos intereses corporativos vuelven a surgir.

Durante el sistema de economía socialista, es decir, durante el período transitorio del capitalismo al comunismo integral, los grupos aislados de trabajadores no tendrán ninguna posibilidad de enriquecerse por cuenta de otros, pues la distribución la realizarán órganos elegidos por la mayoría de los obreros, que realizarán dicha distribución en interés de la mayoría.

No ocurriría lo mismo con el anarquismo, si suponemos por un minuto que éste comenzara a ser llevado a la práctica. Cada comuna —empresa independiente— se convertiría en una trinchera en defensa de los estrechos intereses corporativos de dicha empresa y no de los de la totalidad de los trabajadores de la sociedad, lo cual traería una desigualdad tal en la distribución, que frente a ella cada anarquista honrado, debería apartarse horrorizado reconociendo su error.

Tomemos un ejemplo. Después de la revolución tenemos frente a nosotros una serie de empresas-comunas en el sur y en Petrogrado, y otra serie de empresas-comunas semejantes en el Ural. Con la técnica actual, en la mayoría de las empresas del Ural la productividad del trabajo es dos veces más baja que en el sur. Por esto cada empresa-comuna del sur, por término medio y con la misma jornada de trabajo e igual cantidad de obreros, elaborará dos o tres veces más cantidad de productos. Supongamos luego que estas comunas-empresas permutan sus productos por otros. ¿Quién recibirá más en el cambio: el obrero del sur o el obrero del Ural?

El obrero del Ural resultará perjudicado, y no por culpa suya, sino porque los rapaces empresarios no se preocuparon de perfeccionar la técnica.

De esta manera, aun en una sola rama aislada de la industria, diferentes condiciones para la elaboración de productos implican diferentes ingresos. Y aún más, ramas aisladas de la industria, de mayor importancia para la economía del país, tendrían la posibilidad de alcanzar una posición privilegiada a costa de las menos importantes. De esta manera, no sólo una mina en explotación común más rica por su hierro y su carbón que otra, daría más beneficios a los que trabajaran en ella, sino que toda la industria del carbón estaría en situación de asegurar a sus trabajadores condiciones más ventajosas que otras ramas menos importantes del trabajo.

La situación que se hubiera creado sería, en cierto aspecto, aún peor que durante el capitalismo. Durante el capitalismo, los capitales independientes tienen posibilidad de afluir a una u otra rama de la industria, haciendo casi imposible por lo mismo la situación privilegiada del monopolio de ramas aisladas de la producción. Durante

la existencia de las empresascomunas- libres anarquistas, destruir la situación privilegiada de empresas y ramas aisladas de la industria, sin imposición y presión organizada de la mayoría de los perjudicados, hubiera sido imposible. La única manera es estableciendo empresas concurrentes. Pero, cuál es el modo de establecerlas ¿Introducir impuestos? Cada anarquista, en este caso, deberá dar la voz de alarma porque el sistema de impuestos supone la existencia de un aparato gubernamental.

¿Constituir uniones de comunas voluntarias, interesadas en la destrucción del monopolio?

Esto sería posible si admitiéramos que estas comunas disponen de los medios materiales indispensables para ello. Pero es imposible no teniendo estos medios, impedir a los mineros y a los ferroviarios, por ejemplo, comenzar la lucha contra las uniones que con trabajos de zapa intenten destruir su posición monopolista. La lucha puede traer el restablecimiento del poder destruido por los anarquistas, que caerá en manos de la parte que resulte más fuerte y consolide su victoria. En el mejor de los casos, las organizaciones monopolistas, valiéndose de las bayonetas y de otros medios, lograrán defender su situación privilegiada de monopolio si la mayoría teme llevar a la práctica su decisión por medio de la presión organizada; como resultado, la libertad de la minoría se convertirá en violencia y limitación para la mayoría. Unos tendrán holgura gracias a que otros estarán en la mayor estrechez.

Que el anarcosindicalismo en la práctica hubiera conducido solamente al surgimiento de grupos privilegiados en la clase obrera, al esquilamiento de unas capas de obreros por otras, al reforzamiento de bajas costumbres de propiedad privada, lo dice claramente el ejemplo de las minas de Cheremjov en el año 1918, durante el pe-

ríodo anterior a la conquista de esta región por Kolchak, cuando en Siberia no existía todavía el poder soviético y el ferrocarril siberiano se encontraba en sus manos. En estas minas, los anarquistas obtuvieron la mayoría, no tardando en manifestarse los resultados. Los obreros de Cheremjov declararon “suyas” las minas, se manifestaron contra toda nacionalización de las mismas y llevaron a la práctica un “comunismo” tal, en el terreno de la distribución, que frente a él tocaron a rebato todos los anarquistas ideológicos. Establecieron altos precios por “su” carbón y se negaron a entregarlo si no recibían a cambio dinero en efectivo, sin interesarse mayormente porque el ferrocarril siberiano dejara de trabajar debido a la carencia de carbón. Los órganos soviéticos siberianos se vieron obligados a satisfacer las exigencias de los anarquistas de Cheremjov, a fin de no detener la buena marcha del ferrocarril siberiano, y, como resultado, cada minero de Cheremjov comenzó a ganar cinco veces más que lo que percibían en aquel entonces en Siberia los obreros de otras empresas.

He aquí un ejemplo de la “distribución comunista” a que hubiera llegado la transformación de fábricas y empresas aisladas en comunas independientes. Los obreros de Cheremjov, que provocaron debido a sus tendencias, un enriquecimiento ilícito y galopante y las protestas de los propios anarquistas, obraron según la receta de sus propios maestros. En primer lugar, transformaron las minas, inmediatamente, en una “comuna” independiente, amenazando volar la mina si el poder obrero intentaba socializarla. Luego firmaron un “acuerdo voluntario” con el ferrocarril y establecieron la “distribución comunista” ¡Y los anarquistas se indignan por el empeño de sus alumnos, que en la práctica realizaban su programa; acusan a los obreros de aquello que es culpa del anarquismo! No es difícil proclamar inme-

diatamente la distribución comunista, pero es tonto indignarse cuando en la práctica tiene como resultado el despojo de toda la masa trabajadora por parte de un grupo aislado de la misma. Es igualmente tonto llevar esta indignación, no contra la propia incapacidad de comprender la ligazón entre la forma de producción y la forma de distribución, sino contra los obreros a quienes los mismos anarquistas, y no precisamente por culpa de los obreros, consideran capaces en un momento determinado de realizar en la práctica una verdadera distribución comunista.

Contrariamente a los anarquistas, los comunistas marchan hacia la verdadera distribución comunista, sin declarar que esta tarea es una insignificancia y sin declarar tampoco que las masas están suficientemente preparadas para su realización. Comienzan declarando que esta tarea es difícil, tomando a las masas tal como son en la realidad y señalando el camino hacia el objetivo, no en relación con sus deseos y fantasías, sino sobre la base de éxitos graduales, de la producción reconstruida sobre nuevos principios, de la educación de las masas en nuevas condiciones, de la transformación de su psicología y costumbres, de la acción educacional de la vanguardia comunista sobre las masas más atrasadas, en resumen sobre la base de la educación en nuevas condiciones de la juventud obrera, la cual no se ve obligada a librarse de los prejuicios y costumbres de la sociedad burguesa con tanta dificultad como sus mayores.

La distribución comunista puede y debe llevarse a la práctica como un resultado de la distribución comunista en su grado más superior.

Transportarse con el pensamiento hacia este futuro, aclararlo a las masas como un fin natural para su propio avance se puede y se debe; pero considerar las etapas como algo sobrante y superfluo significa perder el tiempo

en charlatanerías baratas y fantásticas, en lugar de emplearlo en una lucha efectiva por la realización práctica de las relaciones comunistas.

Las Bases de Clase del Anarquismo

Cada teoría, cada enseñanza, cada programa cuando están destinados a expresar opiniones y a defender los intereses de una clase determinada si no reciben de ésta un apoyo masivo pierden toda importancia para la lucha social y continúan en posesión de pocas personas. En este caso, cualquier programa puede conservar sin transformaciones su aspecto inicial. Sin embargo, cuando este programa cae en el remolino de la lucha de clases y atrae sobre sí la atención de grupos sociales considerables, comienza su transformación según su propio programa de lucha práctica creándose una situación completamente diferente. Dicha enseñanza y dicho programa se transforman de raíz al renacer. Cuando este círculo reducido de personas aumenta de número y se constituye un partido más o menos numeroso, ya entonces la enseñanza ve variar su aspecto general. Y cuando el partido constituido comienza a buscar apoyo en las masas y lo encuentra, en la mayoría de los casos, este programa al ser llevado a la práctica, cambia hasta quedar irreconocible. Sin embargo, la misma hoja impresa donde este programa está expuesto puede publicarse sin modificación; pero la táctica del partido, es decir, su actividad práctica, lleva frecuentemente, no hacia la finalidad indicada en el programa, sino en una dirección completamente opuesta. Esto ocurre debido a que el programa del partido o determinadas con-

signas lanzadas sobre la base del programa, son asimiladas y adaptadas por las masas conforme a los intereses de las mismas en un momento dado, tanto más si estas masas no pertenecen a los grupos sociales cuyo apoyo pensaban recibir lo autores del programa.

Por ejemplo, el socialismo por sí mismo es el programa del trabajo que tiende a emanciparse del capital. Pero el socialismo en manos de los Scheidemann, Zamba, Chernov, a quienes el gran capital mundial de uno u otro grupo imperialista maneja como títeres, constituye una provocación para que el proletariado se encamine hacia la guerra en interés del imperialismo alemán por una parte, y del anglo-francés por otra; constituye el ocultamiento de las bajas pasiones del capitalismo tras la bandera roja socialista; constituye la entrega a los tiburones capitalistas tanto de la pequeña burguesía cegada por el chauvinismo, como de las capas atrasadas de la clase obrera influenciadas aún por el morbo del patrioterismo.

El anarquismo, por sí mismo, como teoría, constituye una serie de aspiraciones hacia la reconstrucción de la sociedad sobre nuevos principios, una teoría en la que el punto de la liquidación del Estado no diverge en modo alguno de la línea seguida por el desarrollo social tras la liquidación del poder capitalista, en la que el programa sobre la distribución en la futura sociedad se formula en líneas generales (teóricamente por lo menos) en el espíritu del comunismo.

Pero el anarquismo, caído en las poderosas manos de aquellas capas sociales que oprimen a los trabajadores se convierte en una contradicción de sí mismo.

Al razonar sobre el anarquismo es necesario criticar no solamente aquello que ha sido escrito en las publicaciones de los anarquistas, sino que hay que estudiar la forma en

que las masas que van tras los anarquistas critican estas publicaciones. Porque para una doctrina inconsistente, no puede haber una crítica más cruel y temible que el intento de llevar esta doctrina a la práctica.

Hemos considerado a grandes rasgos todos los deseos librescos de los anarquistas. Como conclusión es indispensable examinar a quiénes sirven en la práctica los anarquistas, qué grupos encuentran en el anarquismo la defensa de sus intereses y, particularmente, los intereses de qué grupos se vio obligado a defender el anarquismo en el curso de la revolución.

En la Europa Occidental, como ya ha sido indicado hace mucho tiempo en la literatura socialista, el anarquismo contaba siempre con mayor campo de acción en los países de predominio pequeño-burgués como Francia, Italia, Suiza, Rusia y, con menos campo, en los grandes países capitalistas con numeroso proletariado industrial, como Alemania, Inglaterra o Bélgica. En América, el anarquismo tiene éxito sobre todo, entre los emigrados de Europa. Generalmente, el anarquismo tiene su mayor aceptación entre los obreros de la industria artesana y de la pequeña industria capitalista, y en menor grado en las grandes empresas capitalistas. También se nota, en todas partes, una fuerza mayor del espíritu anarquista durante los años de crisis industriales y desocupación. Se ha comprobado el acrecentamiento del anarquismo en el período de descomposición y decaimiento de la revolución en Rusia, en los años 1906, 1908 y durante el período crítico de la revolución de Octubre, aproximadamente después de la firma del tratado de Brest-Litovsk.

Por último, es bien conocido el papel que desempeñó Majno en la defensa de los terratenientes ucranianos, en el sur de Rusia.

He aquí hechos y observaciones que no dejan lugar a dudas. Pero, ¿Qué revelan estos hechos?

Estos hechos nos hablan de la indiscutible ligazón del anarquismo con el pequeño burgués, hablan también de su ligazón con grupos de población sacados de su hábitat habitual tales como los desocupados, y por último de su ligazón con los elementos desclasados, es decir, apartados de una clase determinada como el lumpemproletariado, especialmente en el período de la revolución.

Pero no se puede decir, basándose en lo afirmado más arriba, que los anarquistas constituyan un partido de la clase pequeñoburguesa, del lumpemproletariado o de los desempleados. En la práctica el anarquismo no constituye ni lo uno ni lo otro exclusivamente, sino que puede ser tanto una cosa como la otra, o incluso una tercera en condiciones determinadas.

¿Por qué hay tanto pequeño-burgués en el anarquismo? Porque el anarquismo está contra todo poder gubernamental, y todo pequeñoburgués, especialmente el pequeñoburgués empobrecido, también está contra el Estado. La pequeña burguesía es una clase incapaz de realizar su propia dictadura, el poder queda poco tiempo en manos de esta clase, y cuando ha sido arrancada al feudalismo se convierte en presa de la gran burguesía o del proletariado.

Por una parte el poder gubernamental cuando se encuentra en manos del gran capital realiza una política de presión contra el pequeñoburgués que facilita su proletarización. Por otra parte, el poder proletario no sostiene ni fortalece la pequeña economía independiente ni tampoco la conservación del bárbaro desperdicio de fuerzas obreras ligado a tal economía, sino que al contrario, apoya el paso de la pequeña producción a un nivel más elevado, la economía colectiva, llamando decidida-

mente al orden al pequeñoburgués cuando intenta enriquecerse por cuenta de los trabajadores. Con respecto al poder estatal, el pequeño-burgués es un anarquista por su misma situación de clase, especialmente en el período en que la situación de la pequeña economía se convierte en crítica.

Aunque la parte empobrecida de pequeños propietarios no es la única que se manifiesta dispuesta a apoyar a los anarquistas, buscando de este modo alivio aunque, naturalmente, en vano. También los campesinos acomodados se muestran dispuestos en ocasiones a apoyar al anarquismo contra el Estado proletario. De hecho, el terrateniente es un candidato a capitalista y, desde este punto de vista, es enemigo del anarquismo. La comuna anarquista no le atrae, le espanta y le produce repulsión. Pero no le parece mal aprovechar a los anarquistas en calidad de “escuderos” cuando puede defenderse de este modo, aunque sea temporalmente, del monopolio del pan implantado por el Estado proletario, y de la obligación de compartir su propiedad con el campesino pobre. (Hablabamos más tarde de la forma en que el terrateniente ucraniano ha aprovechado el movimiento anarquista.).

Sin embargo, cuando la pequeña economía sea atraída al sistema de la economía general socialista, será abastecida de los productos necesarios por la industria reconstruida sobre nuevas bases, y recibirá una posibilidad real de transformarse rápidamente en economía colectiva y, paralelamente, con el mejoramiento efectivo y continuo de la situación económica de las masas trabajadoras en el campo, el anarquismo perderá todo terreno en este ambiente, conservándose posiblemente únicamente con visos de psicología del “socialismo campesino”.

¿Por qué está inclinado hacia el anarquismo el lumpemproletariado?

Porque este grupo social tiende al comunismo en el terreno de la distribución (todo lo tuyo es mío), no preocupándose por la producción. El anarquismo propone comenzar, precisamente, por la realización de la igualdad en la distribución. Esto es lo que necesita el vagabundo. Durante este lapso de tiempo será un anarquista convencido, pero cuando se trate de la producción ya podrán despedirse de él los anarquistas.

Por las mismas causas aumenta la inclinación hacia el anarquismo en los momentos de aguda desocupación. Los grupos de desempleados poco conscientes que se encuentran en una situación crítica, están mucho más interesados en la cuestión de cómo mejorar su situación actual, cómo conseguir momentáneamente la distribución de las reservas de abastecimientos en el país, que en reflexionar sobre la tarea de la destrucción de todo el régimen capitalista y de la desocupación en general. He aquí por qué el anarquismo, poniendo el acento en la cuestión de la distribución, encuentra aquí sus partidarios. Especialmente porque no combate el aventurerismo en este sentido, y aconseja a las masas apoderarse de todo lo que se pueda, cuando en realidad, la distribución de la reserva de productos existentes es simplemente una parte de la cuestión en la solución de todos los problemas relacionados con la liquidación del capitalismo, y no es posible ninguna conquista de las reservas de la sociedad capitalista ni su distribución, sin haber hecho llegar hasta el fin la parte política de la revolución, es decir, sin haber arrancado el poder a la burguesía. En este sentido es más atractivo el fácil camino indicado por los anarquistas, camino que de hecho desemboca en un camino todavía más largo y que no traerá pan a las masas trabajadoras.

Durante el período de decaimiento de la primera revolución rusa, los éxitos del anarquismo entre cierta parte del proletariado, artesanos y algunos intelectuales se explica por el siguiente hecho: la lucha por el derrocamiento del zarismo concluyó en un fracaso. Al intentar conquistar el poder de forma organizada las masas no lograron mejorar su situación, produciéndose una huida masiva, intentando cada uno mejorar su situación sin haber logrado mejorar la de toda la clase; al comenzar el período de la expropiación, el anarquismo se presentó muy oportunamente con el fin de justificar tales actos. Los que realizaban la expropiación suponían que luchaban contra el capital y contra el zarismo y que realizaban una ofensiva contra el enemigo, mientras que en la práctica, estas actuaciones por grupos y por intereses corporativos, significaban una huida de la revolución: podían alcanzar aisladamente a capitalistas y a gentes del poder autocrático, pero no eran nada peligrosas para el conjunto del poder clasista de los capitalistas y terratenientes.

Al inicio de la revolución de 1917 el anarquismo no tenía ninguna influencia. A medida que crecía la desocupación y no sólo aumentaban las dificultades de vida de las masas trabajadoras sino que disminuían las posibilidades de salir de tal situación, problema que surge rápidamente debido a la ofensiva del capital internacional contra la revolución rusa, el anarquismo comenzó a reforzarse. Después de Brest-Litovsk, es decir, después de la retirada de la Revolución rusa ante el imperialismo alemán, cuando las masas obreras tenían necesidad de agruparse, organizarse sólidamente alrededor de los sóviets, implantar una disciplina severa y supeditar los intereses de grupo a los intereses generales, el anarquismo comenzó a tener un considerable éxito. Veamos cuáles eran los grupos que se aferraban al anarquis-

mo o, mejor dicho, a consignas aisladas del anarquismo, en este período de retroceso de la creciente y espontánea oleada de masas característica de los días de Octubre y del período del comienzo de la construcción.

El poder soviético efectúa la nacionalización de las empresas, es decir, la entrega de los medios de producción a la clase de los productores y no a grupos aislados de la misma.

El anarquismo se manifiesta a favor de la entrega de las fábricas y empresas a los obreros de las mismas. La parte de los obreros menos consciente y más corrompida por las costumbres pequeño-burguesas sostenía en este punto al anarquismo no por el comunismo-anárquico, sino precisamente al contrario: por el mejoramiento de su situación a costa del resto de la clase trabajadora. De esta manera el anarquismo, por su especial psicología, se apoyaba en el pequeño-burgués salido del ambiente obrero, en el propietario y el cambalachero.

El poder soviético tiende a llevar a la práctica la disciplina del trabajo cuya esencia se reduce a lo siguiente: si la producción es menor que el consumo, los productos son insuficientes, por tanto es necesario elevar la producción a todo precio. Esta situación tiene dos salidas: o bien la victoria del capital si nos mostrásemos incapaces de organizar la producción y mejorar las fuerzas productivas, o bien aumentar la producción introduciendo la disciplina en el trabajo, salvando al proletariado de la necesidad de aumentar la producción presionado por el fusilamiento de los Skoropadski, bajo el látigo del cosaco y la amenaza del hambre.

¿A cuál de estas partes apoyaba el anarquismo?

Con su lucha demagógica contra la disciplina del trabajo, apoyaba de hecho a los Skoropadski y Riabuchinski, porque obstaculizaban el camino comunista para resolver

aquello que, de otro modo y en estas circunstancias, podría ser resuelto por la fusta de los Skoropadski. El anarquismo se apoyaba sobre los grupos menos conscientes de los obreros, sobre quienes pretendían trabajar menos y recibir más aun en las empresas socialistas.

Recibir valores sin crear a cambio ningún valor, significa esquilmar a los obreros de otras fábricas que trabajan a conciencia. Aquí también el anarquismo resultó ser la expresión de los intereses de la pequeña propiedad, de los grupos atrasados de la clase obrera, porque toda la clase trabajadora consume aquello que produce y no está interesada en la disminución de la productividad del trabajo: toda la clase no puede robarse a sí misma y por esto no puede protestar contra la disciplina del trabajo que aumenta la cantidad del producto del trabajo de los obreros.

Veamos más adelante. El poder soviético tiende a realizar en la práctica el monopolio del pan, así como a tomar bajo su control la economía del pequeño productor de la ciudad y del campo. Esta operación es muy poco beneficiosa para el pequeño propietario porque no le da la posibilidad de especular con el hambre ni de enriquecerse a costa del resto de la masa trabajadora (si cada pequeño propietario poseyera un beneficio medio de trabajo, no tendría en absoluto por qué temer el control).

Los anarquistas, como los comunistas, son partidarios de la distribución justa y equitativa del pan que el país necesita y que no posee más que en la cantidad estrictamente necesaria. Para llevar a la práctica esta distribución en el período actual hay un solo medio: el monopolio del pan por el Estado. Sin el aparato gubernamental, particularmente sin la violencia organizada, no sería posible llevar a cabo esta medida. Los anarquistas que se sublevan contra todo poder, y en particular, contra el soviético,

reciben el apoyo más ferviente de parte de los especuladores de la pequeña burguesía, que también es contraria al poder soviético que les quita la posibilidad de explotar a los hambrientos y les obliga a entregar parte de sus propias reservas. De esta manera, los anarquistas estaban sostenidos por elementos que defendían los intereses más mezquinos.

La guerra y la revolución crearon luego grupos bastante numerosos de gentes que se habían apartado de su clase y del trabajo productivo, y que no deseaban o no podían, por una u otra causa, regresar a la vida activa del trabajo. Chocando con la fuerza organizada del Estado soviético, que realizaba requisas y confiscaciones según un plan previamente determinado, y en interés de una distribución previamente regulada entre todos los necesitados, estos grupos se convierten en oposición y defienden su derecho a actuar bajo la bandera del anarquismo. Es evidente que este “anarquismo” representa la libertad del bandolerismo y se liga con el deseo de sustraerse al control y a la limitación de los beneficios, así como al de eludir los trabajos productivos.

Sobre el terreno de la crisis económica del período de la revolución, se desarrolla la tendencia pequeño-burguesa a conseguir la mayor cantidad posible para sí, sin pensar en las consecuencias inmediatas que esto tendrá para todo el ejército de trabajadores. Éste es también un terreno favorable para el anarquismo, porque el primer obstáculo con que se encuentran los esquiladores de todos los rangos lo constituye el poder proletario. De hecho, tenemos aquí ante nosotros la misma deserción de la revolución que la producida por la expropiación anárquica durante el período de decaimiento de la primera revolución.

El carácter desertor del anarquismo⁶ se manifiesta, no so-

lamente en el terreno económico, sino también en el político. Contra la Rusia Soviética se levanta, no el capital mundial desorganizado, sino un capital internacional organizado que posee un perfecto aparato militar, aunque se encuentra ya en el período inicial de descomposición y relajamiento. La resistencia contra este enemigo debe ser también severamente organizada. Para la lucha se necesita un ejército disciplinado en el frente, así como un ejército disciplinado de productores en el interior. Cada uno se verá obligado a hacer, no aquello que quisiera y en la proporción que desee, sino en la medida y en la forma exigidas por los intereses de toda la lucha en general. Protestar contra tal lucha organizada y defender el derecho de decidir personalmente la forma de lucha, significa desertar de las dificultades de la misma y colocarse políticamente en una posición igualmente privilegiada⁷ a aquella en que se encontraban los obreros de Cheremjov, atrofiados por el confucionismo de los anarquistas, quienes declararon que las minas eran suyas y consiguieron “libremente” un salario cinco veces más elevado que el salario medio, haciendo lo mismo que el especulador que tiende a transportar su pan y su persona en su propio beneficio, aun cuando esto implique impedir la realización de una obra para millones de otros individuos.

Por último, el descontento frente a todo poder es caldo de cultivo del anarquismo, aun el descontento por el poder popular y puramente obrero si éste se ve obligado a dirigir el país en condiciones económicas que empeoran pese a la buena voluntad del gobierno. Éste resulta culpable aun de las consecuencias de la existencia del zarismo,

6. La desertión en todo el frente de la lucha de clases no excluye de ninguna manera los ejemplos de valor personal de personas y grupos aislados. La expropiación puede ser efectuada muy valientemente, pero la expropiación no deja por eso de ser una huida en masa de las tareas fundamentales de la revolución (Nota del Autor).

7 Por ejemplo, el destacamento anarquista que actúa independientemente decide del mismo modo no sólo la ofensiva, sino también la retirada (Nota del Autor).

de las consecuencias de la guerra, del atraso económico, etc. Y cuando muchos de los trabajadores pequeñoburgueses, hostigados por las dificultades de la vida, gritan: “Abajo el poder soviético”, gritan de hecho: “Abajo el hambre”, y con gran pesar de los anarquistas serán los primeros en gritar: “Viva el poder soviético”, si, gracias a las mejoras en el campo de la producción y de la justa organización de la distribución surgen mayor cantidad de productos que satisfagan completamente al trabajador.

Pero el apoyo más serio del anarquismo se produjo en el sur de Rusia, donde los intereses clasistas de los *kulaks* ucranianos. Las simpatías de determinadas capas atrasadas de obreros hacia el anarquismo, tenían un carácter muy temporal y casual, y eran muy fácilmente reemplazables por estados de ánimo contrarios cuando predominaba el sano sentimiento clasista, el crecimiento de la conciencia, la experiencia inmediata de la revolución misma. Al contrario, en Ucrania, debido a la situación allí creada, la ligazón de los *kulaks* y de los elementos criminales parasitarios con el anarquismo, resultó enormemente más sólida y, en parte, no ha sido quebrantada definitivamente hasta estos momentos. A consecuencia del decaimiento de la industria en Ucrania y de la dispersión del proletariado ucraniano, resultado del enorme papel y significado económico de la propiedad campesina, los *kulaks* ucranianos se convirtieron en la clase económica dominante en el sur. Los *kulaks* mantenían en servidumbre al campesinado pobre ucraniano, y el ciudadano, tanto el obrero como el artesano o, simplemente, el pequeñoburgués, iban a pedirle pan. Todos los medios de vida estaban en sus manos. El poder de los guardias blancos no era beneficioso para el *kulak*, ya que significaba la necesidad de pagar impuestos en beneficio del aparato gubernamental y del ejército terrateniente burgués, la devolución de la tierra

a los nobles, y en general, al gobierno de una clase ajena. El poder proletario tampoco es beneficioso para él por cuanto significa la expropiación del excedente de pan en beneficio de las ciudades que sufren hambre, o bien el impuesto único y la entrega de sobrantes de tierras e instrumentos de labranza a los campesinos pobres. La situación ideal para el *kulak* era la ausencia de todo poder, la anarquía, porque la ausencia de poder en Ucrania, significaba el poder de los *kulaks*. Con los numerosos cambios en el poder, solamente un gobierno como el del *kulak* conseguía ser hasta el último momento, hasta el momento del surgimiento del campesino pobre, el único poder sólido e inquebrantable. Los *kulaks*, defendiéndose del poder de los terratenientes por una parte y del poder soviético por otra, organizaban compañías armadas y sostenían en toda forma bandas de elementos vagabundos que se habían separado de la producción y que pululaban en gran cantidad por Ucrania en los momentos de la revolución proletaria armada. En esta situación social, es decir, de hecho sobre las espaldas del *kulak* ucraniano se desarrolló el anarquismo de Majno. Las bandas de Majno se convirtieron, debido a las consecuencias objetivas de su acción en Ucrania, en guardaespaldas del *kulak* ucraniano y en guardianes de sus depósitos repletos de trigo, en defensores de su poderío real en la ciudad y el campo. El anarquismo que cayó en estas garras perdió de su programa, de forma natural, todo aquello que no era digerible para el *kulak*. Naturalmente, no se podía hablar siquiera de comunas, de ninguna distribución según las “necesidades” (excepto la distribución de las necesidades de los mismos bandidos). Al contrario, la consigna “Abajo todo poder”, que significaba “Abajo los impuestos y la obligación de entregar el pan por parte de los hartos a los hambrientos”, resultó para el *kulak* algo muy de su agrado, y los anarquistas concentraron

su atención justamente en la realización de esta parte de su programa. El *kulak* no se convirtió en combatiente por el anarquismo, pero éste, en cambio, se convirtió en defensor de los *kulaks* y de sus intereses.

Cuando en Ucrania por fin, y después de la destrucción definitiva de los guardias blancos, se manifestó la potencia del campesinado pobre ucraniano, al pasar éste a la lucha armada contra el *kulak* así como a la expropiación de los mismos, los señores anarquistas, al estilo Majno, se vieron obligados a colocarse del lado de una u otra de las partes en lucha. Parte de los campesinos pobres se separó de Majno, pero la mayoría de sus “fuerzas”, compuestas por los hijos de los *kulaks* por una parte y por bandidos profesionales por otra, se colocaron al lado de los *kulaks* intentando pasar a regiones de la república en las que todavía no se había dado en las aldeas una diferenciación de clases, y donde hubiera sido más fácil ocultar su naturaleza de *kulak* bajo las consignas de lucha contra el Estado Soviético general, contra los comisarios, etc.

De esta manera se puede observar cómo el anarquismo se apoya sobre una base clasista voluble, que cambia según las circunstancias, y que todos los éxitos del anarquismo son temporales y no arraigan profundamente. Particularmente, la experiencia de la Revolución rusa mostró la influencia insignificante y singularmente breve del anarquismo sobre el proletariado; al contrario, los éxitos mayores los tuvo allí donde ligaba su destino a la defensa de los intereses clasistas de la pequeña-burguesía en lucha contra la dictadura del proletariado.

La Táctica de los Anarquistas

Hagamos ahora una breve exposición acerca de la táctica de los anarquistas, es decir, sobre aquellos procedimientos con los que intentaban llevar a la práctica sus fines. Durante el período revolucionario la táctica tiene una importancia colosal. Frecuentemente un programa muy democrático y socialista de partido se reduce a una publicidad hueca, mientras que el partido de hecho, directa o indirectamente, ayuda a la contrarrevolución o fortalece el régimen monárquico burgués existente. Tenemos ante nosotros el ejemplo de los socialpatriotas europeos y rusos.

En lo que respecta a los anarquistas, también los fines que éstos se plantean y todas sus buenas intenciones no encuentran ninguna relación con los resultados prácticos de su actividad. Esto se puede decir especialmente de los anarquistas rusos, entre los que, en los momentos más difíciles para la revolución rusa, ha habido más saboteadores contra la unión soviética que contra el régimen burgués.

Desde el punto de vista de la táctica se puede dividir a los anarquistas en tres grupos: 1º.- Anarquistas pacíficos, enemigos de todo método violento para la consecución de sus fines; 2º.- Partidarios de la sublevación social, partidarios exclusivamente de la lucha de masas y contrarios al terror individual, a los ataques aislados contra el capital y procedimientos semejantes de “propaganda por la acción”; 3º.- Partidarios de la lucha de masas revolucionaria y también

del terror político individual y económico, expropiación, confiscaciones aisladas, etc.

En lo que respecta a los anarquistas pacíficos de tipo tolstoiانو, anarquistas místicos y todos aquellos con una orientación religiosa en las ideas, su carácter burgués, aristocrático e intelectual es tan evidente que las demás corrientes del anarquismo se separan por sí mismas de los pacifistas. Por lo cual está de más que hablemos sobre su táctica, ya que el presente folleto no pretende ser una investigación sobre el anarquismo y, en adelante, sólo hablaremos de los anarquistas que reconocen la violencia para la consecución de sus fines.

Todas las corrientes del anarquismo tienen como característica general la repugnancia por la lucha política y la tendencia a concentrar toda la atención sobre la lucha económica. Que el fin fundamental de la lucha del proletariado lo constituye precisamente la liberación económica y que, en general, la lucha del proletariado es la lucha por la construcción económica de la sociedad para lo cual la conquista del poder gubernamental constituye solamente un medio, era algo ya bien sabido aun antes de los anarquistas por los fundadores del comunismo científico, Carlos Marx y Federico Engels, y de ellos el apóstol del anarquismo, Bakunin, aprendió (aunque sin llegar nunca a comprender) la concepción materialista de la historia.

Pero nuestros grandes maestros, al proclamar una gran verdad, prevenían la necesidad de no convertirla en una verdad a medias reconociendo solamente una parte. La reconstrucción económica de la sociedad, sobre principios nuevos, aun también sobre principios anarquistas, exige la destrucción del Estado creado por las clases explotadoras y el aprovechamiento del poder político del proletariado para el aniquilamiento definitivo de sus enemigos.

Así, la lucha organizada contra el capital, por su destrucción mediante las fuerzas del proletariado como clase, es precisamente una lucha política, cualquiera que sea la forma que haya adoptado.

Cuando nosotros, durante la época prerrevolucionaria, entramos en el parlamento burgués, luchábamos contra el régimen burgués y aprovechábamos el parlamento, entre otras cosas, también para las luchas políticas. Nosotros decíamos a los obreros: si no tenéis fuerza suficiente para disolver esta institución, debéis elegir a vuestros representantes, para no perder una posibilidad más, a los efectos de unir vuestras fuerzas y aprovechar la tribuna parlamentaria para la propaganda y la organización. Y aunque los oportunistas y falsos socialistas de todos los matices han contribuido mucho, con su cretinismo parlamentario, a tergiversar y ocultar el verdadero sentido de nuestra participación en la lucha parlamentaria, aunque hayan dado motivos suficientes para ser criticados por los anarquistas, los resultados alcanzados en este período con nuestra lucha y para nuestras finalidades, no disminuyen por ello. Nos ayudan actualmente a nuestras victorias, ayudarán a los obreros europeos en sus victorias, porque entre los distintos medios de lucha existentes, la participación en la lucha parlamentaria desempeñó su papel en la tarea de la educación clasista del proletariado y facilitó la elevación de su conciencia socialista.

Aun en la actualidad, la participación de nuestros compañeros en los parlamentos europeos, por pocos que hubiere en ellos, desempeña un gran papel en la obra de agitación por la revolución proletaria, y esta agitación desde la tribuna complementa el trabajo de la hoja ilegal y de las asambleas secretas. Para ilustrarlo basta recordar el ejemplo de la intervención histórica del compañero

Liebknacht contra la guerra de 1914, que provocó una tan enorme impresión en la clase obrera. Indirectamente, los mismos anarquistas reconocieron imprevisiblemente la rectitud de nuestra participación en el parlamento con el fin de propagar el socialismo. La reconocieron participando en los sóviets y en los Congresos Panrusos de los Sóviets para la propaganda del anarquismo.

Llegaron tan lejos en su “entusiasmo parlamentario”, que incluso llegaron a encontrarse durante un tiempo en el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets.

Al concluir el período pasivo y adoptar la lucha política la forma de una lucha directa por el poder del proletariado, la actitud negativa de los anarquistas respecto a la lucha organizada de clases y a la dictadura del proletariado les relegó a un papel lastimoso en la época grandiosa del movimiento. Demostrar la inconsistencia de la táctica de los anarquistas en lo que se refiere a la lucha política después de la experiencia de nuestras dos revoluciones, es una tarea completamente innecesaria y superflua. La demostración estaría ya en el hecho mismo de la victoria de las revoluciones de Febrero y Octubre. Estas revoluciones vencieron gracias, precisamente, a la conquista del poder; en el primer caso por el bloque de la burguesía, en el segundo por el bloque del proletariado y de la pequeña burguesía del campo. Si supusiéramos, por un minuto siquiera, que durante nuestra revolución las masas hubieran ido tras los anarquistas y hubieran estado conformes con ellos en la cuestión del poder, habrían sufrido la derrota más cruel en su confrontación con las clases pudientes. Teniendo ante sí una masa dispersa, aunque esta masa hubiera quebrantado el poder gubernamental de los explotadores, la burguesía hubiera unido muy rápidamente sus fuerzas a escala nacional, y no teniendo ante

sí una unión igual de fuerzas proletarias hubiera sometido nuevamente a las clases trabajadoras.

Todo obrero sabe actualmente que los golpes más fuertes dados al poderío económico del capital se llevaron a cabo después de Octubre, es decir, después de la conquista del poder por parte del proletariado.

Tras conquistar su dictadura, el proletariado alcanzó la posibilidad de ahogar al capitalismo paulatinamente de forma organizada, y de liquidar a gran escala el régimen burgués. Mientras la negativa de los anarquistas a destruir y llegar al derrumbamiento completo del régimen burgués por medio del aprovechamiento del Estado proletario, les condenaba a perturbarlo aisladamente, por medio de la confiscación de propiedades determinadas, con la aplicación de impuestos, igual que anteriormente, durante la primera revolución, la negativa a la lucha por el poder cerraba a los anarquistas el verdadero camino hacia la victoria, empujándolos por la senda de los pequeños ataques contra capitalistas aislados y del terror contra agentes determinados del régimen autocrático. Que semejante táctica sólo es capaz de espantar a aislados capitalistas y sus agentes, y que no ataca al régimen de explotación en su conjunto, lo han demostrado las actuaciones anarquistas ya en la revolución de 1905 y también durante la presente revolución. Pero a los anarquistas, como siguen siendo siempre anarquistas, no les queda nada que hacer. Son incapaces de hacer trabajos de organización entre las masas trabajadoras a los efectos de la victoria definitiva, y no ha habido ni habrá un solo ejemplo en la historia en que el anarquismo haya sido capaz de lograr una victoria importante sobre el capital.

La inconsistencia de la táctica anarquista se manifiesta con toda evidencia cuando es necesario llevar a cabo al-

guna medida que exige una ofensiva organizada contra el capital. Tomemos como ejemplo el trabajo obligatorio impuesto a la burguesía, obligación que los anarquistas, en su agitación, pretenden mostrar como más radical que aquella de los comunistas bolcheviques. ¿Podría el anarquismo llevar a la práctica esta medida de organización si le proporcionarán completa libertad de acción?

Es hasta ridículo plantear tal cuestión. A los anarquistas les sería más fácil destruir a todos los miembros de la burguesía, a toda la población de los barrios burgueses, que lograr que esta clase cumpliera la obligación de trabajar. Para la organización de esta medida en el momento actual, es necesaria la estadística general profesional, es necesaria la realización total del monopolio del pan, es indispensable el sistema de las cartillas de trabajo a escala nacional y la organización del cambio de mercaderías con previa destrucción de la moneda como signo de cambio. Pero todas estas medidas suponen la existencia del Estado proletario y de sus órganos centrales económicos, es decir, de un aparato al cual los anarquistas temen como a la peste.

Tomemos otro ejemplo, la socialización de las viviendas. Esta medida ha sido llevada en parte a la práctica, y solamente puede ser finalizada organizadamente por los órganos del poder soviético. ¿Lograrían los anarquistas realizarla en la práctica? La requisita de los primeros palacios que cayeran en sus manos hubiera demostrado desde qué punto de vista habían emprendido esta obra y cuán lastimoso hubiera sido el resultado final.

Porque el anarquismo no sólo no es peligroso para el capitalismo como sistema, sino que más de una vez, en el curso de nuestra revolución, debido a su táctica y procedimientos de agitación, facilitaba de alguna forma los éxitos de la contrarrevolución. El anarquismo nunca supo calibrar los ataques

contra el poder proletario y contra la burguesía de tal modo que su agitación supusiese mayor daño al régimen burgués que a la revolución y al gobierno soviético. En los momentos más difíciles para la revolución, cuando la lucha se entablaba no entre el poder soviético y la anarquía de poderes, sino entre los sóviets y el poder de los Kolchak y Denikin, los anarquistas se ocupaban con tesón de instigar a las masas contra los órganos soviéticos y realizaban parte de los trabajos políticos de los explotadores. Durante la insurrección checoeslovaca, cuando en la retaguardia de las fuerzas soviéticas los contrarrevolucionarios preparaban una serie de levantamientos trabajando entre las masas con tal fin por medio de mítines, los anarquistas sostenían el coro general de voces que cantaban contra el poder soviético, suponiendo que vencería la idea del anarquismo y no la obra de los Dutov. No es extraño, pues, que en una de las asambleas de los políticos burgueses de Petrogrado, en el año 1918, cuya reseña publicaron entonces los diarios (ver *Izvestia*, del C. E. de los Sóviets), los contrarrevolucionarios cifraban grandes esperanzas en los anarquistas para la obra de la descomposición del poder soviético, proponiendo aprovechar este trabajo destructivo para conseguir la victoria definitiva de la dictadura burguesa.

El anarquismo desempeñaba en Rusia el papel de escuela donde los obreros aprendían el arte de sufrir derrotas en todos los frentes de la lucha contra el capital, y es dudoso que el anarquismo, que sufrió una bancarrota tan profunda durante nuestra gran revolución, esté destinado en la posteridad a tener cualquier influencia sobre las masas proletarias. Ningún grupo de obreros, por insignificante que sea, querrá repetir todos estos errores y procedimientos absurdos de lucha.

No vale la pena pagar un precio tan elevado por el derecho de aprender la inconsistencia del anarquismo.

Del Anarcosindicalismo al Comunismo

Estudiar las distintas corrientes del anarquismo, los matices y divergencias entre los diferentes grupos y grupitos de los muchos en que siempre se han disgregado los anarquistas, constituye un trabajo bastante aburrido y poco fecundo, ya que cada corriente acaba integrada por un reducido número de personas. Sin embargo, para un comunista sí presenta enorme interés la investigación del anarquismo allí donde ejerce influencia sobre el movimiento obrero de masas. El anarco-sindicalismo, la edición más proletaria del anarquismo en general, desempeñó y desempeña un gran papel en el movimiento obrero internacional, por lo que es necesario dedicarle varias páginas. Después de haber visto en qué se convierte el anarquismo que se ha ligado con el movimiento pequeñoburgués y *kulak* de masas, es interesante ver lo que resta del anarquismo cuando éste ha caído en el torbellino de la lucha de clases, del proletariado.

Veamos cuál es la esencia del sindicalismo y del anarcosindicalismo y qué transformaciones sufre éste desde el momento del crac del sistema capitalista.

Los postulados fundamentales del sindicalismo son los siguientes:

- 1º.- Para conseguir su liberación del poder capitalista, los obreros deben organizarse en sindicatos profesionales eludiendo la organización de un partido político de la clase obrera.

2º.- Los sindicatos se unifican en una unión general o federación de sindicatos: Confederación del Trabajo en Francia, Confederación General del Trabajo en Italia, IWW en los Estados Unidos de Norteamérica, la Unión Obrera en Alemania, etc.

3º.- En períodos de paz, los sindicatos realizan diariamente una lucha económica contra el capital. Para el derrocamiento de todo el régimen capitalista, el arma fundamental de la lucha debe ser la huelga general.

4º.- Tras la liquidación del régimen capitalista, la clase obrera no crea ningún Estado, y los sindicatos, de órganos de lucha contra el capital pasan a ser órganos de dirección de la industria.

5º.- Utilizando la lucha política, especialmente la lucha parlamentaria, la clase obrera no podrá conseguir nada y servirá de instrumento para el engaño burgués. La organización en partido político de la clase obrera no es necesaria, porque distrae al proletariado de su único camino seguro de emancipación por medio de las organizaciones económicas de trabajadores.

Ésta era, aproximadamente, la plataforma de los sindicalistas antes de la guerra mundial, con el agregado de que algunos sindicalistas acentuaban la necesidad de luchar por las mejoras reales en la situación económica del proletariado en la sociedad capitalista, y otros subrayaban más la necesidad de la unificación para la huelga general y la emancipación del capital. Unos tenían inclinaciones hacia el acercamiento a los partidos socialistas y acordar sus acciones con ellos como organizaciones pertenecientes a la misma clase proletaria, y otros (los anarco-sindicalistas) rechazaban toda “conciliación” con el socialismo y la política. Unos llevaban a cabo una táctica conciliadora respecto al

régimen capitalista, y otros subrayaban la necesidad de una lucha de clases cruel e irreconciliable. Los teóricos más destacados del sindicalismo fueron, entre los franceses, Sorel y Lagardelle, y entre los italianos, Arturo Labriola.

Si dejamos a un lado la lucha económica general de los sindicatos por la mejora de las condiciones de trabajo, el sindicalismo en Europa y América, creció sobre el terreno de la protesta natural de las masas obreras contra la política conciliadora de los partidos socialistas, contra la relajación parlamentaria y contra las traiciones sistemáticas al proletariado. Cuando el socialista elegido por los votos obreros al Parlamento, se ocupa durante cuatro años de sentarse cómodamente en mullidos sillones, realizar convenios con partidos burgueses, ingresar en el ministerio burgués, representar el papel de bombero a favor de los capitalistas en los momentos de la agudización de la lucha de clases entre obreros y patronos en lugar de dirigir esta lucha; cuando por fin, tras un “trabajo” de cinco años en este sentido, este “socialista” propone durante las nuevas elecciones que los obreros le reelijan, está claro que cualquier trabajador honrado tratará de echar a puntapiés a estos señores, por el estilo de los Scheidemann, Renaudel, Henderson, Chernov, etc. Ocurre que parte de los obreros de Francia, Italia y América, después de observar semejante parlamentarismo y lucha política, llegaron a la conclusión de que nunca se debe participar en los parlamentos burgueses, de que la lucha política en general no se necesita, y de que el proletariado no se debe organizar en un partido político para el derrocamiento del capital.

El sindicalismo y el anarco-sindicalismo son, en gran parte, producto de la traición de los socialistas, de los partidos conciliadores, y constituyen una reacción de las masas obreras para demostrar su indignación contra esta traición.

A pesar de la justificación que tiene toda protesta contra los traidores del partido socialista y contra su política de adaptación al capital omnímodo, la protesta de los sindicalistas y anarco-sindicalistas es de tal naturaleza, que junto con la basura del cuarto menchevique barremos también objetos útiles.

En primer lugar, si los antiguos socialistas, señores Millerand, Briand y los actuales Vandervelde, convirtieron su participación en la lucha parlamentaria en medio de conciliación con la burguesía a fin de lograr engañar al proletariado, esto no significa de ninguna manera que sea imposible aprovechar el parlamentarismo de una manera revolucionaria en provecho del proletariado. En épocas de paz social, cuando aún se está lejos de la lucha en la calle, el aprovechamiento de la tribuna parlamentaria por parte de los verdaderos revolucionarios aporta indiscutible utilidad a la ilustración clasista del proletariado. Basta recordar las intervenciones parlamentarias de Karl Liebknecht o de nuestra fracción en la Duma durante la Conferencia Panrusa del Partido Comunista Ruso; según la brillante expresión de Clara Zetkin, “en la obra de propaganda, el comunista, para hablar a las masas, no debe despreciar ni siquiera la tribuna que pueda ofrecer una boñiga”.

Cierto que el significado de la lucha parlamentaria para el comunista disminuye a medida que se acerca la sublevación armada del proletariado y, en general, este medio desempeña un papel bastante modesto en todo el sistema de la lucha de clases del proletariado. Por esta razón es tanto más importante la organización de un partido político que dirija todas las manifestaciones de lucha del proletariado, que le lleve a la conquista del poder y a la dictadura del proletariado.

Pero aquí nos puede interrumpir el sindicalista y decirnos: *“Ustedes suponen aquello que aún deben demostrar. Es todavía necesario demostrar que el proletariado necesita conquistar el poder en su lucha por la emancipación”*.

En verdad, demostrar la indispensabilidad de la dictadura del proletariado y del partido que lleva a cabo esta dictadura, después de las experiencias de las repúblicas soviéticas rusa y húngara es una tarea bastante aburrida, pero sin embargo nos vemos obligados a hacerlo.

En primer lugar, el partido es necesario al proletariado ya en el período de la lucha por la destrucción del poder burgués. La experiencia de muchas revoluciones ha mostrado que una huelga general no es ni con mucho suficiente para el derrocamiento del régimen existente, aun cuando se tratare solamente de la revolución burguesa. La huelga general puede dar un fuerte golpe a la camarilla gobernante, obligarla a hacer una u otra concesión, pero no está en condiciones de derrumbar todo el régimen de una determinada clase. Basta recordar la huelga general rusa en Octubre de 1905. Para la victoria contra la burguesía es necesaria, por el contrario, la existencia de un partido poderoso que comprenda claramente sus fines, que prepare a sus filas y a las masas para el enfrentamiento definitivo contra el capital, capaz de elegir el momento de dar el golpe decisivo, cuando las masas se han lanzado ya a dirigir sus ataques contra los puntos más sensibles de la maquinaria gubernamental burguesa. La historia no conoce ni un solo caso en que la huelga general haya concluido con el derrocamiento del régimen capitalista, pero conoce en cambio el ejemplo de la revolución de Octubre de 1917 en Rusia, que concluyó con la victoria de la clase obrera; conoce la victoria, aunque incompleta, de los obreros finlandeses y su guardia roja sobre su burguesía;

conoce las repúblicas soviéticas de Baviera, Azerbaiyán, Georgia, donde el dominio de la burguesía cayó, gracias al levantamiento de los obreros bajo la dirección del partido proletario, y a la ayuda del Estado proletario de Rusia a los partidos comunistas de los países vecinos. Los mismos sindicalistas reconocen que, para llevar a cabo cualquier gran movimiento, es necesaria la iniciativa de la llamada minoría consciente para la dirección de la masa. Esta minoría iniciadora, cuya presencia asegura una mayor organización y éxito de todo movimiento de masa del proletariado, constituye de hecho el partido mismo, pero en una situación embrionaria. Si la presencia de esta minoría aumenta las probabilidades de victoria, la transformación de esta minoría en un fuerte y disciplinado partido multiplica sus probabilidades de triunfo.

Sigamos adelante. ¿Debe o no el proletariado tomar el poder o, mejor dicho, crear su aparato de gobierno después de haber destruido el aparato gubernamental burgués?

Antes de la guerra, y hasta los nuevos estallidos de la revolución obrera de la posguerra, los sindicalistas sostenían el ideal utópico de que es suficiente que los obreros derroquen el régimen burgués para emprender la construcción económica pacífica por medio de los sindicatos, sin tener que llegar a la organización del poder proletario.

Estas cándidas esperanzas sobre la posibilidad de un salto de la sociedad burguesa a la sociedad sin clases y sin Estado, con sindicatos libres de productores que administran la economía, resultaron un ideal infantil cuando comenzó a desencadenarse la verdadera revolución mundial del proletariado. Actualmente, todos nosotros sabemos como lo saben también todos los sindicalistas actuales y antiguos, que no sólo no es posible derrumbar el capitalismo por medio de la huelga sino que, una vez

vencido, tampoco es posible mantenerse en las posiciones conquistadas sin crear una fortaleza bajo el aspecto del Estado proletario. Habría sido admirable que la liquidación del capitalismo ocurriera en la práctica con la pasividad y rapidez soñada por los sindicalistas hace diez años. La historia no cumplió estas esperanzas. La razón se puso de parte de los marxistas revolucionarios (es decir comunistas), quienes han demostrado en todo momento, lo inevitable de la existencia de un período bastante prolongado de dictadura del proletariado, con todas las consecuencias que de ella se desprenden. La experiencia ha mostrado que ya al día siguiente del derrocamiento del dominio capitalista, el proletariado se ve obligado a defender sus conquistas mediante una lucha tenaz, crear el ejército rojo, crear todos los aparatos necesarios para proveer a las necesidades de la guerra, crear el aparato para la administración de la economía y para la distribución de productos con el fin de sostenerse a costa del ahorro más riguroso hasta tanto no se restablezca la industria. Después del período de la revolución, en el comienzo mismo de la revolución social, resultó inevitable un período de guerras y consecuentemente, de organización dentro del Estado de las clases que se enfrentaban en estas guerras. El proletariado se ve obligado a salvar su dictadura construyendo su Estado, bajo la amenaza de destrucción por parte del enemigo, que tiene en sus manos el aparato estatal de todos los países de régimen capitalista.

En el II Congreso de la III Internacional realizado en Moscú en el verano del año 1920, se habló mucho de los errores cometidos en aquel tiempo, igual que en la actualidad, por parte de los sindicalistas y anarcosindicalistas. Sobre este punto del orden del día, después de animados debates en los cuales tomaron parte representantes de or-

ganizaciones que defendían el punto de vista sindicalista o próximo a él (el compañero Pestaña de la CNT de España), los representantes de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), etc., el congreso adoptó una resolución especial “sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria”, en la cual, entre otras cosas, se declaraba lo siguiente:

“La Internacional Comunista rechaza en la forma más terminante el concepto según el cual el proletariado puede realizar su revolución sin contar para ello con un partido político independiente. Toda lucha de clases es una lucha política. El fin de esta lucha, que se convierte inevitablemente en guerra civil, consiste en la conquista del poder político. Sin embargo, el poder político no puede ser tomado, organizado y dirigido de otro modo que, por uno u otro partido político; no puede conquistarse más que si el proletariado tiene ante sí, en calidad de dirigente, un partido organizado y probado en la lucha con fines estrictamente determinados y un programa completamente elaborado sobre las acciones inmediatas, tanto en el terreno de la política interior como exterior. La conquista del poder político, de esta manera, no será un episodio casual, sino que servirá de punto de partida para una prolongada construcción comunista del proletariado”.

“La misma lucha de clases exige la unificación en un centro único de la dirección general sobre las variadas formas del movimiento proletario (sindicatos, cooperativas, comités de fábricas y talleres, trabajo cultural educativo, elecciones, etc.). Un centro general que unifique y dirija puede constituirlo solamente el partido político. La negativa a crearlo y afianzarlo, así como la negativa a subordinarse a él, significa el rechazo de la unificación en la dirección de los destacamentos armados del proletariado que actúan en

diferentes terrenos de lucha. Por último, la lucha clasista del proletariado exige una agitación concentrada, que debe aclarar las diferentes etapas de la lucha desde un punto de vista único, concentrando la atención del proletariado en cada momento determinado sobre tareas generales concretas para toda la clase. Esto no puede realizarse sin un aparato político central, es decir fuera de la órbita de un partido político. Por esto la propaganda de los sindicalistas y partidarios de los Obreros Industriales del Mundo contra la indispensabilidad de un partido obrero independiente, objetivamente ayudaba y ayuda solamente a la burguesía y a los “socialdemócratas contrarrevolucionarios”.

“...Los sindicalistas revolucionarios y los industrialistas quieren luchar contra la dictadura de la burguesía y no saben cómo hacerlo. No se dan cuenta de que la clase obrera, sin un partido político independiente, es un cuerpo sin cabeza. El sindicalista revolucionario y el industrialista representan un paso adelante solamente en comparación con la vieja y corrompida ideología contrarrevolucionaria de la II Internacional. Pero en comparación con el marxismo revolucionario, es decir, con el comunismo, el sindicalismo y el industrialismo representan un paso atrás...”.

“...La clase obrera no puede conseguir una victoria completa sobre la burguesía utilizando únicamente la huelga general y la táctica de “brazos caídos”. El proletariado debe emplear para ello la insurrección armada. Quien haya comprendido esto debe comprender también que de ello se desprende inevitablemente la indispensabilidad de la existencia de un partido político organizado, y que los sindicatos obreros amorfos no bastan para este fin”.

Los representantes de las organizaciones sindicalistas obreras que participaban en el congreso y que tuvieron un conocimiento más profundo de lo que es en la práctica en

Rusia la dictadura del proletariado y el Estado proletario, cuál es el papel del Partido Comunista en este período y cuáles fueron su papel y sus servicios durante la insurrección victoriosa de octubre, se fueron del Congreso una vez terminado, o bien comunistas convencidos o, en todo caso, habiendo dado un paso muy grande del sindicalismo hacia el comunismo.

En lo que respecta a las masas obreras unificadas por los sindicatos revolucionarios, que hasta entonces iban detrás de los comunistas, desde el momento de la victoria del poder proletario en Rusia bajo la influencia de su ejemplo por una parte y, por otra debido a la aproximación del momento del combate abierto contra el régimen capitalista en sus países, se convencían cada vez más sobre la base de las sangrientas enseñanzas de su fracaso, de la necesidad de un partido comunista poderoso para la victoria del proletariado, e ingresaban en grandes grupos en los partidos comunistas donde éstos se constituyeron.

Si los sindicalistas de las organizaciones obreras están más cerca de los comunistas que los anarcosindicalistas, también entre los sindicalistas y los comunistas existen organizaciones intermedias. Tal es por ejemplo el Partido Comunista Obrero de Alemania, que se diferencia del Partido Comunista Alemán no sólo por una serie de desviaciones imperdonables hacia el sindicalismo, sino también por un concepto incierto sobre el papel del partido en general y sobre sus relaciones con el proletariado y otras organizaciones. El error del Partido Comunista Obrero consiste en que subestima el papel del partido a causa de su sobreestimación de la espontaneidad proletaria. Es esta una desviación indiscutible en dirección al sindicalismo, que niega en general, la necesidad de un partido político del proletariado seriamente organizado y disciplinado.

La clase obrera no es homogénea en su composición. Posee capas de vanguardia más consciente y capas más atrasadas, ligadas frecuentemente con el campo y que no han abandonado por completo las costumbres y psicología pequeñoburguesas. La parte avanzada del proletariado que comprende los intereses de su clase en general y su futuro, no siempre marcha alineada junto con la parte atrasada del proletariado, y a veces hasta se separa de ella. Si los comunistas hicieran siempre aquello que en determinado momento considera justo la masa del proletariado, se hubieran visto obligados en el año 1914 a sostener la guerra imperialista; en la primavera del año 1917 a apoyar a Kerenski en Rusia, a apoyar la política de Gompers, Henderson y otros dirigentes socialpatriotas sindicales en Inglaterra y América. El partido comunista debe elevar hasta su propio nivel a toda la masa del proletariado y no descender al nivel de las capas rezagadas del proletariado, no titubear cuando éstas titubean, no adaptarse a los estados de ánimo de las mismas. Durante el transcurso de la revolución rusa, el partido de los comunistas no hubiera podido cumplir con su deber si en los momentos difíciles de la consecución de la tarea del proletariado, cuando las masas sin partido titubeaban o llegaban a la desesperación a causa de los fracasos o de las dificultades de la lucha, hubiera ido a retaguardia en lugar de encontrarse firmemente en su puesto defendiendo el día de mañana de la clase proletaria y de toda la humanidad trabajadora.

Es también completamente equivocado contraponer la dictadura del proletariado a la dictadura del partido, lo que a su vez está relacionado con un concepto equivocado sobre las relaciones que existen entre la clase y su partido. Sobre esta cuestión el segundo Congreso de la Internacional Comunista también ha manifestado su posición. En

la resolución sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria se puede leer lo siguiente:

“...El concepto partido se debe diferenciar del concepto clase. Determinadas premisas históricas hacen posibles numerosas capas reaccionarias dentro de la clase obrera. La tarea de los comunistas no consiste en adaptarse a estas partes atrasadas de la clase obrera, sino en elevar a toda la clase obrera hasta el nivel de su vanguardia comunista. Confundir estos dos conceptos: partido y clase, puede acarrear los más grandes errores y desorientación. Así, por ejemplo, es claro que a pesar del estado de ánimo o de los prejuicios de una parte determinada de las masas obreras durante la guerra imperialista, el Partido Obrero debió manifestarse contra estos estados de ánimo o prejuicios, defendiendo los intereses históricos del proletariado, intereses que exigían de parte del partido proletario la declaración de ‘guerra a la guerra’”.

Los anarquistas y los mencheviques gritan con especial insistencia sobre la conquista del poder por los comunistas, sobre el reemplazo de la dictadura de las masas por la dictadura del partido, precisamente en los momentos en que las capas menos conscientes del proletariado están más atrasadas respecto al partido de su clase, cuando las masas menos estoicas se manifiestan más valientes en los momentos críticos. Si aquí existe contradicción entre el partido y las capas atrasadas del proletariado, esta contradicción es la misma que existe entre las partes valientes del ejército que mantienen las posiciones conquistadas pese a cualquier dificultad, y los combatientes de base capaces de retroceder en el momento crítico.

Esta sobreestimación del papel de la masa obrera sin partido y la subestimación del significado y del papel del partido, en forma de matices y de desviaciones determinadas, se

observa también en el interior de los partidos comunistas, especialmente en períodos de crisis políticas y de fracasos en la lucha de clases. Dejarse impresionar demasiado por el estado de ánimo de las capas atrasadas del proletariado en estos momentos es excesivamente dañino porque constituye al mismo tiempo la expresión de la disminución de la fe en el partido, en sus fuerzas, en la rectitud del camino señalado. Estas desviaciones hacia la espontaneidad pueden ser tan fuertes que empujen a unidades aisladas a separarse del partido. Durante el período de la dictadura del proletariado en Rusia, después de la primavera del año 1918, ocurrió algo de esto. En la primavera de 1921, como resultado del cansancio de capas aisladas del proletariado tras cuatro años de bloqueo capitalista, hambre y de ausencia de la esperada ayuda del proletariado europeo, se produce un fortalecimiento de los estados de ánimo monárquicos. Esto sucede en la patria de la dictadura del proletariado y del partido comunista de clase, precisamente cuando, a escala internacional entre el proletariado de todos los países se daba justamente el proceso contrario.

En los procesos que se realizan a gran escala, en los que participan decenas de millones de personas y que tienen un significado histórico mundial, ocurren esos fenómenos, del mismo modo que existen corrientes contrarias en forma de pequeños arroyos en un enorme río que lleva todas sus aguas hacia el mar.

El hecho de que la resolución del segundo congreso del Comintern hubiera sido adoptada por unanimidad de todos sus participantes a pesar de la presencia en el congreso de un número considerable de sindicalistas y delegados cercanos a ellos por su estado de ánimo, muestra en qué dirección avanza la masa de obreros sindicalistas y anarcosindicalistas de Europa y América. Si el anarquismo⁸ ruso, que

se había vinculado mayoritariamente con el movimiento de clase de los kulaks contra la dictadura del proletariado, degenera de una forma determinada en la persona de los partidarios de Majno, es un factor contrarrevolucionario; en cambio en Occidente, el sindicalismo y el anarcosindicalismo ligados al movimiento proletario se emancipan de las ilusiones sobre la revolución social sin insurrección armada y conquista del poder por el proletariado, vencen el temor anarquista respecto a la férrea disciplina del partido y del Estado proletario y marchan decididamente al encuentro del partido y de la táctica comunista.

De esta manera, todo lo que hay de proletario en el sindicalismo y en el anarcosindicalismo, durante el período de la gran diferenciación en todo el mundo, antes del combate, se coloca de parte de la dictadura del proletariado y del comunismo; todo lo que hay de pequeñoburgués en el anarquismo se reúne en el otro extremo, a fin de jugar el papel de una cortina izquierdista para el viejo mundo en vísperas de su destrucción, o bien para intervenir después de ella como retaguardia pequeñoburguesa que lucha contra la dictadura proletaria⁹, como ocurre en la Rusia Soviética.

8. Tengo que hacer la aclaración de que esta característica no tiene relación con aquellos anarquistas que rechazan la lucha armada contra el poder soviético, que poseen suficiente tacto para no lanzarse rabiosamente contra él en los momentos más difíciles de su lucha contra el mundo capitalista y la contrarrevolución de los *kulaks*, y que, como el grupo de Gordin, por ejemplo, reconocen la necesidad histórica del período de la dictadura del proletariado y del Estado proletario, con todas las consecuencias que de esto se desprenden para el anarquismo (Nota del Autor).

9. Los anarquistas que actuaban contra la dictadura del proletariado con las armas en la mano se consideraban, sin embargo, más “izquierdistas” que los comunistas y más peligrosos que éstos para el capital. Como es sabido, la historia se forma con las acciones de las personas y las clases y no por aquello que “piensan” en la acción. Milyukov, que aplaudía la sublevación de Kronstadt, no se oponía a que los anarquistas que realizan la sublevación contra el gobierno soviético se consideren más izquierdistas que los comunistas (Nota del Autor).

El Anarquismo Ruso en el Año 1921

Al igual que en 1918, a comienzos de la primavera de 1921, los comunistas tuvimos que trabajar mucho entre los anarquistas y llevar a cabo una lucha reforzada contra ellos con motivo de la ola de agitación anarquista en el país.

Veamos detalladamente, cómo se explica el refuerzo de la agitación anarquista y socialrevolucionaria pequeño-burguesa en la primavera de 1921, qué consignas lanzaban los anarquistas y quiénes eran sus aliados temporales en este período y, por último, a dónde podía llevar al país y a la revolución la victoria de la contrarrevolución socialrevolucionaria-anarquista.

Ante todo, salta claramente a la vista la semejanza indiscutible, en ciertos momentos, entre la posición de la república en el año 1918 y la situación de la misma en el año 1921.

Tres años atrás, como ya hemos indicado más arriba, la República atravesaba un período de doble crisis; a consecuencia, por una parte, de la ofensiva de la contrarrevolución internacional e interior que obligaba a movilizar las fuerzas para la defensa, y por otra parte, a consecuencia de la crisis interior de abastecimientos y crisis industrial que provocaban un sordo descontento en las masas y su resistencia a la disciplina, así como a las limitaciones del Estado proletario. La agitación anarquista encontraba apoyo no solamente entre los bandidos, sino también entre los campesinos y entre la parte atrasada del proletariado. En la primavera del

año 1921 la situación exterior de la República era más favorable que nunca, pero en cambio, la crisis interna era más seria que durante el año 1918. Igual que tres años atrás, la desmovilización en el ejército libera decenas de miles de personas que habían sido apartadas del trabajo productivo. El empobrecimiento de la economía campesina y cosaca, especialmente en las regiones donde había tenido lugar la guerra civil o donde se repetía la mala cosecha, hace para muchos desmovilizados imposible o muy difícil la vuelta inmediata al trabajo pacífico. Tres años de guerras ligados con la separación del trabajo, crean también una particular psicología y una inclinación a vivir de la profesión militar. De aquí el desarrollo del bandolerismo y las ideas anarquistas, así como su éxito entre estos elementos. Entre el campesinado el descontento existía, principalmente, a causa del impuesto en especie, el cual durante el año 1920 era especialmente pesado para la aldea. El campesinado no era contrario al Estado que le había dado la tierra y que la había defendido con la ayuda del Ejército Rojo contra los terratenientes y capitalistas. Pero estaba contra el Estado que llevaba a la práctica el sistema de impuestos en especie, no dejándole aún al campesinado los productos necesarios. Esto explica la simpatía de determinadas capas de campesinos respecto al movimiento anarcosocialrevolucionario en el Volga y en el Sureste, es decir, en las regiones del trigo que eran las que más contribuían al Estado y las que menos recibían en relación con lo que entregaban. Con el paso del impuesto en especie al impuesto natural, se destruye la causa principal de descontento del campesinado en las provincias productivas. Esto trae consigo el cambio del estado de ánimo en la aldea y la desconfianza del campesinado hacia el anarquismo cuya incapacidad para la edificación económica se hizo demasiado clara para cualquier trabajador.

En lo que respecta a los obreros, el descontento hacia el gobierno soviético de la parte atrasada del proletariado en la primavera del año 1921, parece completamente incomprendible a primera vista. Si el gobierno soviético exigía en el año 1920 grandes sacrificios a los campesinos, era no sólo para el Ejército Rojo, sino también para el restablecimiento de la industria. La causa del descontento de los obreros no puede ser la misma que la del descontento de los campesinos, por cuanto el aumento del impuesto en especies sobre el campesino supone un aumento del abastecimiento para los obreros. Sin embargo, estábamos en presencia del descontento obrero y, dicho sea de paso, este descontento era por el mismo impuesto en especie y por la falta de libertad de comercio. Esto demuestra que la parte atrasada de los obreros se encontraba bajo la influencia del estado de ánimo campesino y comenzaba a defender, no sus intereses obreros, sino los intereses campesinos. Todo esto no duró mucho tiempo.

Y desapareció a la primera amenaza efectiva contra los intereses del proletariado. Pero mientras tanto, tal estado de ánimo es un hecho aprovechado tenazmente por los anarquistas y guardias blancos para sus fines.

La segunda causa del descontento de los obreros es el agotamiento general y el cansancio como resultado de siete años de guerra, de hambre y de enorme necesidad. Cuando el gobierno soviético, a pesar del año de mala cosecha y gracias al éxito del trabajo del Comisariado Popular del Abastecimiento logró mejorar considerablemente el aprovisionamiento de los obreros en comparación con el año 1919, este descontento ya no se manifestaba. Pero en seguida que pasa la primavera, cuando con motivo de la destrucción de los medios de transporte y la falta de combustibles, y a consecuencia de las sublevaciones de

los kulaks en Siberia, se hizo necesario reducir la ración, el descontento se manifestó de una forma muy evidente. Este descontento debía ser temporal, como son temporales también las irregularidades en el transporte de abastecimientos y la reducción de la ración hasta una nueva cosecha. Pero el descontento general de la clase obrera, debido a la lentitud de los éxitos de la edificación económica sobre nuevas bases, debe existir durante un período bastante prolongado, y los anarquistas podrían tener después del año 1921 buen terreno para el desarrollo experimental de su demagogia.

El restablecimiento de nuestra industria comienza, naturalmente, no con el aumento en la producción de materias de consumo, sino con el aumento de las reservas de materia prima y combustible, con la reparación de los medios de transporte, el restablecimiento de los medios de producción, y sólo después se extiende a los productos de consumo. Durante este primer período de florecimiento económico, los esfuerzos de todos los trabajadores en general como clase, no dan todavía mejoras visibles en el consumo, y aun desde el punto de vista de la “economía política” del pequeño burgués, los gastos del trabajo parece que no dan frutos. Del mismo modo, un enorme edificio, cuando se está construyendo, si aún no tiene construidas las paredes y el techo, no puede dar cobijo contra los elementos a sus constructores en la misma proporción en que lo daba la pequeña casucha a la cual este nuevo edificio debe reemplazar. Este período de acumulación socialista inicial, de creación de las condiciones preliminares para toda producción, puede ser reducido; pero la Rusia empobrecida que heredó del capitalismo un inventario muy pobre, solamente gracias al comercio con el extranjero y a la utilización de la técnica extranjera y del capital en forma de concesiones (en caso de

retrasarse la revolución en Occidente) podría avanzar. Este período hubiera sido recorrido más rápidamente por el país si en Occidente hubiera triunfado la revolución proletaria y si la técnica de Occidente hubiera sido aplicada en enorme proporción a nuestras materias primas. Pero Rusia se ve obligada mientras tanto a salir de esta miseria profunda en que se encontraba, con sus propias fuerzas. Este camino pesado no todos están en condiciones de soportarlo, y no todos poseen suficiente paciencia y energía para no caer en la desesperación debido a la lentitud de los resultados. El obrero cansado, que esperaba, una vez finalizada la guerra civil, un mejoramiento rápido de su situación, y que únicamente había obtenido una pequeña mejora, recibe de los anarquistas consignas prometedoras de peras caídas del olmo. Por esto, no es extraño que se encuentren elementos que aplauden a los anarquistas, aunque estos aplausos son, desde el punto de vista de la situación de la lucha de clases, sólo un grito de desesperación y un lamento de cansancio.

Por último, las masas obreras sufren indiscutiblemente la acción del burocratismo del aparato soviético, de su inmovilidad para la satisfacción de las necesidades cotidianas del obrero, así como los débiles resultados en la lucha contra estas deficiencias. Y en estos momentos es cuando el anarquista se acerca a todos los descontentos con las consignas: “Abajo el Estado”. “Abajo el Gobierno Soviético”. “Vivan los sóviets libres e independientes”. La simpatía hacia los anarquistas en este punto también existe. Los descontentos por el burocratismo aprueban estas consignas, aunque la aplastante mayoría de los mismos no están contra el Gobierno Soviético y el Estado, sino contra los males burocráticos en este Estado obrero soviético.

Veamos ahora cuáles eran las consignas de los anarquistas en la primavera del año 1921. Estas consignas en el

terreno de la política eran las siguientes: “Abajo los comunistas”, “Abajo el Estado soviético centralizado”, “Vivan los sóviets libres”. En el terreno económico, los anarquistas exigían la destrucción de la administración centralizada de la industria y, o bien la transferencia de esa administración a los sindicatos, o bien la entrega de cada fábrica a los obreros que en ella trabajen (fábricas comunas). En el terreno de la distribución estaban contra el monopolio del pan y de las materias primas, contra el impuesto en especie y por el libre cambio entre los obreros y campesinos de los productos de su trabajo.

Veamos ahora qué hubiera significado en la práctica la realización de estas consignas en Rusia, con la correlación de fuerzas existente entre las clases dentro del país, y con el persistente bloqueo de los países capitalistas.

Comencemos por los sóviets libres y por la expulsión de los comunistas. Supongamos que la lucha ha comenzado. Durante todo el período de lucha el país se hubiera encontrado en una desesperante situación de guerra civil. El ejemplo de la sublevación de Kronstadt muestra que la lucha hubiera sido tenaz y sangrienta. El primer resultado, sobre el cual nadie puede tener dudas, hubiera sido indiscutiblemente, la suspensión de toda la vida industrial del país, la paralización del transporte y una interrupción en el abastecimiento de la clase obrera con productos de las provincias trigueras de Rusia. Esto en primer lugar.

Supongamos luego que la consigna de los sóviets libres se hubiera realizado, el actual gobierno soviético hubiera sido destruido y los comunistas aniquilados. Ante todo, esto hubiera significado que en la lucha habría caído la vanguardia más consciente y unida de la clase obrera, es decir, supondría la destrucción de la fuerza más importante en la lucha contra el capital. Las fuerzas de los

vencedores hubieran estado formadas por el bloque de anarco-socialrevolucionarios y de cadetes. Es sabido que Milyukov era partidario de Kronstadt y de los sóviets libres durante el primer período de la lucha, porque la burguesía quería ante todo derrotar a los bolcheviques, es decir, la dictadura del proletariado. ¿Qué ocurriría luego?

Si los sóviets libres fueran anarquistas y si hubieran estado seriamente en contra del retorno del capitalismo al poder, estos sóviets sufrirían inmediatamente la ofensiva tanto del capital extranjero como de los guardias blancos en el interior. A fin de repeler con más éxito la ofensiva, los sóviets se verían obligados a unirse, a tener un centro único, fuerzas militares comunes, finanzas comunes, es decir, se verían en la necesidad de regresar a la misma situación que existía en el período de los bolcheviques, situación no creada caprichosamente por ellos, sino porque el proletariado en su lucha contra la burguesía multiplica sus fuerzas cuando se organiza como clase en Estado. ¿Para qué entonces poner el grito en el cielo? ¿Con qué objeto proclamar sóviets libres en lugar de sóviets centralizados? Sin embargo, aun si los sóviets libres hubieran comenzado a unirse, como la vanguardia del proletariado habría abandonado la lucha y toda su organización estaría destruida, la victoria de la contrarrevolución de cadetes y socialrevolucionarios hubiera sido inevitable.

La victoria de la contrarrevolución hubiera sido aún más fácil en el caso de que los “sóviets libres” hubieran comenzado a luchar aisladamente de forma dispersa, temiéndose organizarse en un Estado soviético. Hubieran sido aplastados por los guardias blancos, uno a uno, en el plazo más breve.

De este modo, si el ideal de los anarquistas se hubiera realizado y los comunistas hubieran sido aniquilados, al

siguiente día estallaría la lucha entre anarquistas, cadetes y socialrevolucionarios, y estos últimos, con el apoyo del capital internacional, hubieran aniquilado en poco tiempo a sus compañeros del bloque antibolchevique, y en el poder hubieran resultado algo por el estilo de una Asamblea Constituyente. Y es que después de destruir a los comunistas y de acabar con los elementos pequeño-burgueses rebeldes dirigidos por los anarquistas, hubiera comenzado la lucha entre social-revolucionarios y cadetes. En esta lucha, o los social-revolucionarios y conciliadores en general se hubieran entregado a los cadetes sin luchar, o hubieran sido derrotados por los guardias blancos, como ocurrió cuando Kolchak, o en Hungría después de la caída del poder soviético; porque el bloque burgués-terrateniente de Milyukov hubiera recibido más rápidamente el apoyo del capital extranjero que Víctor Chernov y compañía. Pero como la burguesía rusa estaba entonces económicamente agotada y debía ser sostenida por los capitalistas extranjeros a fin de subir al poder y emprender el restablecimiento de la economía burguesa, el fin de todo movimiento iniciado con los “sóviets libres” hubiera sido el mismo. Rusia se hubiera convertido en colonia del capital internacional.

Si examinamos la situación de la lucha actual del trabajo y el capital en todo el mundo en su conjunto, y precisamos la actual ofensiva de la contrarrevolución pequeño-burguesa contra el poder soviético dejando a un lado los pequeños detalles, la conclusión es sólo una: amparado tras las consignas izquierdistas de los anarquistas, avanza el capital internacional. El capital no envía, desde el principio, al general blanco que implica el desenmascaramiento del juego imperialista, quieren tenerle seguro, para el fin. Y precisamente por esto los capitalistas y sus

sabios dirigentes, como Milyukov, aplauden rabiosamente a los anarquistas que actúan contra el proceder soviético, viendo en ellos su infantería, que toma sobre sí el comienzo del combate. Los anarquistas, al confundir a las masas, se confunden, en buena proporción, a sí mismos, y no comprenden el significado de los acontecimientos en los cuales intervienen. Pero las fuerzas principales entre las que se realiza la lucha, es decir, por una parte la burguesía encabezada por el cadete Milyukov, y por otra parte el proletariado consciente encabezado por el Partido Comunista, entienden perfectamente entre quiénes está empeñada la lucha y qué es lo que se halla colocado sobre el tapete. El pequeño burgués se apasiona por lo externo, le confunden las palabras, el pequeño burgués revolucionario, el pequeño burgués anarquista del campo, concede demasiada importancia a aquello que él desea, a aquello que se ha colocado como finalidad a su creencia. Pero el verdadero político, el verdadero guía de su clase da menos crédito a las palabras que a cualquier otra cosa. El resultado objetivo de la lucha está determinado, no por la combinación de las palabras que se pronuncian al iniciarse el combate, sino por la combinación de las fuerzas de las clases combatientes, por la correlación de estas fuerzas y por el resultado al terminar la lucha, cuando las falanges de vanguardia han caído en el campo de batalla. El cadete Milyukov aplaude la sublevación de Kronstadt y simultáneamente, dice a los guardias blancos: “Esperad ahí, deteneos un momento”. ¿Por qué? Porque comprende de una forma clara los intereses de su clase. Primero es necesario lanzar contra los bolcheviques las fuerzas que están más próximas al gobierno soviético que a la dictadura de la burguesía. Esta lucha intestina al comienzo del combate en el campo contrario a la burguesía, afianza sus proba-

bilidades para la conquista final. Milyukov sabe que el marinero del Kronstadt que junto con los obreros de Petrogrado expulsó a Kerenski y al mismo Milyukov y disolvió la Asamblea Constituyente, no constituirá un sostén para el poder de Milyukov en caso de que suene la hora de su victoria. Pero si este marinero entabla la lucha contra los bolcheviques, serán menos los que quedarán para el momento de la victoria de Milyukov, y más bolcheviques habrán quedado en el campo de batalla. Cierto que estos marineros y los anarquistas que les dirigen actúan bajo la consigna de “sóviets libres”. Milyukov no siente mucha inclinación por los sóviets en general, y especialmente por los “sóviets libres”, pero sin embargo, los aplaude. Lo hace porque no teme las palabras que espantan a los burgueses cobardes. Aplauda no las palabras sobre los “sóviets libres”, sino el fondo de la cuestión relacionada con ellos; aplauda al poder del capital por cuya suerte se preocupan (aunque piensen lo contrario) los anarquistas más “izquierdistas” que los mismos bolcheviques.

Los comunistas comprenden también quién es el que dirige el ataque tras las consignas anarquistas. Y de la misma manera que Milyukov no cree en el revolucionarismo de los “sóviets libres”, ningún comunista cree tampoco en ello. Cuando más rabiosamente aplauden a los agitadores anarquistas los señores Milyukov, con más firmeza, decisión llevará contra ellos una lucha sin cuartel el partido comunista, aclarando de todas formas a las masas trabajadoras que la contrarrevolución anarquista pequeño-burguesa constituye solamente la avanzadilla de la cruzada burguesa-latifundista contra la Rusia soviética.

Tales hubieran sido las inevitables consecuencias de la victoria de la contrarrevolución anarquista en el terreno político. Veamos ahora qué consecuencias hubiera tenido

en la Rusia soviética la realización de su programa económico; si es posible, en general, referirse a cualquier programa anarquista.

Supongamos que se hayan constituido los “sóviets libres” y que las fábricas se hayan transformado también en comunas libres, y que el mismo día surge en cada fábrica la cuestión: ¿dónde conseguir combustible y materia prima para la misma? Para esto es necesaria una organización pan-rusa de abastecimiento de combustible, porque por ejemplo, la fábrica de Sormov, no puede simultáneamente construir locomotoras, cortar y transportar leña, obtener depósitos de petróleo en Bakú, transportarlo por el Volga y poseer sus propias minas en la cuenca del Donetz. También en los campos madereros se necesita un plan para todo el invierno y reservas de abastecimientos para hombres y animales, y debido a la insuficiencia de los fondos naturales, para conseguir de los campesinos la obligación de contribuir en el transporte sería necesario utilizar la imposición. Por último, para la distribución del combustible se requiere también un plan determinado para todo el país, a fin de que el combustible y la materia prima no sean aprovechados enteramente por las fábricas y talleres colindantes. En una palabra, las fábricas-comunas se hubieran visto obligadas a crear inmediatamente una administración panrusa de la industria según un plan determinado, es decir, a restablecer los sóviets de la economía popular, o bien dejar que la industria se derrumbara paulatinamente hasta el agotamiento de todo el combustible y la elaboración de toda la materia prima, es decir, hasta que se produjera el derrumbamiento de toda la industria del país. Ciertamente que parte de los anarquistas (los anarcosindicalistas) no son contrarios a la organización de la industria, sino partidarios de que cada rama aislada sea

dirigida por el sindicato correspondiente y cada fábrica por los comités obreros que forman parte del sindicato.

Pero es completamente evidente que, además de las cuestiones vinculadas con las diferentes ramas de la industria, hay cuestiones relacionadas con toda la industria en general. Tomemos, por ejemplo, el problema del combustible y de la materia prima, el del transporte, etc. De esta manera los sindicatos, para la administración general de la economía, se hubieran visto en la necesidad de organizar el mismo sóviet supremo de la economía popular. En segundo lugar, para la organización de las ramas aisladas de la industria se precisa también la centralización dentro del sindicato. Unas empresas deben ser ampliadas, otras reducidas, otras clausuradas. Pero esto significa que los "sóviets libres" ya no serán libres en la rama más importante de su actividad, y que las fábricas-comunas no serán libres. Pero si, al contrario, los obreros de cada fábrica obtuvieran el derecho de dirigir la producción desde el punto de vista de los intereses de dicha empresa y no de los intereses generales, cada empresa haría aquello que considerase necesario, aunque estuviese dirigido contra el plan general del país. Habrá desaparecido entonces la economía única y todos los beneficios que la economía colectiva posee en relación con la capitalista. Y no solamente decimos que en la Rusia actual esto significa el derrumbamiento de la industria y su dispersión en pedazos aislados, así como su rápido descenso, cosa que naturalmente, no desea ningún obrero, ni siquiera aquellos grupos que por insuficiente conciencia y comprensión de los intereses de toda la clase simpatizan con los anarquistas, sino que el sistema de distribución proclamado por los anarquistas hubiera podido producir aun mayores males. Ellos hablan del intercambio libre de mercaderías entre los obreros y

los campesinos. Veamos qué hubiera significado esto dentro de la Rusia actual.

Tomemos el caso de los obreros de una fábrica de manufacturas. Éstos serán felices por cuanto poseen objetos intercambiables. Sus mercancías son muy necesarias en la aldea, pueden ser cambiadas por toda clase de productos. ¿Pero qué les darán por sus locomotoras a los obreros de una fábrica de tracción ¿Cómo se las arreglarán los obreros de las empresas de construcción de vías férreas? ¿Qué cambiarán los obreros de las estaciones eléctricas, los obreros de canalización, reparaciones, etc.? Sin embargo, todos estos obreros no solamente están necesitados de pan que tienen que recibir como cambio, sino también de la manufactura que va destinada al campo. Tienen absoluto derecho a recibir todo esto, por cuanto la manufactura no es de ninguna manera producto que pertenezca solamente a los tejedores. Hay en ella parte del trabajo de los obreros de las fábricas de preparación del algodón, de los productores del algodón, de los ferroviarios que transportan el algodón desde el Turkeistán, de los obreros de los bosques que proporcionan leña a las fábricas y ferrocarriles, de los obreros del petróleo de la cuenca del Don, y de todas las producciones que sirven al transporte, de todas las producciones que sirven a las empresas que trabajan para el transporte. Echando una mirada de conjunto sobre toda la industria, nos convencemos de que cada pulgada de tela es el producto de todo el proletariado ocupado en toda la industria. Lo mismo ocurre con los arados, clavos, locomotoras, con el agua que circula por las cañerías de una gran ciudad, con la energía eléctrica. Y de aquí la conclusión siguiente: el derecho a cambiar los productos de la industria lo tiene, no el grupo de obreros que elabora en último término estos productos, sino

toda la clase obrera en general, porque en cada producto hay una parte del trabajo de los trabajadores del país. De esta manera no son los obreros de las fábricas textiles los que deben cambiar la tela como propiedad suya, sino toda la clase obrera. La clase obrera debe distribuir dentro de sí misma lo que considere necesario, entregando el resto para el intercambio, a fin de que también los productos recibidos como resultado del cambio en la aldea sean distribuidos entre toda la clase obrera. No puede ser de otro modo desde el punto de vista proletario. Pero esto significa crear un organismo de distribución de los productos industriales y agrícolas del país, es decir, crear aquello que existe actualmente. En el horizonte aparece de nuevo el odiado Comisariado de Abastecimiento Popular como antes aparecía inevitablemente el Sóviet Supremo de la Economía Nacional. De esta manera las charlatanerías de los anarquistas sobre los “sóviets libres” y el “cambio libre” de las mercancías resulta un absurdo. Las palabras parece que prometieran algo y que tuvieran una enorme significación en comparación con el orden actual, pero en la práctica significa, en el mejor de los casos, la vuelta a aquello que existe actualmente.

En el peor de los casos el programa anarquista puede significar lo siguiente: el cambio libre lo emprenderían aquellos que tienen algo que cambiar. Los productores de tela recibirían durante el primer tiempo todos los beneficios de la situación, pero muy pronto, concluiría su florecimiento. Nadie estaría de acuerdo en preparar para ellos el combustible, transportarles el algodón, trabajar para ellos, etc., y la industria textil tendría que detenerse. El cambio libre simplemente resultaría la explotación por una parte de los obreros de toda la propiedad general del proletariado. Este cambio libre tiene sentido sola-

mente con respecto a los artesanos, pero con respecto a los obreros de las empresas más grandes e importantes, el transporte y la gran industria, suena como una burla. Aquí también los anarquistas juegan con los instintos propietarios de los grupos aislados de trabajadores y dan una fórmula económica para el cambio de mercaderías, no del proletariado, sino del pequeño propietario, lo que responde completamente a la naturaleza de los anarquistas en general.

Pero el libre cambio como la existencia de los “sóviets libres” significa también lo siguiente: en primer lugar los “sóviets libres” de campesinos en las regiones donde existen depósitos de trigo no permitirían llevar dicho trigo a la ciudad. Esto traería como resultado que, mientras los anarquistas no demuestren su talento en el terreno de la acumulación de productos, todo lo que hubiere sido preparado y acumulado para los obreros por el gobierno soviético quedaría en la aldea, y el proletariado tendría que morir de hambre.

En segundo lugar, actualmente el gobierno soviético, haciendo una concesión a los campesinos, introdujo un impuesto natural en lugar del impuesto en especies. Los dadivosos anarquistas declaran que este impuesto es innecesario e injusto. ¿Qué promete esta justicia de los generosos anarquistas al proletariado? Se desprende del cálculo más sencillo. En la actualidad nuestra industria elabora por término medio del 15 al 20 por 100 de lo que se elaboraba antes de la guerra. Por ejemplo, la industria textil elabora en cantidad tan pequeña, que aun con la previsión más ajustada, no alcanza para la clase obrera misma (en 1921 se calculaba una producción de 600 millones de varas, aunque es dudoso que se elaboraran más de 350 millones). Satisfaciendo a los obreros según una

norma mínima, a sus familias, a los hospitales, escuelas, etc., quedarían para el cambio de mercaderías menos de 100 millones de varas. De todos los demás productos de la industria para el cambio con la aldea, puede emplearse una parte no muy crecida, con la cual es posible cambiar la cantidad de productos necesarios para la alimentación de la población obrera durante dos o tres meses al año.

¿De dónde, entonces, tomar los productos restantes? El gobierno soviético decreta un impuesto natural que debe en un primer momento, proporcionar la masa principal de productos de abastecimiento para los obreros. Aquello que se obtenga por medio del impuesto natural, agregado a lo que se reciba por medio del intercambio de productos, es lo que dará el fondo suficiente para la alimentación del proletariado. El impuesto natural constituye así, un impuesto proporcionado a la industria, a la agricultura, al obrero, al campesino, a la ciudad, al campo, al socialismo, a la pequeña producción, mientras no se haya organizado la gran producción. Esta producción, todavía no organizada, da durante el primer tiempo un rendimiento menor que los gastos, y solamente colocándose sobre bases firmes comienza a dar beneficios y a devolver al campesino su préstamo. Sin dicho empréstito no es posible restablecer la industria, ni tampoco salvar a los obreros de la ciudad de una muerte segura por hambre.

Al manifestarse los anarquistas contra el impuesto natural, preparan la muerte por hambre del proletariado y la paralización de toda nuestra industria. Pero también el mismo campesino, al que al principio le parecería muy beneficiosa la revocación del impuesto natural, vería más tarde que este beneficio le cuesta muy caro. Si la industria se derrumba no puede dejar también de derrumbarse la agricultura, incluso la pequeña economía campesina.

Ésta está ligada estrechamente con la suerte de la gran industria. Todas las esperanzas para levantar la economía campesina están vinculadas a la mejora de las máquinas agrícolas, al aprovechamiento de tractores, al aprovechamiento de abono artificial. Por esto la política que perjudique a la industria perjudica también a la agricultura.

De esta manera llegamos a la conclusión, completamente evidente para cualquier obrero, de que las actuaciones de las anarquistas bajo las consignas de los “sóviets libres” y el “intercambio libre” de mercancías significan, por una parte, una invitación al poder al señor Milyukov y, por otra parte, preparar la destrucción de la industria y la muerte por hambre de la clase obrera. Es cierto que ellos mismos no desean esto. ¿Pero acaso esto nos tranquiliza? Tampoco Chernov quería el poder de Kolchak cuando convocaba la asamblea constituyente en la ciudad de Samara.

Para finalizar, necesitamos decir varias palabras sobre los furiosos ataques de los anarquistas a nuestro aparato estatal y, en especial, sobre sus intervenciones demagógicas con motivo de las deficiencias del aparato soviético.

Los anarquistas atacan al poder soviético fundándose en sus deficiencias, no con el objeto de acabar con ellas, sino para eliminarlo. Invitan a los obreros a actuar de forma parecida a aquel inteligente propietario que para destruir las cucarachas en su casa, le pegó fuego por los cuatro costados. Y precisamente porque las deficiencias del poder soviético no importan un comino a los anarquistas, provocan en ellos un sentimiento de júbilo maligno y las aprovechan para la agitación contra todo el edificio soviético. En este punto deben recibir la repulsa más decidida de todos los proletarios. La lucha de los partidarios honrados del poder soviético contra los defectos de este poder, y contra el despilfarro de energías, se diferencian radical-

mente de la actuación de los demagogos anarquistas, porque los primeros tienden, por medio de la supresión de estas deficiencias, a afianzar el poder soviético.

Desde el mismo punto de vista es necesario considerar también la lucha contra la desigualdad en la distribución que temporalmente se ve obligado a sufrir el poder soviético. Al minero del Donetz le proporcionamos más que a los obreros de otras ramas de la industria porque la arroba de pan sobrante entregada a los mineros en el período de la edificación de la economía, cuando del carbón de piedra dependen todos nuestros éxitos, dará mayor resultado que cinco arrobas entregadas a otras ramas de la industria.

No es la igualdad en la distribución lo que nos conviene económicamente. Somos demasiado pobres para permitirnos el lujo de la igualdad. Es esto lo que ocurre con la desigualdad de la distribución. En todas partes esta desigualdad económica es indispensable y provocada por las exigencias de la reconstrucción. Todas estas razones fundamentales, que pueden ser confirmadas por las cifras, no detienen a los anarquistas, ciegos partidarios de la igualdad, en sus intentos para quebrantar el sistema de abastecimientos, aun cuando la igualdad absoluta hubiera sido una pérdida directa en el período de reconstrucción de la industria.

En lo que respecta a los sobrantes, privilegios y desigualdad no provocados por las exigencias de la edificación económica y las luchas políticas, el Partido Comunista realiza contra ellos una lucha decidida que se intensificó después de la conferencia del Partido, realizada en septiembre del año 1920. Pero la lucha del comunista y del partidario del poder soviético se diferencia aquí radicalmente de la lucha de los anarquistas o de los defensores burgueses de la igualdad, porque los primeros conocen el papel insigni-

ficante que juegan estas deficiencias en relación con toda la suma de conquistas del poder soviético. Todas estas insuficiencias y desigualdades deben parecer del tamaño de una cabeza de alfiler en comparación con la desigualdad a que puso fin la revolución proletaria de octubre y que hubiera resurgido con el poder de la Asamblea Constituyente o con la dictadura de los Milyukov. Las enormes conquistas alcanzadas ya por el poder soviético y el partido comunista, la lucha heroica de tres años con éxito en todos los frentes contra todo el capital internacional, el enorme trabajo iniciado en la obra de la reconstrucción económica y las enormes conquistas para los trabajadores y, por último, el hecho mismo de la existencia durante tres años y medio del poder obrero en un enorme país, representan un factor de tal importancia en la historia de la humanidad, que todos los defectos indicados, aun multiplicados por dos y por tres, deben semejar en comparación con lo alcanzado, una boñiga insignificante al pie de una alta montaña. Y solamente el lamentable pequeño burgués, solamente el escarabajo de la boñiga que oculta para él el horizonte, deja de ver tras de este montón de estiércol toda la grandeza y hermosura del Himalaya Rojo de la dictadura del proletariado.

Conclusión

El camino desde el capitalismo hasta el comunismo es un camino largo, pesado y difícil. Quien no comprenda esto, no por eso lo hará más corto, al contrario, sólo aquel que comprenda la inevitabilidad del período transitorio puede reducir el camino hacia el futuro facilitando en la medida de sus fuerzas la subida más acelerada de cada escalón.

No sabemos cómo marchará la edificación de la sociedad comunista en Occidente tras la victoria del proletariado europeo sobre la burguesía. Pero para la Rusia soviética, sobre la base de la experiencia de tres años y medio de dictadura proletaria, podemos prever determinadas etapas sucesivas.

El primer período. La Revolución de Octubre. Las masas han sido absorbidas por el impulso de destrucción de las formas burguesas-latifundistas del poder y del gobierno económico. Los estados de ánimo predominantes entre las masas obreras y campesinas en este período, se caracterizan por un profundo suspiro de alivio por la liberación del yugo del Estado burgués-latifundista, de las atrocidades de la guerra entre bandidos, de las cadenas de la prisión zarista, de las garras de la disciplina capitalista en la fábrica, de la servidumbre nobiliaria en la agricultura, de los impuestos empobrecedores. Los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, durante este tiempo, constituyen ante todo órganos de destrucción del

viejo régimen, órganos para el control de las propiedades arrancadas a los viejos patronos, órganos para el reparato de estas propiedades. El orden elemental introducido por estos nuevos órganos es pesado para las clases explotadoras y ligero para las masas trabajadoras. Cada nuevo decreto del gobierno soviético central (que casi no se advierte en las localidades en su calidad de poder central), cada decreto del sóviet local constituían, en su mayoría, o bien un llamamiento hacia la destrucción posterior de lo viejo, o bien una comunicación sobre lo que ya fue destruido por las masas. Esta nueva legislación era saludada por las masas como la realización de su dictadura, daba salida a la indignación acumulada por los oprimidos contra sus seculares opresores, constituía una venganza del trabajo emancipado contra los forjadores de sus cadenas. Los sóviets, en este período, discuten y deciden cuestiones comprensibles y que agitan profundamente a cada trabajador. Por eso se comprende el interés que las masas manifiestan en este período hacia el trabajo de los sóviets, la forma como irrumpían en los lugares de las asambleas, la atención que ponían al recibir los informes de sus representantes electos, la atención con que leían los decretos publicados, la rapidez para tomar las armas en caso de la menor amenaza a su órgano de poder, a su sóviet, por parte de la contrarrevolución.

Pero la fiesta de la revolución no dura mucho tiempo. La fiesta de la revolución proletaria, la redujeron los enemigos de la clase obrera. Comienza la lucha contra la contrarrevolución en las fronteras, contra el imperialismo alemán, contra la sublevación de los checoslovacos y contra los aliados. Para la guerra es preciso el ejército, para la creación de un fuerte ejército es necesario un Estado fuerte, para un fuerte Estado soviético se requiere una po-

tente disciplina proletaria, se necesitan órganos del poder capaces de establecer esta disciplina, se necesitan masas dispuestas a subordinarse a ella.

Por otra parte, la guerra significa un enorme gasto de valores materiales. Las reservas eran pocas. Parte de ellas habían sido gastadas durante el festival de la destrucción. Era necesario organizar la industria, se necesitaba la disciplina obrera en las fábricas socialistas, eran indispensables los sacrificios por parte del campesino en forma de entrega del excedente de la economía campesina. Destruir es fácil, crear es difícil. Recibir de la revolución es más fácil que sacrificar por la revolución. Las fiestas concluyeron. Comenzaron los días de trabajo de la república proletaria. Los sóviets, de órganos de destrucción del régimen burgués, pasan a convertirse en órganos de disciplina de los trabajadores. Su imposición se extiende no solamente sobre la burguesía, sino también entre aquellos trabajadores que olvidan su obligación de luchar contra la burguesía. De la revolución se separan los kulaks, que actuaban antes junto con toda la masa campesina cuando se trataba de distribuir los beneficios de los latifundistas y que se apartaron de ella cuando se hizo necesario entregar al Estado el excedente de trigo. Esto significa que es necesario fortalecer el aparato gubernamental dentro de los límites exigidos por los intereses del aplastamiento de las nuevas resistencias. De la revolución se apartaron los elementos arribistas de la clase obrera relajados por el régimen caído. Esto significaba que había que fortalecer el aparato estatal para vencer la resistencia contra la disciplina proletaria en este terreno. La intelectualidad continuaba el sabotaje. La contrarrevolución organizaba un complot tras otro; esto significa que hay que fortalecer los aparatos para la lucha contra la contrarrevolución. El campesino, fatigado por

la guerra anterior, no va con muy buena voluntad hacia las nuevas movilizaciones, y los enemigos presionan por todos lados. Esto significa que hay que reforzar el aparato de la imposición militar y vencer la desertión. Las reservas se agotan, la producción se reduce, es necesario distribuir con la mayor economía posible los restos del petróleo, del carbón, del metal; esto quiere decir que hay que fortalecer los aparatos centralizados de la distribución por una parte y los aparatos de la administración de la industria por otra. Finalmente, hay toda una serie de necesidades sociales en la República para cuya satisfacción son también indispensables los órganos gubernamentales correspondientes (instrucción popular, sanidad, seguros sociales, etc.). Así, bajo los golpes de la guerra civil por una parte, sobre el terreno de la lucha contra el hambre y el derrumbamiento de la economía por otra, se constituyó un fuerte esqueleto del Estado proletario para la satisfacción de las necesidades culturales del país, que es simultáneamente un órgano de lucha directa contra los explotadores y un órgano de administración de la economía. A finales del primer período de la guerra civil, una vez terminada la liquidación de los frentes militares contra los guardias blancos, y con el comienzo de la situación semipacífica (fin del año 1920), el aparato estatal se constituyó por entero. En estos momentos es cuando concluye el primer escalón de este segundo período, período de edificación del aparato, y comienza el segundo jalón del mismo período.

En esta segunda etapa, en la cual nos hallamos en el año 1921, la tarea inmediata consiste en el perfeccionamiento, simplificación y reducción del aparato gubernamental con el trasvase hacia la producción de la mayor cantidad de fuerzas. La liquidación de los frentes esenciales permite dirigir

hacia esta parte del trabajo la atención del partido y los órganos soviéticos de la República. El período de pacificación relativa da posibilidades de reducir las fuerzas del ejército. Esto significa la vuelta al trabajo de cientos de miles de obreros y campesinos y la reducción del aparato militar.

Durante la construcción del aparato soviético, muchos órganos habían crecido de una manera excesiva sin la menor necesidad de ello, y algunos otros eran completamente superfluos desde el mismo momento de su constitución. Esta falta de economía, este dispendio durante la creación de los aparatos estatales, se explica en una medida considerable por las siguientes causas. El proletariado destruyó hasta la base el aparato del viejo Estado. Durante la construcción de su propio aparato se vio obligado a aprovechar el material humano del viejo aparato, adaptado a las exigencias del mismo y poseedor de costumbres adquiridas en las épocas anteriores, que tendía automáticamente a la distribución según viejas tradiciones. Y por cuanto las células de base en la mayoría de los casos eran formadas no por comunistas sino por especialistas de todas clases, por cuanto el viejo elemento realizó la función no sólo de ladrillos sino de picapedras y albañiles, el edificio de los órganos soviéticos resultó parecido, en mucho, al viejo edificio, y principalmente en el punto decisivo, en el sentido de la enorme cantidad de fuerzas empleadas en el mismo. En esta dirección presionaba, espontáneamente también, la tendencia de la enorme masa sin trabajo de empleados del viejo Estado que buscaban hallar colocación a toda costa. Aquí también la cuestión de la liquidación del viejo aparato estatal se planteó ante el gobierno soviético desde un punto de vista completamente nuevo. Era necesario no sólo destruir las viejas formas, sino también distribuir en una forma nueva dentro del nuevo

sistema de economía al elemento humano del viejo aparato, haciendo cambiar de profesión a centenares de miles de personas. Esta tarea es indiscutiblemente más difícil que la simple destrucción del viejo Estado. La fuerza de resistencia de este viejo sistema contra el trabajo colectivo, creado sobre la base del viejo Estado y de la economía de la propiedad privada, se manifestó precisamente en la rapidez con que el nuevo esqueleto del Estado proletario fue integrado por toda clase de empleados, agentes y especialistas, en proporción que superaba las necesidades del aparato estatal. El actual aparato estatal de la República soviética es necesario considerarlo solamente como un grosero bosquejo en construcción, donde muchos órganos que se consideran firmemente establecidos resultarán solamente andamios que habrá que desmantelar. Esta nueva distribución de fuerzas no sólo se hace absolutamente necesaria con el fin de reducir el lastre dentro del aparato gubernamental y aumentar el fundamento humano ocupado directamente en la producción, sino que al mismo tiempo se hace completamente posible gracias a los éxitos de la verdadera edificación socialista. El Estado soviético hace realizar pagos en dinero entre las empresas nacionalizadas, es decir, cambios consigo mismo, anula la percepción del pago por las viviendas en las casas nacionalizadas, los libros diarios, etc., dando de esta forma una considerable reducción de cajeros, tenedores de libros, etc. Se hace gratuito el tranvía, con lo cual se economiza el control y los tenedores de libros, etc. El aumento de la cantidad de productos de consumo debe traer la reducción de enormes aparatos, que en forma grosera podían ser llamados aparatos para la distribución igualitaria del hambre. El persuadir a los campesinos de la necesidad de entregar sin imposición propio de los órganos del Co-

misariado de Abastecimiento, la parte de productos de la agricultura del Estado permitirá reducir en dos o tres veces este aparato fuertemente crecido. La reducción de la centralización excesiva en la administración de la economía y la entrega de una serie de funciones de los órganos centrales a los órganos soviéticos de cada lugar, supone una disminución del burocratismo y del incremento excesivo de los órganos centrales. El mejoramiento del trabajo de los aparatos soviéticos por medio de las fuerzas interiores de estos aparatos, hace superfluos una serie de órganos de control que existen fuera de las instituciones.

El socialismo es no solamente control, sino también economía en el control. Para que esta economía sea realizada en la práctica, es indispensable desplazar las energías que se escapan del aparato gubernamental hacia un trabajo productivo sin inventar para ello nuevas funciones, cosa que los funcionarios no podrán eludir puesto El aumento de la intensidad del trabajo de los obreros que quedan en el aparato estatal, el mejoramiento de su abastecimiento, los premios adjudicados por el aumento de la cantidad y rapidez del trabajo a pesar de la reducción de empleados, el paso sistemático a la producción de decenas de miles de empleados que han quedado cesantes, reducirá los gastos del país para los aparatos improductivos, aumentará la producción en todo el frente económico y significará un paso adelante en la obra de la realización de la economía socialista en uno de los sectores de la edificación soviética.

De esta manera, durante la segunda etapa de la edificación del Estado proletario se coloca en primera línea, no la ampliación del aparato gubernamental, sino la reducción y mejoramiento de su trabajo. El momento de concluir esta etapa depende enteramente de la medida del éxito de su desarrollo y de la rapidez con que los obreros

de Europa lleguen en su lucha a la victoria de la dictadura del proletariado.

La revolución obrera en Europa constituirá el prólogo para el tercer período de la vida de nuestro Estado proletario, período de destrucción del Estado en general. Es difícil prever en el momento actual cómo transcurrirá este proceso. Escribir una “Utopía Científica” sobre este tema no es tarea que quepa en el trabajo presente.

Contacta con la Corriente Marxista Internacional en las Américas y en el Estado Español

Internacional
www.marxist.com/es
contacto@marxist.com

Argentina

Corriente Socialista El Militante
www.argentina.elmilitante.org
Correo: elmilitante.argentina@gmail.com

Bolivia

Corriente Marxista Internacional -
El Militante
www.bolivia.elmilitante.org
Correo: bolivia@elmilitante.org
cel.: (+591) 72439678

El Salvador

Bloque Popular Juvenil
www.bloquepopularjuvenil.org
Correo:
redaccion@bloquepopularjuvenil.org

Estado Español

Corriente Marxista Internacional -
Lucha de Clases
www.corrientemarxista.org
Correo: correo@corrientemarxista.org
Tel.: 15 54546178

México

Tendencia Marxista Militante - CMI
www.mexico.elmilitante.org
Correo: militantecmi@gmail.com
Cel.: 5523155468

Venezuela

Lucha de Clases
www.luchadeclases.org.ve
Correo: cmi.venezuela@gmail.com
Teléfonos.(0058)(0)416-8178102
/ (0)426-7329464

Colombia

www.mexico.elmilitante.org/colombia
Correo: colombiamarxista@gmail.com

Perú

Fuerza de Izquierda Socialista
www.peru.elmilitante.org
Correo: militante_sindical@yahoo.es

Brasil

Esquerda Marxista
www.marxismo.org.br
Correo: contacto@marxismo.org.br
Fone Brasil: 55(11)3101-8810

Canadá

Fightback
PO Box 65141, Chester RPO
Toronto, ON M4K 3Z2
www.marxist.ca
Correo: fightback@marxist.ca
Tel:(416)461-0304

Québec:

La Riposte
Boite Postale 842, Satation H
Montréal, QC H3G 2M8
www.marxiste.qc.cs
Correo: lariposte@marxiste.qc.cs

Estados Unidos

Workers International League
-Liga Internacional de los Trabajadores
www.socialistappeal.org
Socialist Appeal
PO Box 4244
St. Paul, MN 55104

Títulos de la Colección Clásicos del Marxismo

Manifiesto del
Partido Comunista

La enfermedad infantil
del “izquierdismo” en el
Comunismo

Salario, precio y ganancia

Anarquismo y Comunismo



centrocarlosmarx@gmail.com
www.centromarx.org